CRUZ Y RAYA

Este número ha sido visado por la Censura.

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID

CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, DICIEMBRE DE 1934

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

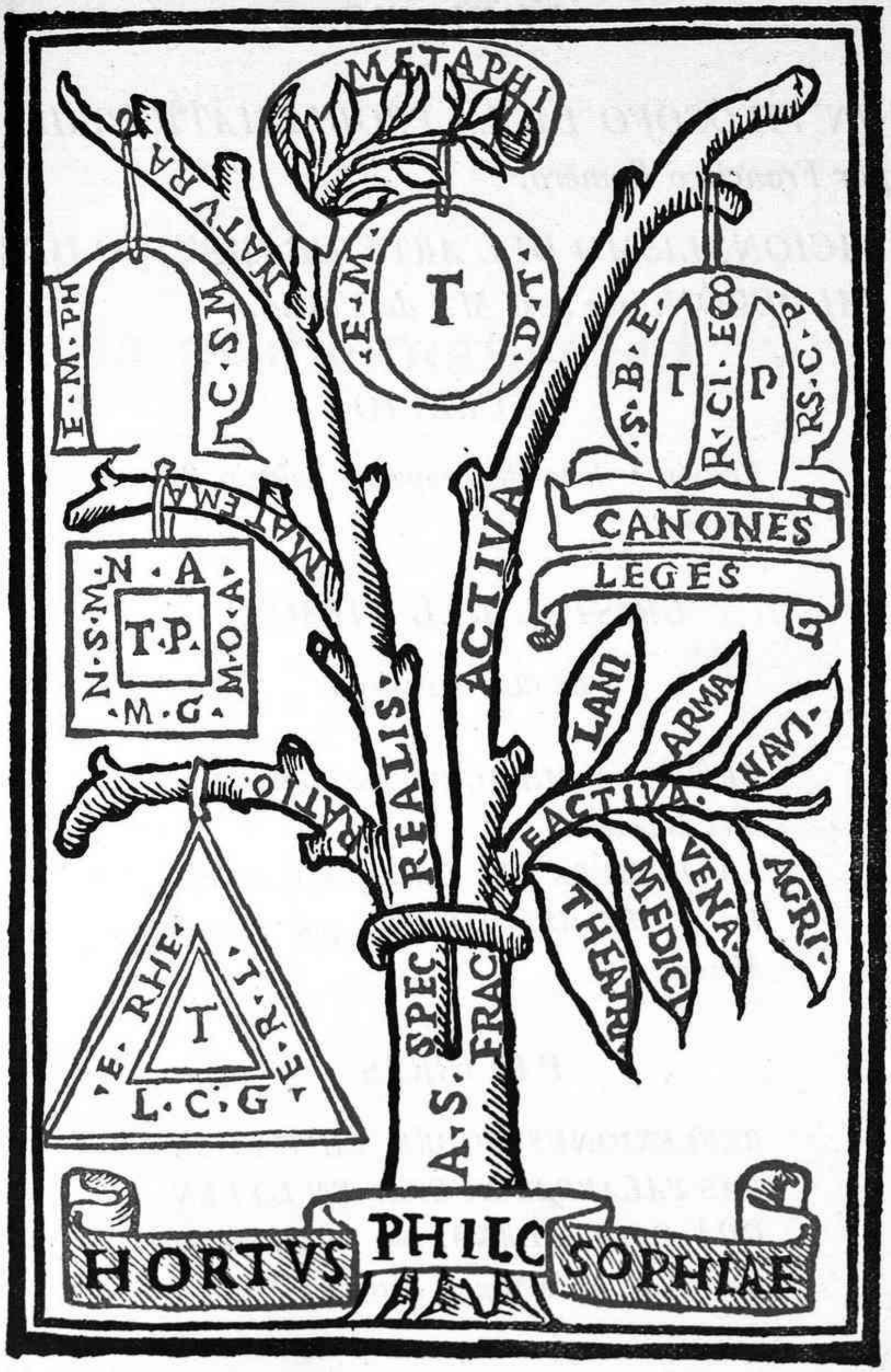
Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573



Sumario

UN FILÓSOFO DE LA PROBLEMATICIDAD, por Francisco Romero.

RACIONALISMO DEL ARTE DRAMÁTICO DE CALDERÓN, por José M.ª de Cossío.

LUCRECIO

Versión y nota de Leopoldo Eulogio Palacios.

CRISTAL DEL TIEMPO

DE CLAVO PASADO

CRÍTICA Y MILAGRO, por Rafael Sánchez Mazas.
LA QUIMERA DEL ORO, por E. Imaz.
LA HORA DE TODOS, por Antonio Morón.

PALABRAS

REFLEXIONES SOBRE EL USO DE LAS PALABRAS NUEVAS EN LA LENGUA CASTELLANA, por José Reynoso. (Introducción de Miguel Artigas.)

Un filósofo de la problematicidad

La falla más considerable del idealismo alemán. Filosofía con pies de plomo.

Ilusión y fracaso de toda construcción sistemática. Nicolai Hartmann o el buen sentido de alto vuelo.

Pensamiento sistemático y sistema: teoreticidad y concepción del mundo: actitud constructiva y actitud indagadora.

La voluntad de sistema o la celada de cartón de Don Quijote. La certeza en el puño y la lucha a brazo partido. Que los problemas insolubles no son ociosos: se recorta en silueta el núcleo opaco. Que los problemas surgen por sí.

Una nueva manera de historia de la filosofía. La doble línea de constructores y problemáticos.

Las tres etapas de la indagación filosófica: la fenomenológica, la aporética y la sistemática.

CUANDO se censura la miopía filosófica del positivismo y del cientificismo de mediados del siglo XIX, no se suele atribuir a la especulación inmediatamente anterior la parte de responsabilidad que sin duda le corresponde en el pasajero desprestigio de la filosofía que dió ocasión y pábulo al auge positivista y cientificista. Antes de proporcionar argumentos a los adversarios de toda filosofía autónoma, ya la ambición desmesurada y la indiscreta premura de los mayores filósofos del idealismo postkantiano habían acarreado otros males, y ante todo el de malograr algunos de sus mejores hallazgos. Logros definitivos, vetas del material más rico descubiertas por vez primera, adivinaciones tras las cuales latía el porvenir, quedaron, primero, envueltas en la penumbra a que las condenaba la misma enorme construcción en cuya mole se sumían, y naufragaron después en el descrédito que cayó sobre aquellos sistemas. Han tenido que pasar la adhesión entusiasta y la posterior animadversión, para que lo valioso se salve y lo perecedero se hunda.

La falta más considerable del idealismo alemán

fué su prisa en elevar vastas construcciones de pensamiento, grandes sistemas completos y cerrados. Al afán constructivo o creador del idealismo se oponen, con el precepto o con el ejemplo, algunos de los más representativos pensadores recientes. Francisco Brentano sostenía que se ha errado el camino después de Leibniz, y preconizaba una filosofía con pies de plomo, un examen parsimonioso y tenaz de los problemas, un procedimiento monográfico semejante al de los hombres de ciencia. Dilthey, otro gran fragmentario, deja sin terminar número considerable de sus escritos, y entre ellos el de mayor responsabilidad, el que debía absorber en sí casi todos los resultados de su trabajo de pensador, la *Introducción a las Ciencias del Espíritu.* Y en estos años últimos, hemos visto a Max Scheler rehacer apasionadamente varios de sus libros a los pocos años de publicados, y proponerse empresas nunca cumplidas por entero. El fragmentarismo de estos tres dioses mayores del pensamiento novísimo se puede interpretar de diversas maneras. Una de ellas, y sirva de ejemplo, sería admitir que se trata de una situación provisional y pasajera: la búsqueda insegura, el tanteo propio de una etapa filosófica apenas iniciada, que se encara con problemas nuevos y busca entre ellos penosamente un camino nunca

transitado antes. Pero se puede sostener, mucho más radicalmente, la ilusión y el fracaso de toda construcción sistemática. Esta es la opinión defendida por Nicolai Hartmann, quien la sustenta en consideraciones que merecen ser meditadas.

Aparte de trabajos menores y de estudios de índole histórico-crítica, debemos ya a Hartmann tres libros fundamentales: los *Principios de una Metafísica del Conocimiento* (1921), la *Etica* (1926) y *El problema del Ser espiritual* (1933). La mayor virtud de Hartmann es para mí una especie de *buen sentido de alto vuelo*, un tino admirable para hallar la orientación justa y mantenerse en ella. No es un descubridor de rumbos nuevos. No se complace en el hallazgo raro; no procura deslumbrar al lector ni sorprenderlo. Carece de la prodigalidad ingeniosa y varia, desconcertante a veces, de un Simmel; del genio tormentoso y atormentado de un Max Scheler; de la osadía metafísica de un Heidegger. Lento y seguro, no le hallaremos en las escaramuzas de los flancos ni en el peligro de la vanguardia. Su papel parece más bien auscultar el corazón de la hora y decirnos cómo late. Presta su propia voz a la conciencia filosófica de la época y se esfuerza en decirnos en términos expresos lo que es dondequiera aspiración y latencia, propósito

o programa. Con frecuencia hallamos en sus páginas la palabra que, sin sospecharlo, esperábamos. Y esta coincidencia suya con la honda palpitación secreta y unánime no significa mengua de originalidad, de peculiaridad. Y mucho menos de reflexión autónoma, laboriosa e intensa. Más fácil es el brillante chisporroteo de las ideas inesperadas y a trasmano; más grata la frecuentación de senderos inusitados, a la ventura, contando con el azar favorable y sin reparo en desandar después lo andado o echar a campotraviesa.

Casi todos los temas esenciales manejados por Hartmann han sido indagados en fecha cercana por otros filósofos, de esos cuyo destino es el descubrimiento. No es un reproche consignar, por ejemplo, que su averiguación de lo irracional tiene tras sí a Lask y que su doctrina del valor pisa los talones a la de Scheler. Hartmann cuenta con ellos, como cuenta, más allá de ellos, con toda la conciencia filosófica de Occidente. Precisamente su actualidad depende de su aptitud para apoderarse de los últimos hilos, prolongarlos y urdir con ellos su trama, prosiguiendo por su cuenta la tarea tantas veces secular con un agudo sentido de la continuidad histórica de la ininterrumpida solidaridad de las generaciones. Si sus *Principios de una Metafísica del Cono-*

cimiento han ocupado durante el último decenio un puesto excepcional entre los tratados sobre el asunto, es porque vienen a ser un manual o repertorio de la problemática gnoseológico-metafísica propia de la etapa en que nos encontramos. Basta, para comprobarlo, recordar la insistente persecución de una depurada teoreticidad que renuncie de antemano a cualquier disimulado halago extrateórico; la afortunada descripción fenomenológica del acto cognoscitivo, ampliamente utilizada por continuadores y divulgadores; la valiente afirmación de lo metafísico como inevitable fondo de lo gnoseológico; la *vuelta al objeto* y la tentativa de establecer una ontología crítica positiva, en respuesta a la negativa de Kant y a la eliminación de lo ontológico en las sectas neokantianas; en fin, la persistente investigación de lo irracional, cuya omnímoda presencia se reconoce, pero sin que por ello se renuncie a teorizarlo. A todo esto ha de agregarse su revisión o renovación del problema de las categorías, emprendida por separado, acaso la más vigorosa elaboración del problema posterior a la monumental *Kategorienlehre* del otro Hartmann, el un poco olvidado filósofo de lo inconsciente.

La misma actualidad ha de reconocerse en su planteo del problema ético como problema de valor,

con el principio cardinal del bien como punto de partida y como tarea infinita, porque *el problema del bien es un problema metafísico,* y con el problema de la autonomía de la persona como cuestión fundamental, que muerde más profundamente en la esencia del hombre que las de la metafísica del espíritu y de la historia. Después de la *Etica* vuelve Hartmann atrás en cierto modo para enfrentarse, en su libro más reciente, *El problema del Ser espiritual,* con temas que en el orden lógico son anteriores. No es posible filosofar hoy sobre el espíritu sin ponerse bajo la advocación de Hegel y de Dilthey, y el autor, en efecto, estampa los dos nombres en el frontis de su obra. El acceso al problema del espíritu confiesa deberlo a su larga intimidad con el pensamiento hegeliano, en el cual ha hallado materiales cuyo permanente valor se le ha ido revelando precisamente a medida que se libertaba de la metafísica y de la dialéctica de Hegel. Por lo que toca al método, la deuda es con Dilthey, uno de los mayores investigadores del espíritu en cuanto fenómeno o experiencia histórica, vía más segura en opinión de Hartmann para llegar al conocimiento del ser espiritual que las de los forjadores de sistemas, determinados por lo general desde el comienzo por convicciones previas.

La polémica de Hartmann no es contra el pensamiento sistemático, sino contra lo que puede llamarse el *constructivismo*, contra el sistema como punto de partida, como diseño originario de acuerdo con el cual se van resolviendo todas las cuestiones parciales. La época de los sistemas filosóficos, proclama resueltamente, ha pasado ya. La mayor parte de sus impugnaciones contra el constructivismo están en la exposición de sus ideas que ha redactado hace poco para la serie *Deutsche Systematische Philosophie nach ihren Gestaltern* (tomo I, año 1931). Pero la actitud que aquí puntualiza se revela, en forma distinta, en muchas otras partes de sus escritos, como que constituye acaso la nota dominante de su personalidad de pensador. Piénsese, sin ir más lejos, en el sentido y las consecuencias de su doctrina de las aporías y de su posición ante lo irracional.

Hartmann distingue cuidadosamente entre pensamiento sistemático y sistema. El pensamiento filosófico ha de ser siempre sistemático, pero ello no supone la exigencia de construir grandes sistemas. En esta palabra *construir* está ya dado el nudo de la distinción. Porque lo que da origen al sistema en su forma clásica no es la sistematicidad en el pensamiento o en la investigación, sino el momento de la

constructividad, la voluntad de creación arquitectural, que es distinta de la mera voluntad de indagación y con frecuencia la contradice. El tiempo de los grandes sistemas ha pasado ya. ¿Quiere esto decir—se pregunta—que ha terminado ya, que se ha agotado también el pensamiento sistemático? De ninguna manera. Este interés existe como siempre, porque la inquietud humana ante los problemas sumos es de todas las épocas. Ni siquiera falta ahora la antigua tensión, la eterna urgencia de dar a estos problemas lo antes posible una respuesta que suprima o atenúe nuestra intranquilidad ante ellos. Y esta urgencia de respuestas, de soluciones, es la razón última y determinante de las grandes construcciones sistemáticas, que no faltan por cierto en nuestros días. Pero lo decisivo aquí es que no desempeñan ahora en el progreso efectivo del pensamiento filosófico el mismo papel que antes. Ni llegan ya a convencer a quienes han aprendido a pensar rigurosamente, ni se hallan en el cauce por el cual fluye la corriente de la investigación verdaderamente viva y actual de nuestra época.

El pensamiento sistemático sigue en la actualidad otro camino. No se preocupa ante todo del sistema, sino de los problemas. Sin embargo, aspira también a elevarse a visiones de conjunto; pero no

acepta desde luego un plan sistemático como guía y orientación del trabajo hacia esa concepción. Sabe que es posible llegar a una concepción sistemática y totalizadora, pero que no se llega a ella sin más ni más; que el examen inmediato de las cuestiones no basta para desde ellas remontarse a concepciones de conjunto por el mero juego de la actividad creadora del espíritu; que únicamente nos podrá aproximar a este fin un esfuerzo largo y trabajoso de investigación, de profundización desconfiada, de tanteos, de rectificaciones. En el fondo de esta postura late la convicción hartmaniana de que las categorías del conocer sólo parcialmente coinciden con las del ser; basta poner esta tesis al lado de la contenida en el famoso teorema VII del libro II de la *Etica* de Spinoza: *ordo et connexio idearum idem est ac ordo et connexio rerum,* para advertir el vuelco sobrevenido en la conciencia filosófica. En resumen, se tiende a la concepción totalitaria y unificada, al sistema, pero no se lo presupone de antemano. Los sistemas clásicos partían de un esquema anticipado o presupuesto. Sus grandes líneas maestras se trazaban desde el primer instante, de manera que el trabajo del pensador consistía en desenvolver todas las consecuencias posibles de las premisas sentadas al comienzo, en hacer entrar los hechos en los

marcos construídos al principio. En lo filosófico, como en todos los órdenes del conocimiento, la materia a elaborar se nos da como dato bruto, como fenómeno. El fenómeno debe ser explicado, pero nunca negado. Y la explicación ha de adaptarse de tal modo a él que nunca sea una deformación, una destrucción parcial o total de esta especie de materia prima. La manera constructiva del pensamiento clásico importaba una actitud ilícita o insuficiente ante el dato, ante el fenómeno. El fenómeno, el dato, no era ya lo primero; lo primero era el bosquejo del sistema, el plan de toda la futura construcción. Los datos habían de someterse al plan, tenían que entrar con docilidad en él. Si no entraban en él buenamente, o se los deformaba de modo arbitrario para que encajaran en el alojamiento previsto, o se prescindía lisa y llanamente de ellos. Problemas capitales quedaban así oscurecidos o apartados. El idealismo estricto, por ejemplo, prescinde de la cuestión esencial de cómo la conciencia brota de lo inconsciente; prescinde del dato inmediato de que en cada individuo humano vemos realizarse este proceso. El materialismo elude el problema que plantea la estructura peculiar, específica del espíritu y aun de la vida; no toma en cuenta que estas estructuras irreductibles son datos,

fenómenos que están ante nosotros, y que no son comprensibles partiendo de las puras leyes de la materia. El pragmatismo no ve el problema de la verdad absoluta, y pasa de largo sin reparar en que él mismo la presupone porque aspira a ser incondicionada verdad. Un desarrollo consecuente de estos puntos de vista de Hartmann exigiría ponerse ciertos problemas que sólo en los últimos años se destacan con claridad: los problemas de la concepción del mundo en general, y, en particular, los de las relaciones históricas y sistemáticas entre concepción del mundo y filosofía: haz de temas de los más apasionantes y difíciles. Quizá pueda resumirse que el espíritu de sistema acusa un predominio de la concepción del mundo, con sus elementos vividos y orientados y su horizonte de valoraciones implícitas, sobre la nuda y limpia teoreticidad, que lleva en su seno el imperativo de plantarse, crítica y neutral, frente a cualquier producto y aun residuo de concepción del mundo.

Hay, pues, dos actitudes, que se pueden denominar la actitud constructiva y la actitud indagadora o problemática. La actitud constructiva es la que ha producido los grandes sistemas clásicos, de los cuales los más próximos a nosotros son los del idealismo alemán. La actitud indagadora centra el tra-

bajo filosófico en cada problema sin anticipar los resultados, y es la que prepondera actualmente. Hartmann cree que en toda la historia del pensamiento filosófico han estado presente ambas, dando lugar a dos líneas perceptibles con claridad. Pero estas dos líneas no permiten una separación correspondiente de todos los filósofos. A veces se confunden en un mismo pensador, que se nos aparece a un tiempo como el constructor de un sistema y como profundo y libre investigador de problemas. Por la parte más considerable de su pensamiento, se enhebran en el hilo de los constructores de sistemas Plotino y Proclo, Santo Tomás y Duns Scoto, Hobbes y Spinoza, Fichte y Schelling. Prepondera, en cambio, la pura indagación problemática en pensadores como Platón, Aristóteles, Descartes, Hume, Leibniz, Kant. No es casual que estos últimos, en lugar de dejar tras sí sistemas cerrados, hayan trasmitido a la posteridad como esencial herencia un cúmulo de cuestiones abiertas. También en ellos había sin duda una intención sistemática, pero esta intención no les impidió aceptar y plantearse los problemas tal como se les aparecían, ni elaborarlos sin supeditación a las imposiciones del sistema. Y de este modo pudieron realizar una labor de significado más objetivo y perdurable.

Los sistemas suceden a los sistemas. Cada uno de ellos es sucesivamente aceptado, discutido, negado, olvidado. El tiempo inexorable pasa sobre todos y los manda al vasto archivo de la historia de la filosofía. Y lo que pretendía ser trasunto de la viva, infinita realidad, queda convertido en asunto de curiosidad erudita. La suerte del pensamiento vuelto hacia los problemas es diferente. Lo característico de este pensamiento es captar la dificultad, el enigma, la antinomia, lo que denomina Hartmann, acordándose de Aristóteles, la aporía. Aporía significa etimológicamente *sin camino*. La empresa contradictoria del pensamiento problemático consistirá en hallar el camino donde no hay camino.

Alrededor de las aporías trabaja el pensamiento inquisitivo, sin inventar respuestas, sin anticipar conclusiones, sin condescendencias para con este afán, tan humano y a veces tan cobarde, de soluciones, de soluciones a todo trance y a cualquier precio: seguras si es posible; y si no, inseguras; y si no, ilusorias. El hombre necesita apoyarse en convicciones sólidas, afirmar sin restricciones, creer. De esta humana necesidad de creer hallamos un instructivo ejemplo en Don Quijote. Cuando el hidalgo de Cervantes prepara su primera salida, advierte que su armadura carece de celada, y remedia

la falta haciéndose una de cartón. La prueba descargando sobre ella unas cuchilladas, y la celada se deshace. Entonces la rehace, y la da por buena absteniéndose cuidadosamente de someterla a nueva prueba. Necesita creer en ella, y antes que dudar de su fortaleza, afronta el riesgo probable de encontrarse indefenso ante su enemigo. Porque la material y efectiva protección que le brindaría su celada al buen caballero no significa nada si se la compara con esta otra íntima protección de su fe en ella. El hombre siempre ha desafiado más seguro la muerte – y aun la vida – protegido por una convicción que abroquelado de hierro. Los sistemas cerrados y completos son armaduras cuyas piezas son soluciones o series de soluciones; y para cada una de éstas vale la historia de la celada de cartón de Don Quijote. Pero ha sonado la hora de no tomar más por acero de fino temple lo que en realidad no es sino cartón; esto es lo que parece decirnos Hartmann al exigir una más depurada teoreticidad, de la que quede eliminado todo ingrediente de índole no teórica por muy hábilmente que se disimule.

Distinguidas de este modo las dos fundamentales actitudes filosóficas – la constructiva y la problemática o inquisitiva –, y discriminadas las dos líneas que respectivamente las representan a lo largo de

los siglos, reclama Hartmann una nueva manera de historia de la filosofía que separe ambas corrientes y vaya como poniendo aparte lo que aún vive y palpita en el pasado filosófico. Las sorprendentes contradicciones en que abunda la historia del pensamiento aparecerán entonces como consecuencias, no del pensamiento filosófico en sí, sino de la voluntad de sistema, que está viciada interiormente por su arbitraria subordinación de los hechos y de los problemas a las soluciones. Los grandes sistemas se nos imponen con su prestigio magnífico de soberbias creaciones del espíritu, en las que cada parcela de la realidad tiene su puesto y su explicación. Nuestra admiración hacia ellos hace más patente y más dolorosa la diversidad, la frecuente contradicción irreductible entre sistema y sistema. Los sistemas encarnan, pues, cada uno a su tiempo, un optimismo, una confianza en la posesión del saber pleno y total, optimismo que a la larga, cuando se comparan y contrastan entre sí, se cambia en pesimismo, en un desesperar de la posibilidad del saber perfecto y aun de cualquier saber, ya que con la misma suficiencia se nos ha dicho que la esencia del ser es el aire, el agua, la materia, el espíritu, la voluntad, lo inconsciente... Optimismo y pesimismo por igual infundados e inconsistentes, porque lo

que sucedía era que se había echado por mal camino. El mal camino, hay que repetirlo una vez más, consistía en buscar soluciones a toda costa. Voluntad de sistema es como decir voluntad de soluciones, hambre y sed de respuestas. La solución, la respuesta es la mera contestación a la pregunta que el problema calladamente nos formula. Pero es también la paz del ánimo, la tranquilidad, el cómodo puente sobre el abismo, la siesta sosegada a la sombra de una certeza. Cosa, pues, teórica por un lado, pero también con un flanco mirando hacia la práctica, hacia el cual se desplaza su centro de gravedad apenas se afloja un poco la vigilancia crítica. La recomendación hartmaniana de atender sobre todo al cariz problemático para trazar futuros cuadros de la evolución filosófica, nos pone ante los ojos las posibilidades de la historia de la filosofía, ciencia nueva, como que en su estructura actual apenas se remonta a Hegel y a los círculos influídos por él. Otra esperanza de próxima renovación en la interpretación del pasado filosófico, nos la proporciona la creciente aclaración de la esencia y modos del valor, que acaso nos permita pronto contemplar bajo una luz nueva las perspectivas del pensamiento pretérito, indagado hasta ahora bajo la obsesión de la categoría de ser.

En cuanto pura elaboración de los problemas, hay según Nicolai Hartmann una continuidad, una coherencia en la marcha del pensamiento filosófico, que, bajo la contraposición más superficial de las construcciones sistemáticas, se manifiesta como algo que madura y progresa a lo largo del tiempo. Y la perpetua polémica en torno a los sistemas deja intacta la conciencia profunda de esta continuidad, que siempre ha existido y que otorga sentido y dignidad a la búsqueda filosófica. Para aislar y purificar la veta teórica, conviene analizar las varias instancias que inciden más o menos subrepticiamente y como de contrabando en el trabajo filosófico.

La primera de estas instancias, la más peligrosa, consiste en la urgencia, en la necesidad que experimenta el hombre de poseer soluciones efectivas, concretas, terminantes. La vida humana es breve, y no nos resignamos a que la respuesta venga cuando ya nos hayamos hundido en la nada; queremos respuestas para nosotros, para nuestra vida circunscrita a angustioso lapso temporal. Por lo mismo que es ello tan explicable y humano, la austera sumisión al problema tal como se nos da y su persistente profundización constituyen la primera virtud del filósofo. Virtud difícil, hecha de esfuerzo y de sacrificio, porque importa renunciar al fruto

natural del trabajo, a la posesión de aquello a lo que se aspira. Desde el punto de vista de la eficacia y pureza del pensamiento filosófico, nunca se exagerará bastante los perjuicios causados por esta mezcla y confusión de lo teórico y lo práctico que denuncia Hartmann, que ha inutilizado ingentes esfuerzos y ha manchado etapas enteras de la meditación filosófica. Planteado el problema, la solución se nos aparece como el fin natural al que tendemos, y de aquí a formular apresuradamente la solución sólo hay un paso. Pero a veces la respuesta exige una investigación plural y larguísima, que durará siglos, que ocupará a generaciones. Otras veces la respuesta es inaccesible a la capacidad cognoscitiva de nuestro espíritu, y únicamente nos es permitido reconocer los límites y las razones de nuestra ignorancia. El que interroga, el que se plantea problemas, además de filósofo es hombre. Tiene en su casa, colgado de la pared, un calendario; lleva en el bolsillo del chaleco un reloj, y ambos le van acortando el plazo limitado de su vida. Y este hombre necesita vitalmente saber, estar seguro, apretar en el puño una certeza—porque su reloj camina y van cayendo una tras otra las hojas leves del almanaque. Y entonces reemplaza la verdad que no llega porque aun no ha sonado su hora, o que no llegará

nunca porque cae del lado de allá de nuestras posibilidades—por una verdad contrahecha, artificiosa, que cuando es total se llama sistema.

Después de esta explicable necesidad vital de soluciones, interviene para enturbiar también la genuina actitud teórica la suposición, completamente injustificada y gratuita, de que los problemas insolubles son ociosos y que el filósofo puede o debe apartar de ellos la mirada. Las escuetas indicaciones de Hartmann sobre este punto se prestan a interminables desarrollos. Entre los deberes inexcusables de la filosofía, como uno de los imperativos de su ética interna, está la obligación de no retroceder ante la más evidente impresión de dificultad radical, de insolubilidad. Porque la filosofía quiere ser reflexión llevada hasta los límites de lo pensable, y está en su esencia que en ella, más que en cualquier otra actividad humana, se manifieste la contradicción típica y constitucional del hombre, ente histórico, condicionado y limitado, pero con vocación de infinitud, de absoluto. La filosofía es el pensamiento tratando de eludir todas las determinaciones del pensamiento en cuanto tal; hay algo en ella del que, corriendo, intentara dejar atrás su propia sombra. Y esta anómala situación debe ser aceptada como otras semejantes que nos impone

nuestra naturaleza, como la contradicción entre el saber y el hacer, entre la vida y el valor, como el conflicto entre nuestra individual transitoriedad y la aspiración de perennidad sin la cual nada tiene sentido para nosotros. La filosofía debe, por específica necesidad, luchar a brazo partido con los problemas. Pero, por fortuna, hallamos—y lo recuerda nuestro autor—otra justificación del esfuerzo interminable consagrado a las cuestiones insolubles. Nos enseña la historia de la filosofía que precisamente en la elaboración de aquellos problemas en los cuales el trabajo filosófico no ha llegado a soluciones firmes, es donde se comprueba un progreso continuo, un constante ahondamiento en el espesor del misterio. ¿Es que acaso han sido solucionados el problema de la substancia, el de la libertad, el de la posibilidad y la realidad, el de la vida? Ciertamente que no, y hasta es hoy dudoso que sean solubles. Y, sin embargo, el caudal de meditación consumido en ellos desde los días lejanos de los Presocráticos no ha sido infructuoso de ninguna manera. Esa pugna formidable con los enigmas sumos ha ido iluminando tales problemas desde distintos puntos de vista, y ha logrado que se destaque en ellos cada vez mejor, que se recorte como en silueta el centro opaco de la cuestión, el núcleo

impenetrable. Cada nueva inspección del asunto, cada enfoque distinto significa una nueva conquista para el conocimiento. No; la elaboración de las cuestiones total o parcialmente insolubles no es excusada. Creer que sólo las soluciones permiten seguir adelante es un error. Lo verdadero es todo lo contrario, nos dice Hartmann; las supuestas soluciones son justamente los errores de la especulación. Lo valioso, lo permanente en el tesoro ideal de la historia de la filosofía, es la investigación infatigable de los problemas tal como se nos dan, en su entera problematicidad y sin subordinarlos a la recompensa, al premio que es la satisfacción de nuestra necesidad metafísica.

Existe, por último, otra fuente de errores. Se juzga vulgarmente que los problemas dependen del arbitrio del hombre, que está en nuestra mano plantearlos o no. Allí donde no interrogamos no surgiría el problema, y apenas dejáramos de interrogar, el problema desaparecería. Esto parece claro e indudable, y es totalmente falso. La experiencia nos enseña que a lo largo de toda la historia de la filosofía ocurre cosa muy distinta. Los problemas surgen por sí, sin que en su aparición influya que sean solubles o no; si se los aparta, vuelven a presentarse bajo otra forma. No permiten al hombre

paz ni reposo. Así como el hombre se halla en el mundo material sometido ineluctablemente a sus leyes, así también se halla rodeado de un mundo de enigmas al que tampoco puede escapar. Puede ignorar estos enigmas, pasar a su lado sin verlos; pero, cuando los ha advertido, no puede cambiar un ápice en ellos. Están ante él como cualquier fragmento de la realidad física. De los problemas mismos hay que distinguir sus planteos históricos, es decir, las diversas maneras de concebirlos. Esto sí cambia de una época a otra, de uno a otro pensador. Los problemas se plantean en una sazón determinada, y no hubieran podido plantearse antes, si bien su substancia o contenido existía desde siempre. La aparición de las cuestiones depende de cierta etapa o nivel de la conciencia filosófica, pero el pensamiento constructivo imagina que tanto el planteo de los problemas como su contenido pueden ser aceptados o negados arbitrariamente.

La filosofía ha andado con frecuencia extraviada por olvidar las precauciones metódicas que la hubieran apartado de estos errores. El pensamiento dirigido desde el comienzo a las soluciones, al sistema, debía naturalmente proyectar todo su interés sobre la teoría, descuidando en cambio los hechos, los fenómenos. Toda marcha juiciosa y segura de la

meditación ha de proceder a la inversa. Los datos, los fenómenos, los hechos inmediatos son lo primero; son más fuertes que las teorías, porque las teorías tienen que apoyarse sobre ellos y limitarse a comprenderlos y explicarlos. El hombre puede imaginar infinitas teorías, pero es incapaz de cambiar un solo hecho. Los hechos o fenómenos son la realidad tal como se nos da: si se captan bien o mal es asunto de nuestro fuero interno, a lo que ellos permanecen indiferentes. Corresponde, pues, establecer bien las etapas de la investigación, porque sólo su exacta delimitación permitirá una ajustada y válida elaboración de cada tema. Estas etapas son tres y consisten, sucesivamente, en la cuidadosa aprehensión del dato; en destacar después en éste lo problemático, esto es, lo que es enigma y requiere respuesta, y, finalmente, en proponer la respuesta. Son, por lo tanto, estas etapas o instancias, la *fenomenológica,* la *problemática* o *aporética* y la *teórica* o *sistemática;* porque la cuestión se nos pone sucesivamente como dato o fenómeno, como enigma o problema, y como teoría o solución o sistema.

La falla habitual, insiste Hartmann, residía en no atribuir toda su importancia al dato y a su problematización. La consigna de nuestro tiempo ordena la vuelta al dato, al fenómeno. De aquí que la

filosofía reciente parezca un nuevo y radical comienzo. De aquí también que los que echan de menos ahora los sistemas de otro tiempo demuestren con ello escasa comprensión del sentido y alcance del actual trabajo filosófico. Toda la filosofía fenomenológica iniciada genialmente por Husserl obedece a esta tendencia de la vuelta al dato, al fenómeno. La posición de Hartmann difiere de la de Husserl en que para el primero la fenomenología es solamente una etapa, la primera en el orden metódico, pero de ninguna manera la única.

La etapa fenomenológica se agota con la exacta determinación del dato según sus notas esenciales, con prescindencia del problema que suscite. Atiende a una mera cuestión de hecho: se trata de comprobar qué es lo que realmente está ante nosotros. Después de este análisis del fenómeno se pasa a la instancia siguiente, el análisis del problema resultante. La tarea es ahora destacar y precisar lo enigmático en el fenómeno analizado, subrayar y aislar los puntos que en él requieren aclaración. Tanto el análisis del fenómeno como el del problema han de dar lugar, dice Hartmann, a disciplinas enteras para cada dominio filosófico, de las cuales poseemos apenas rudimentos. Sin embargo, el análisis del problema, la etapa problemática, tiene anteceden-

tes importantes en la Antigüedad, sobre todo en Aristóteles, que es el clásico de este tipo de investigación, a la que denominó *aporética,* designación que vuelve a poner en circulación Hartmann. La aporética es la ciencia de los problemas; así como la fenomenología se circunscribe al fenómeno y prescinde del problema, así la aporética se ciñe al problema y deja de lado la solución. La última instancia o etapa es la teoría, que, como se ha dicho antes, propone respuestas o soluciones a las interrogaciones que surgen de la aporética.

En las reflexiones de Hartmann, esbozadas y en parte libremente comentadas más arriba, están los fundamentos para una amplia interpretación del trabajo filosófico, más valiosa aún por su oportunidad que por su originalidad. Todo un cuerpo de doctrina—acaso bajo el rótulo ilustre *De Docta Ignorantia*—podría concretarse partiendo de su sobrestima de la problematicidad, de su austera noción del saber filosófico. Hay en él, no puede dudarse, una adhesión al tipo de conocimiento propio de la ciencia, que hasta ahora sólo raramente halló buena acogida en el campo de la filosofía. La ciencia no renuncia al sistema unitario, a la visión completa de la realidad; pero, en cuanto no franquea sus límites, adopta un procedimiento mono-

gráfico, un examen en profundidad de las cuestiones, y de la sistematización científica total aparece como meta ideal, como posible integración futura del trabajo colectivo. Toda sistematización actual, por más elementos científicos que entren en ella, pasa a ser fatalmente un ejemplar más de eso que, bajo la denominación de *concepción del mundo*, se aparta cada vez con mayor rigor de la ciencia y de la filosofía. La tentativa de Hartmann debe considerarse en función de las averiguaciones recientes sobre concepción del mundo, porque son en su mayor parte resortes de la concepción del mundo los que acarrean y condicionan los errores de método denunciados por él. Y no veo grave impedimento para aproximar a todo esto las incitaciones y resultados concernientes a la filosofía contenidos en la novísima sociología del saber, tal como ha sido ejercida ante todo por Max Scheler y sus colaboradores de Colonia.

La renuncia al sistema no ha de entenderse en sentido literal. Es renuncia al sistema en cuanto la estructura sistemática supone una concepción capital que contiene la respuesta a la última interrogación; en cuanto jerarquía de soluciones ordenadas según un principio fundamental del cual derivan. La abstención de todo constructivismo no impide a Hartmann delinear una especie de pauta de las cues-

tiones, un esquema general o sistema abierto, sobre el cual proporciona indicaciones precisas, interesantes sobre todo cuando se refieren a las secciones no estudiadas por él en libros o trabajos especiales, porque nos permiten reconstituir en su unidad un pensamiento puesto vigorosamente a la obra, jadeando entre los temas más vivos de la actual problemática. Las sugestiones más apasionantes fluyen de su concepción de lo metafísico y de su examen de lo irracional, asuntos ya tratados por él antes, especialmente el segundo en los *Principios de una Metafísica del Conocimiento,* donde se le consagran largos desarrollos. Problematicidad, metafísica e irracionalidad brotan en Hartmann de una raíz sola y quizá son el núcleo esencial, uno en la profundidad y diversificado en la posterior proliferación, de su pensamiento. El análisis por separado de uno cualquiera de estos temas tiene por necesidad que resultar insuficiente, pero ir más allá impondría considerar su filosofía en todos sus aspectos.

FRANCISCO ROMERO

Martínez (Buenos Aires), noviembre de 1934.

Racionalismo del arte dramático de Calderón

Propósito.–Intelectuales preocupados: Crisanto, Licanoro, Eugenia, El Príncipe de Fez, Cipriano. – Fuente: El valido de la reina Candaces.

El entendimiento sobre sentidos y potencias. Fieras racionales discursivas. – Racionalismo retórico.

Otros temas intelectualistas.–Racionalismo pasional.

La inteligencia en las competencias amorosas.–Anatomía intelectualista del amor.

OBRA literaria de tan varias e insospechadas vertientes como la de D. Pedro Calderón de la Barca, no podrá nunca abarcarla la consideración sino tras gran cantidad de monografías y estudios parciales que apuren aspectos diversos de ella. Considerabilísimo es el número de los consignados en la bibliografía, ya clásica, de Breymann, publicada en 1905 (1); aún ha sido acrecida por los trabajos de Stiefel (2) y Farinelli (3), principalmente; pero posteriormente a éstos la crítica no ha descansado en el estudio y enjuiciamiento del gran poeta, y numerosas monografías y ensayos más generales han acrecentado su bibliografía hasta el punto de hacer temeraria mi pretensión de añadirla una papeleta más.

Por tratar de un aspecto tan sólo de la obra del dramaturgo, muy concreto y preciso, y porque pienso que de su consideración pueden deducirse consecuencias importantes para la mejor compren-

sión de su arte, me decido a publicar las siguientes notas, fruto de lecturas reiteradas, emprendidas con intención puramente delectativa que se ha atrevido después a crítica e investigadora.

La actitud de un poeta frente a la inteligencia es tema ineludiblemente atractivo; ella denuncia un rasgo decisivo de su idiosincrasia, y la valoración que dé a su eficacia es dato inestimable para medir el grado de racionalismo de su intención poética. Tratándose de un poeta dramático, la comprobación es más obvia y segura, pues los temas en que puede contrastarse tal actitud son más frecuentes y fáciles de interpretar que en un poeta meramente lírico, ya que ha de mostrarse en el contrastado diálogo de sus personajes.

Ofrece Calderón buen número de estos temas, sumamente significativos, y un examen de algunos de ellos juzgo que ha de ser instructivo y delator de otros aspectos, engañosamente distantes, de su poesía.

Prescindo del examen de los autos sacramentales, que sin duda podrían ilustrar este aspecto de la producción calderoniana que inquiero. Presentarse en ellos, más que seres humanos, símbolos y representaciones de ideas, afectos, sentimientos y potencias les destituye de la sinceridad humana que en

sus comedias ha de brillar más clara: la sinceridad del dramaturgo enfrentado con criaturas humanas, cuyas ideas y potencias son, o pretenden ser, las de los sujetos que el poeta puede tropezar en la calle o en la historia, y no forzosamente entes abstractos como la Fe, la Razón o el Deseo.

Gusta Calderón de presentar en escena el tipo del intelectual, como hoy diríamos, atormentado por preocupaciones puramente especulativas. Reitera esta situación, íntimamente dramática, en varias de sus obras, con tal semejanza de circunstancias, que llegan a constituir una manera. Sin pretender agotar todas las obras en que tal situación tiene lugar, paso a considerarla con algún detalle tal como acaece en las siguientes: *Los dos amantes del cielo, Las cadenas del Demonio, El Joseph de las mujeres, El gran Príncipe de Fez* y *el Mágico prodigioso*.

En la primera escena de la primera jornada de *Los dos amantes del cielo* aparece el intelectual preocupado y meditativo, en la forma sugestiva que indica la acotación correspondiente: *córrese la cortina, y vese a Crisanto sentado en una silla, con un bufete delante, y en él algunos libros, leyendo en uno.* El libro en que lee no es sino el *Evangelio según San Juan,* por su primer capítulo, y la dificultad que le

tiene embebido se le ofrece ya en el primer versículo. Así exclama:

... qué sin discurso mi ingenio!
pues no puede comprender
los escondidos secretos
deste libro, que acaso
entre otros hallé: no entiendo
sus sentidos, por más que
estudio, discurro y pienso . . . .
. . . . . .
«In principio», dije, pues,
empieza el renglón primero
con la misma voz que dice
«en el principio era el Verbo»:
el Verbo es palabra ¿cómo
en el principio era, puesto
que aquí no se dice cuya,
y no hay palabra sin dueño?
Dice más: «y el Verbo estaba
con Dios, y Dios era el mesmo
Verbo; esto era en el principio
y todas las cosas fueron
hechas después por su mano,
y nada sin Él fué hecho».

¿Qué intrincado laberinto
de milagros, de misterios,
es este que yo, que tantos
años que estudio, y que leo
divinas y humanas letras
ni le alcanzo, ni le entiendo?

Continúa Crisanto su monólogo, intentando desvendar el secreto de tales palabras, hasta invocar a la Deidad incomprendida:

si eres vida, si eres luz
da luz y vida a mi ingenio;

y en el acto se oyen dos voces encontradas, *cada una de su lado;* dos

voces, si no dos efectos
que forma mi fantasía,
sombras sin alma y sin cuerpo,
a un tiempo están batallando
dentro de mi mismo pecho.

Entonces salen *en dos elevaciones dos personas, una vestida de negro con estrellas, y otra de gala, y suben a un tiempo; él no las mira, sino siempre*

habla consigo. Estas dos apariciones comienzan en el acto una discusión que traduce la que los encontrados pensamientos de Crisanto sostienen en su mente. Así lo interpreta el propio Crisanto cuando desaparecen:

dos espíritus están,
uno malo y otro bueno,
luchando dentro de mí;
uno me inclina a creerlo,
y otro me mueve a dudarlo,
y son falsamente opuestos:
¿quién de estas dudas podrá
rescatar mi entendimiento?

Al llegar a esta interrogación se oye al viejo Polemio gritar dentro:

Carpoforo ha de pagarme
todo el enojo que tengo;

y al escuchar Crisanto este nombre, que corresponde a un viejo y sabio anacoreta cristiano, reacciona diciendo:

Aunque habla acaso esta voz,
yo la tomo por proverbio,

pues Carpoforo, que en Roma
fué el más célebre maestro
de todas ciencias, y hoy
del Emperador huyendo,
por sospecha de cristiano,
en los ásperos desiertos
habita, racional fiera,
ha de ser a mi deseo
la solución de estas dudas,
y hasta entonces, pensamiento,
no me atormentas y aflijas,
déjame vivir...

Sin acabar la jornada primera ocurre el encuentro de Crisanto con Carpoforo, en pleno desierto, y en una curiosa y significativa escena, en la que la más vigorosa dialéctica escolástica sirve de instrumento de persuasión al viejo eremita, Crisanto queda convencido con sus razonamientos, aclaradas sus dudas y convertido a la religión de Carpoforo, y al aparecer soldados, que buscan al viejo maestro cristiano, desaparece súbitamente por modo prodigioso.

En *Las cadenas del Demonio,* el personaje atormentado por problemas especulativos es el Príncipe Licanoro, quien aparece discutiendo afanosamente con un sacerdote de los ídolos. Aquí el libro, que

causa la inquietud espiritual del Príncipe, es el *Génesis,* y sobre su primer versillo sostienen la disputa. Así transcurre el diálogo:

LICAN. *Dime, puesto que tú eres*
tan sabio, docto y maestro,
qué libro es este, que acaso
hallé entre otros que tengo,
que por más que en él estudio
ni sus principios entiendo,
ni sus misterios alcanzo,
ni su doctrina comprendo.

SACER. *¿Cómo es el título?*

LICAN. *El «Génesis»*
se dice, voz que en hebreo
creación quiere decir.

SACER. *¿Pues cómo empieza?*

LICAN. *Oye atento:*
«En el principio creó
Dios a la tierra y al cielo.»

SACER. *No prosigas, si no dice*
qué Dios.

LICAN. *Mi duda está en eso;*
de un Dios habla solamente
poderoso, sabio, inmenso,
criador del cielo y la tierra.

SACER. *Pues no le leas, supuesto*
que niega los demás dioses.
LICAN. *Antes le estimo por eso...*

Así continúa el diálogo. La conversión corre a cargo del apóstol San Bartolomé, motor de todo el complicado enredo de la comedia. Discute con el Demonio ante toda la corte, con escolástica dialéctica, y en un artificioso diálogo muy vivo, en *crescendo* de convicción y elevación de argumentos y ejemplos, muy típico de los procedimientos retóricos de Calderón, y a pesar de su artificiosidad (o acaso por ella misma) y de la materia apologética del diálogo, tan poco propicia a efectos teatrales, ejemplo admirable del arte dramático del poeta. La conversión de Licanoro y del rey, su padre, surge fulminante, y sólo resta libertar a Irene de *las cadenas del Demonio*, voluntariamente ceñidas por ella a sí misma, al entregarle su alma por su libertad, empresa que San Bartolomé concluye, tras diversas apariciones y súbitas desapariciones prodigiosas, rematadas con su martirio y triunfal ascensión a los cielos.

El Joseph de las mujeres transporta esta situación al ambiente académico de Alejandría. Inútil es buscar en él la menor autenticidad ni el más tole-

rante rigor arqueológico. La *academia* que en la primera jornada se celebra es una *academia* típicamente del siglo XVII español, tal cual la podría describir un asistente a cualquiera de las muchas que en Madrid se celebraban, como la que, por ejemplo, describe Castillo Solórzano en su novela *Las harpías en Madrid y coche de las estafas*. Los temas tratados corresponden a la más frívola casuística amatoria, típica de nuestro culteranismo. El intelectual preocupado es aquí una mujer, Eugenia, que Menéndez y Pelayo tiene por trasunto de Hipatia, la filósofa neoplatónica (4). Su situación al comenzar la primera jornada es idéntica a la de Crisanto en *Los dos amantes del cielo*. He aquí la acotación: *Córrese una cortina, y descúbrese Eugenia, escribiendo sobre un bufete, en que ha de haber escribanía, luces y libros*. Aparece, pues, Eugenia, como Crisanto y como Licanoro, y, como veremos a otros personajes calderonianos, en el empeño de penetrar el sentido de un texto para ella hermético, que aquí es de San Pablo, en su primera *Epístola a los Corintios* (cap. VIII, v. 4). Cuando está más embebida en su meditación aparecen el Demonio y Eleno, viejo y sabio anacoreta del Carmelo, que entablan una discusión, trasunto de la empeñada por contrarios pensamientos en el

cerebro de la filósofa, inclinándose ella a la verdad cristiana en que Eleno ha de instruirla a lo largo de la obra. He aquí lo más esencial de tal escena para nuestros fines. Razona así Eugenia ante su bufete:

«Nihil est idolum in mundo quia nullus est Deus, nisi unus.»

Nada, dice, que en el mundo
los ídolos nuestros son,
porque no hay en cielo y tierra
más dioses que solo un Dios;
pues ¿cómo, cielos, pues cómo
niega esta nueva opinión
a Júpiter, a Saturno,
a Marte, a Venus y al Sol?
Y dado caso que hubiera
uno a todos superior,
¿cómo era posible estar
ignorado? Esta razón
a su ignorancia concluya:
o hay tan gran deidad, o no;
si la hay, ¿cómo no hay noticia?;
si no la hay, ¿cómo hay cuestión?

Por entrambas partes corre
el silogismo, y aunque hoy
pueda mi ingenio atreverse
a hallarle la solución,
no la he de fiar de mí.

Arroja la pluma, y bajan de lo más alto dos sillas que tomen las cabeceras del bufete: en la una ha de venir sentado el Demonio, y en la otra Eleno, viejo venerable, vestido de carmelita descalzo; ella quiere huir y ellos la detienen.

¿A quién, pues, de mi temor
podré consultar la duda?;
¿quién de tanta confusión,
si es que la hay, en nombre suyo
sabrá responderme?

LOS DOS.

– Yo.

La conversión inevitable de Eugenia se consuma aquí, como en las anteriores obras examinadas, por vía racional, intelectual, y ello es lo que importa subrayar para nuestro propósito.

Aunque dramáticamente sea de las menos interesantes del repertorio de Calderón, para nuestro propósito tiene verdadera importancia la comedia

El gran Príncipe de Fez, Don Baltasar de Loyola. El Príncipe, apasionado de las ciencias, aparece al lado de un docto alcoranista, Cide Hamete (acaso reminiscencia curiosa del fingido primer autor del *Quijote),* en semejante actitud y conflicto que los preocupados personajes que venimos notando, pero entre el fragor e incómodo de una dura campaña. Así dice la acotación: *Tocan cajas y trompetas, y abriéndose una tienda de campaña, se verá en ella el Príncipe, vestido a lo moro, leyendo en un libro, y delante un bufete, en que habrá aderezo de escribir, luces y algunos instrumentos matemáticos, como son globos, esferas y compás, y a su lado Cide Hamete en pie.* El pasaje sobre que medita el Príncipe es una sura del *Corán,* y en verso la traduce así Calderón:

«Del imperio de Satán
(dice) solamente fueron
María y el Hijo suyo
tan divinamente exentos,
que no pagaron el grande
tributo del Universo.»

La exposición de las dificultades que estas palabras despiertan en la comprensión del Príncipe es

sumamente prolija. He aquí lo más esencial de su razonamiento atormentado:

Si se pudieron librar
Hijo y Madre, sería cierto
ser en virtud de poder,
o en virtud de privilegio;
si de poder, ¿quién podría
tenerle contra el infierno
que no fuese Alá?, y si fué
de privilegio, es lo mesmo,
pues sólo pudiera darle
quien pudo tenerle, luego
sólo Alá, y quien Alá quiso
tendría igual predicamento.
Ser Alá, no puede ser
sin gran repugnancia, puesto
que Alá es Dios, y Dios es ente
de sí y por sí de sí mesmo,
y quien dijo Madre e Hijo
dijo humano nacimiento,
con que en la porción de humano
sólo cabe ser exento,
puesto que en la de divino
bien claro se estaba el serlo...

Tal prosigue el razonamiento, y con tal rigor escolástico, hasta que *quédase dormido y salen luchando el Buen Genio, con alusión en su vestido de Angel, y el Mal Genio en el suyo de Demonio.* La situación teatral es idéntica a la que hemos visto en *Los dos amantes del cielo* y en *El Joseph de las mujeres,* pero con una diferencia muy de notarse, a saber: aquí los dos genios no tratan de traslucir o representar la lucha dialéctica que se riñe en la mente del Príncipe, sino de inclinar su ánimo a la religión cristiana o apartarle de ella. Por eso la contienda tiene tanto de disputa dialéctica como de instancia para lograr el propósito dicho y decidir del porvenir espiritual del Príncipe. Prisionero de D. Baltasar Mandas, caballero de la Orden de San Juan, vuelve a reproducirse en casa de éste una escena análoga. Lee el Príncipe la *Vida de San Ignacio de Loyola,* del P. Rivadeneira, por el pasaje en que se narra el encuentro del santo con un moro, con quien discute sobre la virginidad de María. Este pasaje se escenifica y representa, transportándose la elegante prosa del jesuíta al conceptuoso verso del dramaturgo. La discusión del moro y el santo es rigurosamente teológica, al uso de las escuelas de entonces, y el Príncipe relaciona inmediatamente este pasaje con el del *Corán,* que tanto le desvelara

en su tienda de campaña, y que Cide Hamete no supo ponerle en claro. Así exclama:

Cielos, si del Alcorán
vuelvo al no entendido enigma,
aquella proposición
y esta ¿no son una misma?

A este proceso estrictamente racional sigue el convencimiento y con él la conversión al cristianismo. Como en las comedias anteriormente analizadas, la moción para tal fin es meramente racional y discursiva. Calderón sigue reafirmando su confianza en la mera inteligencia para los resultados más prodigiosos. El *Corán* ha servido aquí a tal fin, como en otros lugares hemos visto al *Génesis*, o *El Evangelio según San Juan*, o las *Epístolas de San Pablo*.

Figura *El Mágico prodigioso* entre lo más genial y selecto del repertorio calderoniano. En tan distinguida obra culmina la situación que hemos visto venir repitiéndose en las examinadas, y la conversión de Cipriano, pese al suceso prodigioso que la precede, y parece debiera ser su principal motor, llega por vía intelectual y dialéctica de manera flagrante.

El texto que, como a los personajes anteriores, desazona al protagonista, no es ya un texto sagrado, sino de un autor profano, Plinio, y aun el texto mismo de marcado sabor panteísta; pero el afirmarse en él la existencia de un solo Dios le hace apto para la intención del dramaturgo. Cipriano, en un bosque cercano a Antioquía, aparece meditando sobre un libro con aire preocupado.

Ya estoy solo, ya podré,
si tanto mi ingenio alcanza,
estudiar esta cuestión
que me trae suspensa el alma,
desde que en Plinio leí
con misteriosas palabras
la definición de Dios;
porque mi ingenio no halla
ese Dios a quien convengan
misterios ni señas tantas.
Esta verdad escondida
he de apurar. (Pónese a leer.)

Ningún santo padre, eremita o apóstol, se aparece a Cipriano en tal trance, sino el propio Demonio dispuesto a contender dialécticamente con el atormentado intelectual, con la dañada inten-

ción que es de suponer, de más confundirle. He aquí lo más interesante de la contienda. Tras de asegurar el Demonio formalmente que es docto en todas letras, hasta comprometerse a salvar cualquier dificultad que ocurra, dice Cipriano:

Un lugar de Plinio es
el que me trae con mil ansias
de entenderle, por saber
quién es el Dios de quien habla.

DEMON. *Ese es un lugar que dice*
(bien me acuerdo) estas palabras:
«Dios es una bondad suma,
una esencia, una sustancia,
todo vista, todo manos.»

CIPR. *Es verdad.*

DEMON. *¿Qué repugnancia*
halláis en esto?

CIPR. *No hallar*
el Dios de quien Plinio trata;
que si ha de ser bondad suma,
aun a Júpiter le falta
suma bondad, pues le vemos
que es pecaminoso en tantas
ocasiones; Dánae hable
rendida, Europa robada.

Pues ¿cómo en suma bondad,
cuyas acciones sagradas
habían de ser divinas,
caben pasiones humanas?

DEMON. *Esas son falsas historias*
en que las letras profanas
con los nombres de los dioses
entendieron disfrazada
la moral filosofía.

CIPR. *Esa respuesta no basta,*
pues el decoro de Dios
debiera ser tal, que osadas
no llegaran a su nombre
las culpas, aun siendo falsas.
Y apurando más el caso,
si suma bondad se llaman
los dioses, siempre es forzoso
que a querer lo mejor vayan;
pues ¿cómo unos quieren uno
y otros otro? Esto se halla
en las dudosas respuestas
que suelen dar sus estatuas...
. . . . . .

DEMON. *Niego la mayor, porque*
aquestas respuestas dadas

así, convienen a fines
que nuestro ingenio no alcanza...
. . . . . .

CIPR. *Concedo; pero debiera*
aquel Dios, pues que no engañan
los dioses, no asegurar
la victoria, pues bastaba
la pérdida permitir
allí, sin asegurarla...

De la misma suerte continúa la discusión, simétrica y ordenada conforme a todas las reglas del silogismo escolástico, como ejercicio dialéctico en clase de Artes. Prescindo del tema esencial de la comedia, para dejar bien sentado tan sólo que cuando tras el pacto de Cipriano y el Demonio para gozar aquél a Justina, tan sólo abraza un esqueleto en lugar del cuerpo deseado; al reprochar al Demonio el engaño, aún le argumenta con razones encauzadas dentro de los moldes dialécticos de la escolástica, razones por cierto decisivas, como si no fuera suficiente para la conversión la moción de la sensibilidad ante el prodigio evidente. Así aclara y desarrolla la definición de Plinio que tanto discurso le costó en la primera jornada.

Conjura Cipriano al Demonio para que con-

fiese cuál poder defendió a Justina y obró el milagro:

DEMON. *Un Dios que a su cargo tuvo*
a Justina.
CIPR. *Pues ¿qué importa*
sólo un Dios, puesto que hay muchos?
DEMON. *Tiene éste el poder de todos.*
CIPR. *Luego solamente es uno,*
pues con una voluntad
obra más que todos juntos.
DEMON. *No sé nada, no sé nada.*
CIPR. *Ya todo el pacto renuncio*
que hice contigo, y en nombre
de aquese Dios te pregunto:
¿quién le ha obligado a ampararla?
DEMON. *Guardar su honor limpio y puro.*
CIPR. *Luego éste es suma bondad,*
pues que no permite insulto.
Mas ¿qué perdiera Justina
si aquí se quedaba oculto?
DEMON. *Su honor, si lo adivinara*
por sus malicias el vulgo.
CIPR. *Luego ese Dios todo es vista,*
pues vió los daños futuros;
pero ¿no pudiera ser,

ser el encanto tan sumo
que no pudiera vencerle?

DEMON. *No, que su poder es mucho.*

CIPR. *Luego ese Dios todo es manos,*
pues que cuanto quiso pudo, etc., etc.

El convencimiento racional entra, pues, en la conversión de Cipriano esencialmente, y aun la victoria dialéctica la saborea el converso con verdadera delectación.

He agrupado todas estas obras, y destacado con cierta prolijidad las escenas que por su analogía justifican su consideración en conjunto, porque parece clara su idéntica significación. El común denominador de su *racionalismo* es evidente, y él ha de servir de base para las siguientes consideraciones que me propongo.

Pero, a más de su sentido, creo que es la misma también la fuente de que proceden. Me detendré a señalar el común origen, el arranque de esta situación dramática tan reiteradamente propuesta. No recuerdo que haya sido nunca indicada, y a mi parecer no ofrece duda.

Los elementos esenciales de la situación teatral considerada creo que son los siguientes: *a)* Un personaje de vocación intelectual que lee en un libro

y al tropezar con un pasaje de problemática interpretación interrumpe su lectura. *b)* Una digresión de rigurosa dialéctica sobre tal pasaje. *c)* Una lucha íntima en su mente, que suele traducirse plásticamente en la escena, con técnica teatral que pudiéramos llamar *de auto sacramental,* con intervenciones simbólicas o sueños gráficamente representados. *d)* Un varón justo que interviene para aclarar las dudas que ocurren al personaje intelectualmente preocupado. *e)* Finalmente su conversión debida a las luces racionales que tal varón le proporciona.

Todos estos elementos, salvo los correspondientes a las exigencias de la representación teatral, se dan en un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles,* libro que hemos de suponer de frecuente lectura del poeta, pasaje de admirable realismo que no es extraño que tentara a genio teatral tan sagaz como el de Calderón para aprovecharle en la escena. Corresponde, según la numeración de la *Vulgata,* al capítulo VIII, versillos del 26 al 40. Le transcribo de la sabrosa versión de Cipriano de Valera (5):

26.–Empero el Angel del Señor habló a Philipe, diciendo: Levántate y ve hacia el mediodía, al camino que desciende de Ierusalem a Gaza: la cual es desierta.

27.–Él entonces levantóse, y fué, y he aquí un Ethíope, eunucho, Gobernador de Candaces, Reina de los ethíopes, el cual era puesto sobre todos sus tesoros, y había venido a adorar a Ierusalem.

28.–Y se volvía sentado en su carro, y leyendo al Profeta Isaías.

29.–Y el Espíritu dijo a Philipe: Llégate y júntate a ese carro.

30.–Y acudiendo Philipe, oyólo que leía al Profeta Isaías, y dijo: ¿Mas entiendes lo que lees?

31.–Y él dijo: ¿y cómo podré si alguien no me enseñare?; y rogó a Philipe que subiese, y se sentase con él.

32.–Y el lugar de la escriptura que leía era éste: «Como oveia a la muerte fué llevado: y como cordero mudo delante del que lo tresquila, ansí no abrió su boca.»

33.–«En su humillación su juicio fué quitado: mas su generación, ¿quién la contará?; porque es quitada de la tierra su vida.»

34.–Y respondiendo el Eunucho a Philipe, dijo: Ruégote, ¿de quién el Profeta dice esto?; ¿de sí, o de otro alguno?

35.–Entonces Philipe, abriendo su boca y comenzando de esta escriptura, anuncióle el Evangelio de Jesús.

36. – Y yendo por el camino, vinieron a una agua: y díjole el Eunucho: He aquí agua; ¿qué impide que yo no sea bautizado?

37. – Y Philipe dijo: Si crees de todo corazón, también puedes. Y respondiendo él dijo: Creo que Jesu-Christo es el Hijo de Dios.

38. – Y mandó parar el carro: y descendieron ambos al agua, Philipe y el Eunucho, y baptizólo.

39. – Y como subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Philipe y no lo vido más el Eunucho: y fuese su camino gozoso.

40. – Philipe, empero, se halló en Azoto: y pasando anunciaba el Evangelio en todas las ciudades hasta que vino a Cesarea.

He querido transcribir todo el pasaje porque creo que hasta esa súbita desaparición de Felipe el Apóstol, arrebatado por el Espíritu del Señor, no es ajena a la máquina teatral de las desapariciones prodigiosas que en las comedias analizadas se registran, de Eleno, Bartolomé y Carpoforo; que hasta tal extremo creo que tuvo Calderón presente este pasaje de San Lucas.

Parece claro que al repetir Calderón este piadoso episodio, con circunstancias distintas, lo que siempre queda a salvo es la eficacia de la razón

discursiva para desentrañar los más abstrusos problemas de la metafísica o de la teología que al hombre pueden presentarse. La esencia y atributos de Dios, la procedencia de las personas de la Trinidad, la humanidad del Verbo, son puestos satisfactoriamente en evidencia por la dialéctica ante la mente de los futuros conversos, aun antes de que la alumbre la Gracia. La confianza del dramaturgo en la eficacia del entendimiento y en el valor de la razón es patente en estos pasajes. Faltando a un propósito anunciado al principio de este ensayo, quiero aportar la prueba más explícita que pudiera apetecerse de tal posición del dramaturgo.

En su auto sacramental alegórico, titulado *La Nave del Mercader,* ofrecen sus dones al Hombre las tres potencias, Memoria, Voluntad y Entendimiento, tras haberle prevenido de los suyos los cinco sentidos. Pues bien, refiriéndose a las otras dos, habla así el Entendimiento, jugando del vocablo talento, en la acepción de moneda y en la de facultad intelectiva:

Yo, que en más perfecta edad
soy el que a ambas encamino
con la luz de la razón
al uso del albedrío,

pues siendo el Entendimiento,
soy el que las ilumino,
también en adorno tuyo
mi don te ofrezco; este rico
círculo toma, que es
para el sombrero un cintillo,
que te ciña la cabeza,
por ser la región del juicio.
Y cree, si cinco talentos
fueron tus cinco sentidos,
y tus tres potencias, tres,
que valen lo que los cinco,
que te doy uno que vale,
según su precio infinito,
lo que los cinco y los tres,
de que has en el finiquito,
al ajustar de la cuenta
de lo que hayas adquirido,
de traer ganado en el uno
lo que en los tres y en los cinco.

La valoración del entendimiento no puede ser más subida, y contrasta ciertamente con el valor que doctos ascéticos dan a la voluntad, y aun el que místicos como Santa Teresa conceden al propio en-

tendimiento, cuando recomienda que se huya de él por ser *gran moledor*.

Convenía a mis fines subrayar el carácter, en este sentido *racionalista*, de Calderón, porque ha de trascender a manifestaciones de orden puramente estético. A ello ayudará el que la fe de Calderón no abarca tan sólo a la razón, dicha así en abstracto y como potencia del alma, sino más bien a la razón ordenada discursiva y lógicamente, es decir, a la razón encauzada en las formas dialécticas de las escuelas. La lógica simetría de los razonamientos es una necesidad al par filosófica y estética en Calderón, y ha de tener lugar en los pasajes menos sospechados de sus obras, en aquellos que parecían reclamar el incoherente grito de la pasión.

Varias veces gustó de reproducir la situación de un Príncipe encerrado desde su infancia para salvar el reino de los males que los augures atribuyeran a su nacimiento en su horóscopo. El caso de *La vida es sueño* se reproduce más veces en la obra calderoniana. En *Las cadenas del Demonio*, ya citada a otro propósito, Irene hace un pacto con el Demonio para lograr su libertad, coartada como la de Segismundo y por la misma sinrazón. En *Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor*, es Rosarda la que se encuentra en la misma situación. Pues

bien, lo mismo Irene que Rosarda, criadas en el apartamiento de toda instrucción, *racionales fieras,* como gustaba decir Calderón, rompen a hablar con la misma vigorosa dialéctica de Segismundo, proponiendo ejemplos de la naturaleza para atribuirlos al hombre, como criatura más excelente, y dolerse de la injusticia que les priva de lo que disfrutan plantas, peces y aves. He aquí el razonamiento de Rosarda, menos citado, pero no menos elocuente, que el de Segismundo:

Racional bárbara vivo,
tan hija de estas montañas,
que aun siento que para serlo
me falta el uso del alma;
porque ¿qué desdicha como
que no vea en esa vaga
región de los aires, ave
que apenas le cubra el ala
la primera pluma, cuando
árbitro de la campaña
las prisiones de la noche
no rompa a la luz del alba?
¿Qué ansia como que no encuentre
fiera, que apenas cobrada

la primera piel se vea
que a buscar el sol no salga?
¿Qué horror como que no mire
pez, que la primera escama
arme apenas, cuando sulque
vivo bajel de las aguas?
¿Y qué rigor como que
no halle flor, que al primer nácar
apenas rompa el capullo
cuando ya goce del aura?
¿Y que yo, con más instinto,
con más razón, con más alma,
y con menos libertad
envidie, sin dar más causa
que el delito del nacer,
ave, fiera, pez y planta?

Esta misma simetría y este mismo rigor lógico asiste no ya en personajes criados fuera de todo trato humano, sino en el Hombre mismo recién creado, como puede verse en el auto de *La vida es sueño* (para mí la más genial invención de Calderón), donde no sólo la razón brilla desde el instante mismo de la creación, sino que brilla con todo el arreo dialéctico de las escuelas.

Este hecho tiene una profunda significación a lo

largo de toda la obra de Calderón. Su conceptismo es singular entre todos sus contemporáneos, precisamente por esta influencia escolástica que ha hecho hablar de amaneramiento en su retórica, cuando se trata de expresión de algo inseparable de la naturaleza de su poesía, enraizado en los más profundos estratos del hombre y del poeta. Lo más excelente para Calderón es el entendimiento, pero no como potencia en potencia, sino como materia de una dialéctica determinada; canon al par lógico y estético.

No debe ser redundancia documentar aún más este aspecto del poeta que define su arte. Su fe en lo racional se manifiesta, no sólo en el tema que me ha dado ocasión para estas consideraciones, sino en multitud de pasajes y episodios de sus comedias que no es posible puntualizar íntegramente, pero que procuraré indicar, como pistas que se ofrecen al curioso de este aspecto del gran dramaturgo.

El tema central de *La Sibila del Oriente y gran Reina de Sabá* no es ajeno a esta preocupación, y menos los diálogos de Salomón y de la Reina. En *La exaltación de la Cruz,* corresponden a estas preferencias los diálogos de Zacarías y Anastasio, rigurosamente escolásticos, empedrados de silogismos y de toda suerte de figuras lógicas, en los que se in-

serta una curiosa distinción entre la ciencia y las artes mágicas, que responde en todo a la enseñanza de la filosofía escolástica. En la primera jornada del *Origen, pérdida y restauración de la Virgen del Sagrario* intervienen San Ildefonso y Pelagio, que han mantenido una discusión teológica sobre la pureza de la Virgen María. Relata San Ildefonso después el origen de Toledo con gran copia de razones en apoyo de sus hipótesis, y la constitución de la fiesta de la Virgen del Sagrario es premio a estos empeños dialécticos del Santo Arzobispo. Así se incorporan Atanasio, Ildefonso y Pelagio al repertorio de intelectuales calderonianos, junto a Cipriano, Eleno o Eugenia.

Esta supremacía de la inteligencia sobre toda otra potencia o recurso del espíritu creo que está definida sintéticamente en estos versos de *Los dos amantes del Cielo*, que resumen en su concentrada expresión la actitud que ha de tener en todo trance el dramaturgo frente a la inteligencia:

Rendiráse el corazón,
primera posta del alma,
pero no el entendimiento
que es alcayde que la guarda.

Aparece, pues, el entendimiento como último e infranqueable baluarte del alma, supremo otorgador de las llaves del interior castillo, recio y seguro escudo de posibles complacencias patéticas o sentimentales. He aquí explicada la tantas veces notada frialdad y charlatanerismo de sus galanes. *Todo amor es silogismos,* dice en una comedia, y así toda pasión ha de pasar por la aduana de la razón. Véase esto sobre todo en las grandes pasiones de la venganza y los celos, tema de sus mejores dramas trágicos, que se guían y ordenan por el cauce del razonamiento dialéctico más riguroso hasta producir las calculadas catástrofes con la precisión y frialdad mecánicas de una máquina, y no con el desorden propio de la naturaleza humana, rotos los frenos en tales trances. El paralelo entre Otelo y D. Lope de Almeida, tantas veces ensayado, se ilumina de modo evidente a la luz de estas reflexiones. Es este un aspecto que toca tanto a la ética como a la estética, y que se ilustra con estas consideraciones que acreditan a Calderón como el más racionalista de nuestros poetas.

Inteligencia, voluntad y arte son en Calderón un solo bloque indestructible, y por ello acusarle de frialdad en las pasiones de sus personajes, de cálculo en los efectos psicológicos o de amaneramiento en

su retórica, es no haberse asomado a lo más intrínseco y necesario de su idiosincrasia, ni a lo más fundamental de la educación de su espíritu, a su recia formación teológica y escolástica. Aun al más distraído creo que da la obra de Calderón una rara sensación de unidad, de armonía (si puede decirse así) unísona. Esta cualidad estética del más elevado valor desaparecería o se enturbiaría si Calderón apareciera más humano en sus pasiones o menos riguroso en su poesía.

Por curioso contraste, y como escolio inesperado de lo expuesto, me place considerar un aspecto de la obra calderoniana que no abona ciertamente la alta idea que del valor práctico y mundano de la inteligencia parece que debería tener quien tan alta misión especulativa la atribuye.

Es tema predilecto del teatro de Calderón el de la competencia, en contiendas amorosas, de la inteligencia con otras cualidades tales como el valor o la belleza, y no sale en ellas por lo general muy bien librada la inteligencia.

En *Los dos amantes del Cielo,* el estudioso Crisanto, entre tres hermosuras que se le aparecen, Nísida, cantando, halagadora del sentido; Cintia, leyendo un libro de poesía, cultivadora de la inteligencia, y Daría, libre y desocupada, sin más ejer-

cicio que el de su belleza, prefiere a Daría, postergando el arte y la inteligencia. En *Mujer, llora y vencerás,* entre Federico, intelectual e ingenioso, y Enrique, valeroso y arrojado, la competencia amorosa se resuelve a favor de Enrique. En *Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y valor,* concurren también un intelectual, Flavio; un valiente, Libio, y un galán, Celio. Ante un accidente de la infanta que los tres presencian, Flavio acude con la piedad, Celio con el valor y Libio sufre un desmayo. Rosarda, la infanta, prefiere a éste sobre todos, juzgando su amor más verdadero por su efecto. Claro que aquí no es propiamente lo que prefiere el valor, pero la reacción de la inteligencia ante el lance propuesto no merece la preferencia de Rosarda.

Pero la comedia en que deliberadamente se plantea este tema, como asunto central de ella, es la titulada *De una causa, dos efectos.* Aquí son los competidores dos galanes hermanos, uno conocidamente necio y otro estudioso y discreto. El amor enloquece al discreto, y avisa y avispa al necio, y tan sólo lleva el lauro el cronológicamente primer discreto por un recuerdo de la dama de un torneo en que la prendó su gentileza y galanía. Es decir, que cautiva lo galán antes de conocer lo discreto, y olvida lo necio por el recuerdo de lo galán.

No creo que sean estos los únicos ejemplos que pudieran aducirse en el repertorio de Calderón, y ciertamente en relación con el tema que me ocupa no sé qué significación darles, si ya no indican que la inteligencia tiene el máximo valor para el poeta en cuanto discursiva y exploradora de lo abstruso. Siendo así, en nada contradice cuanto llevamos expuesto. Precisamente en la comedia últimamente citada se encuentran unos notables versos que reducen a ciencia la de amar, que para el poeta de Sulmona había sido arte, y para los practicones del amor oficio sin más técnica que la costumbre y los libres usos. He aquí los versos:

... y no sólo es ciencia amor,
pero no hay ciencia, Señora,
que amor no contenga en sí.
La de Artes, pues cada día
todo silogismo es:
de Philosofía, pues
natural Philosofía
es: la de Leyes también,
pues para que bien se avenga
no hay república que tenga
más leyes que el querer bien.

También es de Astrología,
que es ciencia de las estrellas,
y el amor consiste en ellas;
hasta la Theología
es, pues si tiene, Señor,
de la Theología el efeto
a Dios mismo, por objeto,
también es dios el Amor.

Cierre estas notas esta pequeña anatomía del amor, en la que, pese a su carácter jocoso, se descubre como en los eminentes ejemplos propuestos o aludidos las preferencias intelectualistas de Calderón, que han de informar su arte y traducirse por igual en el tratamiento de las pasiones aparentemente más ajenas a raciocinio, y en su estilo literario, simétrico y racional, singular en el conceptismo español hasta constituir materia inimitable, como se encargaron de mostrarlo cuantos al intentar su imitación por manera meramente exterior, fracasaron en su intento, por carecer de la formación teológica y de la fibra escolástica, hecha ya temperamento, del gran dramaturgo.

JOSÉ M.ª DE COSSÍO

La Casona de Tudanca.

NOTAS

(1) *Die Calderon-Literatur. Eine bibliographisch-Kritische Übersicht,* von H. Breymann. – Munchen und Berlin, 1905.

(2) *Zeitschrift. f. r. Ph.*—XXX, 235-254.—1906.

(3) *Divagaciones bibliográficas calderonianas.*—Madrid, 1907.

(4) *Calderón y su teatro.*—Madrid, 1910, pág. 182.

(5) Poseo y manejo *El Nuevo Testamento que es los escriptos Evangélicos y Apostólicos...*—Amsterdam, 1625, página 366.

LUCRECIO

DESTINO maravilloso éste del poeta Lucrecio: haber pasado por el suelo de Roma, y que Roma, el pregón universal de tantos secretos, haya escondido celosamente el de su vida.

No he sido yo el primero en darse cuenta de lo que esta manquedad significa para nosotros, de lo que nos priva la ausencia casi total de datos históricos con que hacer resurgir a nuestros ojos las huellas desvanecidas de este poeta. Pero si para mí es esto un don que los dioses hicieron al que con más fe les había negado toda correspondencia con los hombres, por ofrecernos una ocasión propicia a la adivinanza y una mayor libertad para enfrentarnos con el poeta libre, sé que ha sido todo lo contrario para los eruditos y los arqueólogos, sumidos en duelo al ver frustrada la posibilidad de reconstrucciones que, por su rigorosidad y clara hechura, mereciesen el nombre de científicas. Y a tan extrema desesperación les condujo este vacío de material filológico, y tan aguda y vivamente sintieron deseos de colmarle, que se dieron, ellos también, a hipótesis aventuradas, y a abultar los renglones de sus escritos con las locuciones adverbiales de significado más dudoso: *credibile est, videtur esse, licet etiam dicere...*

Sólo la tradición que nos ha conservado San Jerónimo arroja un poco de luz sobre la intimidad de esta vida. Lívida luz de muerte y de locura: según lo que nos dice el santo, Lucrecio enloqueció a causa de un filtro amoroso; en los

intervalos de lucidez escribió su poema, y el suicidio coronó la demencia sin haber dado tiempo al poeta para coronar su obra.

Pero si estamos faltos de datos para reconstruir de un modo cabal la vida de Lucrecio, hagamos caso de lo que, según Lambino, claro intérprete suyo en el seiscientos, es lícito entender por parte del testimonio del mismo poeta *(ex ipsius poetae testimonio intelligere licet)*. Cree Lambino, y con él autores más recientes, que Lucrecio, *nacido para la poesía y la filosofía, abandonándose al propio humor y siguiendo a su naturaleza, dió fe a la filosofía epicúrea, y, para poder filosofar más cómodamente y con más suelto ánimo, se trasladó a Atenas, donde estaba establecido Zenón, corifeo del epicureísmo, por quien vino a conocer y asimilar con gran rigor toda la disciplina de Epicuro.*

La más segura de estas suposiciones es la que afirma haber nacido Lucrecio con dos naturalezas diferentes: la naturaleza poética y la naturaleza filosófica. Todo su *De rerum natura* nos lo confirma en manifiesta proclama, y a veces con un dejo de lucha entre ambas partes, puesto que el autor confiesa en el comienzo del libro IV la dificultad que encuentra en amoldar la filosofía que enseña con la poesía que canta. Pero su intento consiste en efectuar ese maridaje, y dar lugar a que nazca su legítimo fruto: un poema didáctico. Y lo dice con expresión hermosa:

obscura de re tam lucida pango
carmina (IV, 8)

sobre un oscuro asunto compongo tan lucientes cantos. Asunto oscuro, en efecto, ese que consiste en investigar la naturaleza de las cosas, la doctrina atomística del ser, del vacío y del movimiento. *Graiorum obscura reperta,* dice en otro lado (I, 137) *hallazgos oscuros de los griegos.* ¿Cómo poner en verso can-

tante y sonoro ideas que requieren reposada prosa? ¿Dónde nos ofrece el verso encendido, que prende el pecho con su llama y el oído con su armonía; dónde nos ofrece lugar a la meditación callada, engendradora de los convencimientos profundos? Porque no es sólo que tenga que habérselas el poeta con neologismos a causa de la pobreza del latín de entonces y lo inusitado de la materia, como él mismo dice:

Multa novis verbis praesertim cum sit agendum,
Propter egestatem linguae et rerum novitatem (I, 139-40),

es que tiene que solucionar el problema insoluble de la poesía didáctica. Y como es insoluble este problema, los dos términos contradictorios que le integran no hallan entre sí conciliación posible: o poesía, o filosofía; o disciplina, o exaltación, cosas que se excluyen mutuamente. Abramos el *De rerum natura:* difícilmente encontraremos un trozo poético que sea a la vez un trozo de exposición doctrinal. Por eso la poesía de Lucrecio está esparcida aquí y allá, a modo de remansos, a lo largo del río filosófico de Epicuro.

Ya sé que no todos estarán de acuerdo con lo que digo, porque no hago sino tomar posición ante la poesía didáctica, manifestando que no creo en su posibilidad, y hay algunos que opinan, por el contrario, que se puede enseñar poéticamente cualquier doctrina. A despecho de lo cual todos conceden que el poema lucreciano sólo es poesía allí donde no es filosofía, allí donde el asunto se ve arrebatado por una exaltación gozosa y viva de la inspiración más ardiente.

Ardiente inspiración, por ejemplo, la que anima el pórtico del poema, la *Invocación a Venus*. Aquí sólo vibra el poeta, y tan en soledad, que en esta magnífica alabanza a la diosa del amor contradice su prurito doctrinario de combatir la creencia de los dioses. Los críticos que no miraron a Lucrecio desde el doble y antagónico aspecto de filósofo y poeta con

que yo le miro, buscaron una solución intelectualista a la contradicción que supone en un ateo un canto de alabanza a la más significada diosa del paganismo. Esta solución quiso que la *Invocación a Venus* fuese una de tantas invocaciones como los famosos poetas se ven rutinariamente forzados a componer al dar comienzo a su canto; o bien que la Venus de esta invocación no tuviese más realidad que la de un símbolo, algo así como la personificación de la naturaleza en su aspecto generador y fecundo, y como tal poderoso a adormecer en el hechizo del amor la destructora mano de Marte, otro símbolo, si aquél de generación, éste de destrucción.

Esta explicación de la paradoja me parece incompleta, porque la frescura y gracia palpitantes que traspasan la invocación antedicha no puede atribuirse a una fría concesión del poeta a los moldes tradicionales, tantas veces desdeñados a lo largo de su obra; y por la misma razón el simbolismo de Venus y de Marte, más que dar motivo a tales alabanzas, las disculpa *a posteriori*. Concedo el carácter simbólico que tengan ahí los dioses, porque sé lo mucho que le valen a un poeta los símbolos; pero ese carácter simbólico es puramente poético, intuitivo, arranque primordial de inspiración en llamas. Lo mismo que Platón, otro gran filósofo poeta, había arrojado a la poesía de su república, es ahora Lucrecio quien arroja a la filosofía de su poema.

Y puesto que de expatriaciones estamos, démonos cuenta de qué clase de comportamiento usan entre sí el filósofo y el poeta cuando conviven en un mismo sujeto. Hablando de Lucrecio me vino a la pluma el nombre de Platón, porque ambos nos plantean el mismo problema. ¿No es raro, en efecto, que Platón, el más puntual escritor ático, el que deja a sus palabras impregnarse de tan viva emoción, y se desborda sobre el campo de la mitología con un encendimiento que no logra apagar ningún racionalismo; el que tan arrebatado parece comprender la naturaleza del poeta, según nos la describe en el *Ion*,

le trate al mismo tiempo tan desdeñosamente, que ni le consiente en su ciudad, a fuer de atentar contra la templanza del ánimo? Pero ahí está, ahí está, encerrada en esa palabra, σωφροσύνη, templanza, la clave del secreto. El Platón filósofo pretende vivir bajo el imperio de la razón, por el camino de una dialéctica diáfana, sin extravíos ni abandonos a todo lo que no sea de naturaleza racional; en cambio, el Platón poeta no pretende vivir de ninguna manera, porque el poeta, en cuanto tal, está exento de ética, y se abandona a la embriaguez de algo que le posee, no sabe cuándo, no sabe dónde: sólo pretende cantar. Anda entre los ciudadanos, uno más entre ellos; y de pronto siente en su pecho reventar la oculta semilla de un poema, y florece por sus labios el acento inmortal en que modulan su voz todas las criaturas cantarinas. *Enséñanos a cantar,* cuentan que le decían a Orfeo, sin voz casi, los pájaros enmudecidos. Y así se lo repetían los circunstantes al poeta en el ágora ateniense. Platón, que quizás pasaba por allí, habría oído la pregunta. ¿Acaso era descabellada? ¿No hay artes, τεχναι, con que instruir al carpintero en hacer mesas, y al guarnicionero en hacer arneses, y al armador barcos? Pero Platón sigue cabizbajo su camino, porque sabe desde el hondón de su alma que él, poeta legítimo, no puede enseñar a los demás a serlo. Algo que no se aprende, y que es de naturaleza tan leve y alada como la poesía, no puede acogerse en buena lógica al racionalismo—todo lo místico que se quiera—de un Platón. Y entonces viene el sacrificio, la extradición, el destierro del poeta fuera de la ciudad que rigen los filósofos. Tenemos a Platón dividido en dos mitades, y arrojando de su lado a una de ellas, por lo bien que la conocía. Mejor, sí, que Aristóteles, quien al ser requerido como profesor de poesía le habría regalado al postulante un ejemplar de su *Arte poética*. Él no era poeta, y por eso quiso enseñar a serlo.

Este comportamiento del filósofo y del poeta entre sí cuando residen en un mismo sujeto, y que con el ejemplo de

Platón, por ser paradigmático, aclara el de Lucrecio, no debe conducirnos a la extrema consecuencia de hacernos pensar que su alma vive continuamente presa de una sombría pugna, como reino alborotado y dividido entre sí. Expulsar a los poetas de la república platónica es una acción violenta del filósofo; pero otras imágenes habrá con qué expresar la cortés reverencia que ambas actividades se rinden cuando una tiene que tomar pasajeramente la primacía del alma, y relegar la otra a un lugar subalterno. Qué duda cabe, además, de que en el caso de Lucrecio su personalidad concreta sólo puede estudiarse en la totalidad de sus actividades, y quién sabe si el haberse adscrito, de entre todas las filosofías vigentes en su época, a la epicúrea, cuyas consecuencias morales llevan a la fatalidad y el pesimismo, traería secretos sabores a un temperamento triste y melancólico como posiblemente lo sería el de Lucrecio. Quién sabe si saborearía más este clásico sensitivo toda la grandeza triste de la naturaleza en una filosofía que no traspasaba sus límites corpóreos, que no en otra de mayores pretensiones.

Grandeza triste de la naturaleza. Leyendo a Lucrecio se llega a pensar si su fama de humano la habrá adquirido por lo que le falta de divino. Pesado, como si todo el cielo acumulase estrellas sobre los hombros del poeta, y como si éste, encorvado bajo su pesadumbre, no pudiese aligerar el paso, ni reprimir el duro destino, que se le clavaba en el corazón para decirle que todas las cosas son por siempre lo mismo. *Omnia eadem semper* (III, 958).

¡Siempre las mismas cosas, Tito Lucrecio Caro! Tú acertaste a definir esa angustia suprema del tedio y del hastío; ese tedio de la vida que ha rodado de alma en alma, al través de la incredulidad secreta de los siglos, y que se llega hasta nosotros, hasta nuestros días sin fe ni amor, sin creencia ni gracia. Pero tú has sido un aristócrata del hastío. Era carnal tu

filosofía, pero tú no lo fuiste. No buscaste el olvido en los placeres; huían los soles, temblaba bajo tus pies el suelo, pero ninguna Lesbia podía consolarte con sus besos, como consolaba el dolor de aquel Catulo, tu contemporáneo, quizás tu amigo. Y Lucilia, tu esposa o tu querida, aquella que te ofreció el filtro amoroso para dominar tu solitario desdén y sentirse de ti amada, no supo que en él te ofrecía la locura y que al querer llevarse tu corazón se llevaba tu cabeza, extraño trueque. Y no me figuro tu apostura como la de aquel imperial Horacio, *brevis atque obesus,* pequeño tonel de egoísmo, en la áurea mediocridad de la villa que le regaló Mecenas. Tu alma era más pura, más contrastada por el dolor, más moderna; Virgilio te comprendió mejor que tus otros sucesores, y por eso también los cristianos supieron espigar en tu poema la crítica de la religión pagana y del supersticioso temor a los dioses, contrario a la esperanza de Cristo.

Llegamos en la lectura de tu poema a una de esas digresiones frecuentes con que rocías la aridez de la exposición doctrinal, y parece que nuestros ojos descansan sobre un plantel de frescura, al margen del arduo camino de tu adoctrinamiento, como aquellos dichosos cuerpos que tú nos describes, y que no necesitan para su placer de más riquezas que reclinarse sobre el tierno césped, junto al murmullo del agua, bajo las ramas de un árbol alto,

postrati in gramine molli
Propter aquae rivum, sub ramis arboris altae
Non magnis opibus incunde corpora curant.

Pero después viene lo otro: el levantarse a caminar, concepto tras concepto, por los hexámetros interminables. Se diría que alguien te hubiese despertado diciéndote al oído que había de llegar el día de tu muerte, y tú, al ver que ella te hacía filósofo, incorporándote sobre el ancho césped, abar-

carías en tu contemplación el universo, para preguntarle por su latir íntimo, por su conceptual secreto. Y entonces nos explicas la formación mecánica del cosmos, la doctrina de la mortalidad del alma, y apasionadamente vacías tu aljaba contra el fantasma de los dioses. Y al recomendar como supremo bien de la vida la ataraxía, la tranquilidad del ánimo ocasionada por la ausencia de los deseos, parece que de nuevo te recuestas sobre el verdor del césped, libre del temor de los dioses, libre de todo, convidándonos a gozar del presente, del absoluto presente donde se oculta la eternidad feliz.

Quia semper aves, quod abest, praesentia temnis
Imperfecta tibi elapsa est, ingrataque vita. (III, 970-1)

No sé cómo llamar a los versos que ahora publico bajo la égida de Lucrecio. No los juzgo traducciones, porque no trasladan fielmente al original; ni originales, porque hoy por hoy nadie les ha otorgado todavía tal valor. Sea como fuere, he de hacer constar lo que todo lector culto sabe: que el único interés válido para derrocar el descrédito que tienen las traducciones en verso consiste en que el traductor haga de poeta. Con esa libertad me he permitido no pocas *licencias* en el traslado *conceptual* de los versos, cambiando a veces el orden de las ideas y en ocasiones las ideas mismas. Del poema de Lucrecio no conozco más traducción castellana que la de don José Marchena (Biblioteca Clásica), toda en endecasílabo suelto, literal y servil, aunque no sin virtudes. Allí aparece la *Invocación a Venus* de tan diversa manera a como yo la he concebido, que el lector curioso experimentará la extrañeza que yo he sentido al compararlas, y ver cómo con idéntico asunto e idéntica forma de versificación pueden hacerse cosas tan diversas. En *La vaca a quien privaron de su hijo* he procurado sacar todo un breve poema de un ejemplo

donde Lucrecio habla del sentimiento maternal entre los brutos. Cómo no recordar al componerle otra breve poesía de la misma índole, gloria de la literatura hispánica, *La vaca ciega*, de Maragall. En *Habla la Naturaleza* he prodigado intencionadamente el tono patético, adoptando un metro de alta alcurnia esproncedana. Y aunque en algunos lugares más que versión es paráfrasis, me parece que ese patetismo se encuentra ya en el original, donde la Naturaleza no habla en tono frío e impasible, sino con toda la emoción de quien pronuncia las últimas palabras sobre la vida y la muerte, o con la del pobre mortal que las repite. Y así los he traducido, como Quevedo los leyó: *por acariciar mi sentimiento o por hacer lisonja a mi melancolía.*

INVOCACION A VENUS

Aeneadum genitrix, hominum divumque voluptas.

MADRE de los latinos, alma Venus,
¡oh placer de los hombres y los dioses,
que bajo las estrellas fugitivas
das asiento en el mar a los navíos
y abres surco en la tierra a la simiente!
Porque todo se engendra de tu mano
para cantarte amor. Y las tinieblas
huyen tu luminoso advenimiento,
y a tu paso la tierra se te ofrece
brotando suaves flores, y las aguas
sonríen para ti, mientras el cielo
en la quietud clarísima se funde.
Florece en torno ya la primavera,
el aura se encendió, mira las aves
cómo primero, diosa, te lo anuncian
en regocijo tuyo estremecidas.
Los sueltos animales ¡cómo saltan
por los campos en flor y por los ríos

que cruzan al correr! Tan deseosa
va la naturaleza tras tu halago:
llévala donde quieras, que te sigue.
Y por mares y montes y torrentes,
y en los prados jugosos, y en las selvas
albergue de los pájaros, agitas
el amor en los pechos, blandas ansias
de propagar la especie despertando.

Y ya que sin ayuda tú gobiernas
a la naturaleza, y que los seres
a la divina luz por ti se asoman
dichosos de latir, oh madre Venus
¡levanta mi canción hasta la vida,
numen de gracia tú, diosa potente!

Reposen entre tanto adormecidos
los combates del mar y de la tierra.
Tú sólo agradar puedes en tranquila
quietud a los mortales, y el imperio
del poderoso Marte se te rinde,
cuando a veces le apresa tu regazo
y de amores herido le somete.
Y reclinando la redonda testa
en tu seno, deidad, vuelta a la tuya,

se apacienta de amor, y con los ojos
ávidos de gozar te pide un beso.
Ah, cuando así le tienes, noble diosa,
sobre tu cuerpo santo embebecido,
muéstrate en el dulzor de las palabras
a su placer solícita, pidiendo
una paz favorable a los romanos
que tranquilo me deje celebrarte.

LA VACA A QUIEN PRIVARON DE SU HIJO

At mater, virideis saltus orbata peragrans.

VA sola en el verdor la triste vaca,
madre sin hijo ya. Dobló su cuello
sobre el ara lustrosa el ternerillo
y en cálido fluir le sangra el pecho.
¡Ay la doliente madre que le busca,
torpe el mirar bajo el testuz resuelto!
Husmea con el morro sobre el césped
rastreando las huellas del ternero,
y de escarbar se rinde su pezuña,
y de mugir se queda sin aliento.
En la umbría del bosque se detiene
y colma de querellas el silencio,
y regresa mil veces al establo
herida en la añoranza del pequeño.
Ni la corriente de los anchos ríos,
ni los retoños de los sauces tiernos,
ni la frescura de las altas hierbas
le desvían el ánimo suspenso.

Y aunque mire triscar los ternerillos
que por las praderías van paciendo,
ella conoce tanto al hijo propio
que no se alivia su dolor al verlos.

HABLA LA NATURALEZA

Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris.

DI, mortal ¿por qué permites
sobre tus ojos el llanto?
¿Acaso tienes en tanto
lo que te obligo a perder?
¿Cómo te espanta la muerte
si de la muerte has nacido,
y yo te vuelvo al olvido
que disfrutabas ayer?

Si la vida te fué grata
y es luminoso el pasado,
y su cauce iluminado
la memoria te guardó;
si no todos tus placeres
en roto vaso cayeron,
ni sin fruto diluyeron
la esperanza de su flor:

¿por qué, necio, no te apartas
del convite de la vida,
con el alma agradecida
por sus bienes y su luz?
¿Por qué tiemblas ante un sueño
que tan blando se te ofrece,
y tu pecho se estremece
ante la eterna quietud?

Pero si en lugar de gozos
te dió la vida dolores,
y sin fruto y sin colores
se marchita ya su flor;
si no guarda tu memoria
sino cansancio y mentira,
y tu existencia suspira
por un ausente dulzor:

¿por qué tan loco la buscas,
y aumentar un tiempo quieres
que sin luz y sin placeres
algún día acabará?
¿Por qué al ver el horizonte
que da puerto a tus pesares
aún te encariñan los mares
que riegan tu duro afán?

Ay, no me pidas ansioso
que tus anhelos complazca,
y a mi voz un mundo nazca
lleno de dichas sin fin;
todo es lo mismo por siempre:
tu cuerpo se debilita,
pero mi ser aun palpita
para mirarle morir.

Cesa, mortal, de pedirme
otro mundo, otros placeres,
o que discurra otros seres
que te alivien el dolor.
Es inmóvil mi destino,
y aunque los siglos vencieras
y eternamente vivieras,
seré lo mismo que soy.

Versión y nota de LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS

CRISTAL DEL TIEMPO

DE CLAVO PASADO

EL VALOR DESDEÑOSO

Con frecuencia oigo decir que la cobardía es madre de la crueldad. He notado muchas veces que la acritud y aspereza de la animosidad maligna e inhumana suele ir acompañada de debilidad femenina. Los más crueles lloran fácilmente y por los motivos más baladíes... ¿Será debilidad de ánimo lo que hace a los crueles plegarse con facilidad a los extremos?

El valor se detiene al ver vencido al enemigo. Pero la pusilanimidad, cuando quiere entrar también en el combate, no pudiendo representar los primeros papeles, se aplica a los más humildes, y de su cuenta corre la matanza y la sangre. En las victorias, las grandes carnicerías son organizadas por los subalternos y por el pueblo, y lo que ocasiona que en las guerras populares ocurran tan inauditas crueldades es que la canalla vulgar, desconocedora de otro valor, se lanza a hundir los brazos en la sangre y a desgarrar cuerpos bajo sus pies, como los perros cobardes, que en la casa muerden y desgarran las pieles de los animales que no osaron atacar en el campo... Cada cual siente que el valor y el desdén residen más en el vencimiento del enemigo que en su acabamiento, más en infligirle un castigo que en causarle la muerte. El apetito de venganza se apacigua y satisface cuando se ha dejado de sentir. No nos vengamos de una bestia o de una piedra que nos hiere, pues son incapaces de sentir nuestra venganza. Y matar a un hombre es ponerle al abrigo de nuestras ofensas.

(Montaigne: *Ensayos,* lib. II, cap. XXVII: *La cobardía, madre de la crueldad.)*

CRÍTICA Y MILAGRO

Hay muchas gentes que todo lo esperan de un milagro.

Los que lo esperan todo de un milagro están aquí de más.

Para censurar todos son buenos; para el trabajo no todos sirven.

Cada día se marca más la línea divisoria entre dos grupos de derechas: unas las que trabajan; otras las que critican.

(Del Sr. Gil Robles.)

No conviene afirmar de ligero que quienes *hacen crítica* nada hacen en política, religión e historia. *Crítica* quiere decir *juicio,* y sin *crítica,* ni se tiene juicio ni se es prudente y justo, sino ofuscado y apasionado. Desde luego, es difícil entender la teoría del juicio cuando se ha empezado por declarar *la accidentalidad de la forma,* porque, en buena escolástica, *la forma* es precisamente la que determina la calidad y extensión de los juicios y la relación clara del principio a la consecuencia, de modo que nada haya de sobreentendido, de equívoco o de engañoso desde la premisa mayor a la conclusión.

En toda Europa se ven ahora gentes—como algunas de la España de hoy—que no quieren críticas, pero tampoco mila-

gros. Cristo nuestro Señor hacía críticas terribles de quienes todos saben y hacía milagros. Desde entonces, toda la historia humana ha girado en torno a estos dos polos, porque en torno a ellos el poder, el saber y el amor han producido su claridad y su construcción máximas.

En el *Gran Teatro del Mundo,* de Calderón, las claves supremas de la historia son la ley divina o juicio de Dios y la Eucaristía o milagro de Dios, que lo hace incesantemente de sí mismo. La posición de los hombres respecto a estas cosas es lo que determina la trascendencia y universalidad de la historia. El gran período de la Edad Moderna se llama hasta en los manuales laicos *La Reforma y la Contrarreforma,* porque con esas enunciaciones significamos la posición de los hombres respecto al valor de la crítica y al valor de los milagros. Desde Adán, y aun desde antes de Adán, desde Luzbel, éstos han sido los polos esenciales de la historia, que empieza con un juicio y un milagro y acabará con otro juicio y otro milagro, porque estos son sus principios y fines.

Se quiere hoy una política, una historia y aun una religión antipoéticas y antiteológicas, en que no haya crítica de intelectuales, ni heroísmo de héroes, ni milagros de santos. *Milagritos, no,* solía decir un pobre caricaturista. Ahora son muchos los que repiten esto con listeza de café madrileño. Alardean de no tener inocencia, y se van volviendo así tan listos que se pasan de serlo. ¡Hombres de realidades, vaya!

Por extensión, la palabra *milagro* suele aplicarse a lo inesperado, extraordinario, sorprendente y traído por vías no usadas. Claro está que en historia no creer en *las vías no usadas* es no saber una palabra de lo que es la historia y tener un concepto chato del mundo, del hombre y de las leyes providenciales que nos rigen. Es lo característico de la *tête bornée.* Pero resulta que, como explicaba Goethe y habían explicado antes San Agustín y Bossuet, la historia no es más que historia religiosa, y no se explica por la razón, sino por la religión,

o sea por lo que se sustenta con milagros de una manera permanente. Y lo mismo viene a decir Vico. Chesterton dice que el modo de entender el mundo es como milagro. Benedetto Croce añade que *en política un santo* (esto es, un hombre de milagro), *un héroe, un hombre sencillo y resuelto pueden lo que los políticos no pueden.* Hay una política llamada sensata, que se suele orientar contra estas tres cosas: contra la santidad, contra el heroísmo y contra la sencillez, que constituye, como dice San Juan Crisóstomo, *el ápice de la filosofía.* Hay gentes que echarían fuera del Compromiso de Caspe a San Vicente Ferrer para que no resolviese con milagros una grave crisis histórica. Son los mismos que procesaron y quemaron a Juana de Arco por haber defendido milagrosamente –y con milagros– la independencia y unidad del Reino de Francia. La política era grande cuando los pueblos esperaban que las cosas se resolviesen con milagros, y cuando no creían en el Dios verdadero, como en Grecia y en Roma, con prodigios. La fe en la intervención sobrenatural ha sido el motor más poderoso de la civilización europea, o, como dice Hilario Belloc, *el alma de Europa.*

Por eso, aun en la acepción más vulgar e ignara hace daño a los oídos espirituales esa frase manida de los políticos: *Yo no espero nada de milagros.* Los católicos no deben decir nunca eso; porque si la palabra *milagro* no conserva en bocas católicas su santo y verdadero sentido, ¿en qué bocas lo conservará? La Inquisición del siglo XVI era muy escrupulosa con estas demasías de lenguaje, y al corregir tales abusos irreverentes de expresión velaba no sólo por la pureza de la fe, sino por la claridad de la razón y la transparencia del idioma. Es oscura y turbia la acepción despectiva de la voz *milagro.* Hace tan feo decir *no espero nada de milagros* como *no espero nada de las primaveras* o *no espero nada del amor y del sacrificio.* Detrás de ese modo de hablar suele haber caballeros de la Triste Figura –vueltos del revés–, o sea gentes

listas, que donde hay gigantes sólo ven molinos, porque de las cosas gigantes, sobrehumanas y sobrenaturales de la religión y la historia quieren hacer molinos y molinillos prácticos para moler su harina.

Existe un aridísimo ambiente de política sociológica, que ya en muchos lugares y sectores se llama *de derechas,* donde ya los superfosfatos cuentan para la cosecha futura mucho más que la bendición de Dios nuestro Señor. Y, aquí, toda una cristiandad tradicional parece que se seca y se rompe, y ante esta rotura con un pasado de fe fuerte y sencilla, sólo nieblas y, al cabo, fango, sangre y lágrimas vemos para el futuro. Esa sequedad y esa aridez son las que traen los modos artificiales e insinceros. Y eso es lo que no reconduce a la unión. El arte de entender y de entenderse estriba en ser sencillo, sincero e ingenuo. Los que nada esperan de milagros —porque no quieren ser ingenuos—viven en un continuo apoyarse en lo exterior y utilitario, en un glacial y táctico echar cuentas de cosas y personas, lo cual les conduce, en la política, en la historia, en la vida civil y religiosa, a una desoladora platitud espiritual. Falta todo lo que es fuego, ardor y candor religiosos, y falta todo lo que es una íntima, profunda vida espiritual en la Iglesia Católica y en la religiosidad de la historia. Entonces no hay ojos luminosos, ni lengua franca, ni mano abierta para estrecharla fraternalmente con aquellos de la misma fe. Se llega a esa aridez incautamente en un principio, y después se persevera en ella con malicia, por servir a intereses creados y a la siembra del diablo. Se olvida lo que es esencial—dice Jaspers—por la solicitud exagerada hacia lo existencial, que casi siempre y de modo concreto se traduce *en ansia de lograr el poder a corto plazo.* Para eso se sustituyen las grandes continuidades espirituales por múltiples tareas prácticas, burocráticas, publicitarias, utilitarias, reclamísticas. Al convertir en función el aparato más o menos

gigantesco de una acción religiosa o política, la colectividad enrolada se va desprendiendo poco a poco de sus raíces sustantivas. Del pasado al futuro cuanto es permanente empieza entonces a carecer de validez, y sólo se vive para lo inmediato y actual. Nada ya se reitera con sentido profundo. ¿Qué fenómenos se producen por ese desprendimiento paulatino de las raíces sustantivas, por esa cancelación gradual del pasado y por ese avasallador predominio de lo existencial sobre lo esencial? Pues se produce, como ante todo desprendimiento de raíces, *en primer lugar, la aridez.*

Se produce *la falta de conciencia de la unidad,* con todos sus múltiples efectos para el territorio, para la historia, para el pueblo, para la religión, para la cultura (porque la ciencia de lo existencial es siempre fragmentaria, y sólo la de lo esencial unitaria). Se produce el *triunfo de la mediocridad.* Se produce el *abuso de la habilidad y de la táctica.* Se produce el *hábito de los malos usos comerciales:* la falsa amabilidad, el hacerse indispensable, el evitar polémicas que comprometan la razón social, el mentir algo sin excederse, el conducirse con modestia amanerada o con hinchado empaque según las ocasiones, y el recurrir según los casos a sentimentalismos o a promesas utilitarias... (vid Jaspers).

Finalmente, se produce con lógica implacable *lo de no esperar de los milagros.* Pues ¿qué cosa son los milagros? Son cosas que se desarrollan *en el centro del ser.* Son puertas o brechas del conocimiento, revelaciones del vínculo sustancial de todas las cosas con Dios y, por tanto, de la vida universal del mundo. Así se ha entendido el milagro de un Dios-Hombre crucificado. Como revelación, ventana, brecha y rasgadura del velo de la carne mortal, que muestra por ahí su unión con Dios. Por eso la ciencia que justifica los milagros es la ciencia unitaria de lo esencial: la Teología. Y la ciencia que niega los milagros es la ciencia fragmentaria de lo existencial, la típica ciencia fragmentaria del siglo XIX y la

que con un mismo *hecho biológico diferencial* afirma separatismos y niega milagros. Todo procede del pecado original de escisión. He aquí el garlito en que ha hecho caer a ciertas gentes el palurdismo pretencioso de sus mentores en la adopción de los famosos *métodos modernos* y a la vez el irreligioso y torpe menosprecio por el alma tradicional de fondo popular y divino; santo heroico, sencillo, lleno de esperanza y estupor de milagros. ¡Famosos métodos! Quien siga el método platónico acabará por hacerse platónico. Quien caiga en la idolatría de unos métodos hechos para servir a la más deplorable ética-utilitaria de nuestro tiempo, caerá en ella. No concebirá ya, de manera clara, unidad ni milagro porque son como inseparables. Toda la católica universalidad queda entonces rota. No se quiere la crítica–la raya–, que es distinción. No se quiere tampoco la cruz, como suma y milagro, como suma de sumas de milagros, como punto céntrico y crítico de toda unidad y humanidad, trazado por el cruce milagroso de la naturaleza y de la gracia.—R. S. M.

LA QUIMERA DEL ORO

El Tribunal Supremo federal de los Estados Unidos está resolviendo en estos días la cuestión más grave que le haya sido nunca planteada. Y es un ciudadano cualquiera, por una cantidad menor que cualquiera, quien le ha puesto en ese trance. Pretende que se le paguen en oro los mil dólares de una obligación de la Compañía ferroviaria Baltimore & Ohio. Pero sobre esta pretensión minúscula, moneda de oro de una primera piedra, se yergue ya un rascacielos gigantesco, con la tierra firme de la economía americana a los pies, y en la frente el cielo encendido de la Constitución, esa Constitución que hizo escribir a Castelar que América era la república del Evangelio. ¿Es constitucional la ley que, hará cosa de un año, votó el Congreso de la Unión, prohibiendo, por razones de bien público, el pago en oro de las deudas públicas y privadas? Tan peliaguda es la cuestión o pregunta que para no obligar al Alto Tribunal a contestarla se ha venido demorando, por todos los medios posibles e imposibles, la última instancia. El Tribunal Supremo de la Unión es la columna firme de la vida jurídica americana, y, en fechas menos inquietas, ha mantenido un dorado criterio intransigente: la cláusula oro es una cláusula de oro. Pero, desde que América devaluó su moneda, un dólar es un dólar, y si el Tribunal Supremo se mantiene firme en su papel de columna, apoyado en una columna de papel, ¿adónde todo el bien público, toda la política, todo el New Deal de Roosevelt? Y si la columna, en vez de mantenerse firme, empieza a denguear salomónicamente,

¿dónde el respeto a las decisiones individuales, dónde la Constitución, dónde la república del Evangelio?

Cuando en fecha memorable—¿septiembre de 1931?—Inglaterra cortaba la retirada a los créditos y al crédito que se le iban con aquella decisión tremenda y heroica de abandonar el patrón oro, el estupor y los improperios se disputaron el comentario. Tampoco faltaron los pronosticadores de catástrofes. Los ingleses, aficionados al juego limpio y a las bromas pesadas, una vez pasado el susto de aquel obligado pase futbolístico de la muerte, se sonrieron. Las cosas empezaban a marchar en Inglaterra un poquito mejor que en otras partes y los profesores de Economía bautizaban la jugada inglesa con el pomposo nombre de *moneda científica*.

Los ingleses se sonrieron, sin enseñar procazmente sus dientes de oro. Todo el oro estaba en el Banco, en el Banco de Inglaterra. En una fecha nada memorable, 6 de marzo de 1934, las acciones del Banco de Inglaterra se cotizaron a 385. Se recordó que era la más alta registrada desde la fundación del Banco, en 1694; el record pertenecía hasta entonces al año 1849, con la cifra 367, y el punto más profundo al año 1697, con 51. El fenómeno, verdadero fenómeno, tenía una explicación muy sencilla, la misma que el dinero científico: las cantidades de oro almacenadas en los sótanos del Banco, en el sotabanco, más las que estaban sin almacenar, habían subido automáticamente de valor en la misma proporción que bajó la libra—un 30 por 100—en una científica reacción de vasos comunicantes; la plus-valía representaba la cantidad de 100 millones de libras, es decir, para que nos hagamos una idea, siete veces el capital del Banco de Inglaterra (14,5 millones de libras). Esos 100 millones pasan a ser propiedad de los accionistas en el momento que se estabilice la libra. El disco solar marcó su cenit y las acciones también.

Este enriquecimiento birlibirloquesco, más efectivo, sin embargo, que birlado, verdadero enriquecimiento indebido, pues que a nadie es debido, aunque sí a nada, no ha sido el único ensalmo de la moneda científica. Hay otro más corpóreo y aprehensible, no tan de quita y pon. El caso famoso de las minas de oro del Africa del Sur. Esas minas tenían sus años contados, que no pasarían de veinte, tomando, como es de rigor, todas las precauciones. Al aumentar el oro de precio en esas proporciones insólitas, resultan productivas explotaciones de tierras de segunda calidad que antes eran ruinosas. Con esto, las minas de oro del Africa del Sur podrán tirar todavía de setenta a cien años. Es posible que el dinero no exista, quiero decir, que no sea un ente real, sino ideal—dinero científico. Es posible que tampoco el oro sea más que un fantasma dorado, Eldorado, una quimera; pero ¿las entrañas de la tierra? Y para los que creen más en el hombre que en la tierra: 250.000 hombres, incluídos los negros, encontrarán ocupación en esos años supernumerarios.

Dos Imperios se disputan el del mundo: el Imperio británico con su bloque de la libra esterlina y el Imperio francés con el del oro. Al Imperio británico se juntan los países escandinavos, la Argentina, y, puestos a manejar una moneda *casi científica,* los Estados Unidos y el Japón. Al Imperio francés, Italia, Suiza, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Los países del bloque de la libra tienen una moneda científica, y faltando a la más elemental buena fe, la fe en el oro, presionan deslealmente los precios mundiales. La batalla es descomunal, pero con el tono alegre de una gatomaquia llena de gatuperinas logomaquias. Lo que los de una banda recriminan de infidelidad al oro, los de la otra santifican con el nombre de moneda científica, y lo que para aquéllos es competencia desleal, para éstos representa el *precio natural* de las cosas. Si el dinero es un ente ideal, ¿cómo los precios podrán ser naturales?

Todo es relativo, hasta el dinero, y para no perder vertiginosamente la cabeza tendremos que agarrarnos a un clavo ardiendo: el pez grande se come al chico. Por lo tanto, el bloque oro se rendirá, naturalmente, a la presión, natural, del bloque de la libra, y, con todas las reservas mentales y cordiales, aceptará, tarde o temprano—y nunca la dicha será buena—la moneda científica. Y llegado ese día, no sé si se habrá resuelto la crisis, pero los campos de la paz seguirán divididos moralmente entre los que fueron vergonzantes y tardíos traidores a sus principios y los que hicieron principio de sus fines.

Pero a lo que íbamos, a la creación de la nada por el quita y pon del oro. La prima del oro—doradas cuerdas de la guitarra—automáticamente producida por la depreciación de la libra y devaluación de otras monedas—dólar, yen—, implica el correspondiente aumento de su *fuerza adquisitiva*. Países como Rusia, que posee minas de oro en el Ural y en Siberia, se dedican a explotar afanosamente sus yacimientos, cueste lo que cueste, si el Estado, como en Rusia, es el empresario. En 1924 Rusia obtenía 0,80 millones de onzas de oro. En 1932, 1,99, y en 1933, 2,81, cifras que anuncian que Rusia va a desplazar al Canadá como segundo país en la producción mundial de oro. Al precio de ahora, la obtención de ese oro representa para Rusia una riqueza anual de 20 millones de libras. Esto quiere decir que los países capitalistas podrán incrementar considerablemente sus exportaciones al inmenso mercado ruso, acreditándolas en vista de esas inmensas reservas de oro. El mismo cálculo, en términos más modestos, se puede aplicar a algunos países de América del Sur, sobre todo al Brasil, productores también de oro. Expertos tan concienzudos como los del Midland Bank de Londres ven en esto nada menos que una de las grandes vías para trasmontar la crisis.

No tendría nada de extraño porque, según el aforismo universal, *similia similibus curantur*. De la crisis se han dado más explicaciones que del Filioque. Todas embrolladas, arbitrarias, falsas, por ser explicaciones prácticas, reales, que menudos líos se suelen armar los hombres prácticos con sus explicaciones reales; todas menos una, en la que funciona quiméricamente el quita y pon del oro. El autor de esta versión es el Dr. Alfredo Landsburgh, cuyo nombre deberá ser registrado por la historia con caracteres de oro. Explicación, como decimos, de quita y pon, de poner el *gold exchange standard* a medida que se quita el *gold standard*.

En los años que siguieron a los de la inflación los grandes Bancos de emisión acumularon junto a sus reservas oro—«gold standard»—miles de millones de divisas—«gold exchange standard». Esto quiere decir que los Bancos de emisión retuvieron sus créditos de divisas resultantes de las relaciones comerciales con el extranjero, y que los Bancos de todas partes trabajaban con capital que de este modo ponían a su disposición los Bancos de emisión extranjeros. Ahora bien: para evitar el riesgo de una reclamación repentina, estos Bancos, a su vez, tuvieron que entretener grandes activos—letras fácilmente realizables—, con lo que fué incrementando piramidalmente el volumen de créditos. Ello equivalió a una aceleración enorme del ritmo de circulación de la moneda contante existente; esto es, una multiplicación aparente y operante de esa moneda; una multiplicación del capital efectivamente existente, disponible para inversiones de toda clase; y aquel aura de «prosperity» en todos los países en que la industria trabajaba con créditos a corto plazo—letras—prorrogados de vencimiento en vencimiento. Esta prosperidad enorme, construída con una pirámide de créditos, se derrumba con estrépito cuando los Bancos de emisión vuelven a la política clásica de la cobertura oro, es decir, empiezan a reducir sus divisas realizando los créditos que ellas representan. En el término de pocos años des-

aparecen de los Bancos de emisión más de 30 millardas de pesetas en divisas, es decir, en créditos extranjeros. Si se descuida esta contracción sin ejemplo del capital de inversión que había sido precedida de su distensión igualmente sin ejemplo, no es posible comprender la crisis ni en su agudeza especial ni en sus formas especiales de manifestación.

No queremos empañar el claro cristal de esta versión dorada con el consabido *si non e vero e bene trovato*—como si se pudiera encontrar *algo* que no sea la verdad. Explicación quiméricamente justa, de un hegelianismo mucho más ingrávido que el de Hegel, y no digamos que el de Marx. Nada de divagaciones ni de profecías, sino ceñida explicación ante la pantalla: el número de oro esqueleto de todo lo consistente. He aquí la gran quimera.—E. I.

LA HORA DE TODOS

Azaña, ilustre escritor.

Ignoro si cuanto escriba sobre el libro de D. Manuel Azaña, *La invención del Quijote y otros ensayos,* podrá tacharse de poco o nada crítico en el sentido de que constituya un juicio más o menos certero sobre su valor literario, ya que para hacer esta clase de crítica sería necesario olvidarse de que existe D. Manuel Azaña. Tampoco sé en definitiva si la visión que obtenga, y que nos va a alejar un tanto del escritor, poseerá la virtud compensadora de ofrecernos algunos rasgos del vivo y discutido Azaña de hoy.

Afirmemos de paso la necesidad en nosotros de esta actitud. No viene de ninguna razón práctica ni está predeterminada por motivos especiales: cordialidad o amistad; estos sentimientos se basan en el hecho social de la convivencia que aquí falta. Ni siquiera surge de una estricta comunidad de ideales; no la hay. Es instintiva y espectante. Su mayor pecado tal vez consista en presentar confusas muchas cosas que hubiesen podido parecer nítidas miradas por ojos más despiertos o sobre campo visual más restringido.

Fuera del achaque personal, creemos que toda ambición crítica tropezará indefectiblemente con otro obstáculo: el ayer y hoy de Azaña consuman, sin negar que un tanto circunstancialmente, el mito de Saturno con respecto a su personalidad literaria; y no es que en definitiva la devoren, no; pero

la trasponen. No importa una débil capacidad de recuerdo; se encargan de avivarla dos notillas puestas en las páginas iniciales de los primeros ensayos: *La invención del Quijote* y *Tres generaciones del Ateneo,* que fueron discursos en su primera versión, pronunciados en mayo y octubre de 1930.

Es decir, un año más tarde el autor de este libro tendrá en sus manos los destinos de un gran pueblo, recién entrado o recién salido—son las dos versiones—de una revolución. Cuatro años después, media docena de innocuos papanatas harán escuchar en tertulias más o menos propicias sus voces de sacristán y sus argumentos de acólito sobre los defectos formales de que adolece el suplicatorio para procesar a don Manuel Azaña y Díaz, ex presidente del Consejo de Ministros de la República Española, cargado, según frase de él mismo, de servicios a su país. Y todavía si se nos deja apreciar los debilísimos movimientos que quieren iniciarse detrás de las concienzudas e ininterrumpidas restauraciones del fracaso, norma ineluctable por lo visto de nuestro vivir político desde cuantísimo tiempo ha, todavía, decimos, el Azaña que no nos deja razonar sobre el escritor vive y se apresta a la inquietud del futuro desde un enmarañado, complejo y contradictorio presente.

Nos parecen de nueva actualidad estas páginas. Sentimos cómo anda en ellas el cabal y ambicioso deseo que hostiga y saca a cuento en cada una los rasgos de la misma personalidad solitaria, plena de tensión polar hacia el cetro del poderío imposible siempre de creer tan cercano.

Entre adusteces y acedías—digamos como su autor alguna vez, asco acumulado—de esta magnífica escritura nervada y tirante, caemos a placer en múltiples momentos de recreo poético bien mimados por quien en tal sazón se olvida de lo que quiere para entregarse por completo al fino dibujo de un paisaje, un hombre, un trozo de cielo. Y no es extraño que nos fuese dado llegar desde aquí a los entresijos románticos

muy fuera de tiempo y consciencia, que son como una estela tremeluciente en la osquedad oficial y vida aparte del personaje, en la cual, de pronto, irrumpe el poder como el fulgor en la explosión de un trueno.

Antes se refugia en su soledad, y cuando ésta sea tan excesivamente sonora que pugne en palabras, salta al campo a dar voces, a mirar a lo lejos quizá a que su melancolía florezca sin espectadores. Luego asiste a la invención del Quijote; su pasmo no le impedirá en ningún momento contemplar la proeza del vivo e hidalgo D. Ramón del Valle Inclán cuando éste camine por entre una manada de toros bravos. De regreso a la ciudad le aguarda Valera: culto, refinado, urbano, dilectísimo.

Con estos tres nombres llenará el libro; bien puede. Pero el principal personaje de sus ensayos es el propio autor, no en cuanto Azaña, sino en cuanto a la porción de Cervantes, Valera y Valle Inclán que Azaña lleva dentro, sin que como porciones por muertas o por vivas le baste ninguna, ni como totalidades infranqueables tampoco. Esto no será estúpida soberbia ni vanidad ridícula. Es, sencillamente, que Azaña no puede renunciar a su propio azañismo.

Dicho esto, se quiere y desea un poco Cervantes, y para que vivan su querencia y su deseo pone sobre la mesa tesis opuesta a la de Unamuno. Así, es indudable que el original físico de la asombrosa invención, Alonso Quijano, fué vivo fuera de cacho y loco de atar. Pero, cuidado, loco de atar porque el tiempo de la caballería había pasado para todo el mundo menos para Alonso Quijano, y los libros de caballería, después de constituir para él solaz y pasión, llegaron a ser su única y posible actualidad. Y el ensayista de hoy reconstruye la observación cervantina tan como si fuese propia que desliza la suya. Porque también Azaña ha tenido frente a sí, en sus andanzas por tierras españolas, personajes de vitola y locura idéntica a las de Alonso Quijano. Se trataba de un ar-

queólogo que veía cierta ciudadela y murallas donde nunca existieron. Pretendía restaurar aquel fantástico conjunto de torres, muros y baluartes, y pidió a Azaña, *tomándome*—dice éste—*por quien no soy*, su influencia, a fin de obtener algunos subsidios del Gobierno.

El *por quien no soy* del inciso es uno de los mejores borbotones que suben a la pluma desde el ígneo centro que mueve su vida. Azaña, por lo pronto, suelta la carcajada ante el descarriado personaje de su observación, de la misma manera que él supone lo hizo Cervantes cuando imaginó al hidalgo, hecho ya ingenioso y Don Quijote, tramontar, agrandado por el crepúsculo una pequeña eminencia de la paramera castellana. En aquel momento, Azaña, de ser lo que luego fué, hubiese puesto a prueba su cordura ante la viva afición de alzar en el pueblo del chiflado las imaginadas murallas. Y la carcajada de los dos, del orate y del cuerdo, hubiese sido homérica.

No hay azar en el Quijote, tesis de Azaña. La obra realiza un sistema de observación genial; y se realiza en la madurez sosegada, rural, renunciadora de Cervantes, cuando han pasado ya las grandes ocasiones de su vida y se avecina la más formidable. De espaldas a las ciudades, en soledad frente a la grandeza del imperio, del cual ve iniciarse el menoscabo. Inigualada visión total de una España que es el mundo entero. Entonces la descomunal figura del Ingenioso Hidalgo se incorpora también, se carga a cuestas a aquel mundo y echa a andar. No hay gesta.

Aquí sube de punto el arrebato de Azaña. Luego nos lo dirá más en concreto y apagadamente. La total realización de Cervantes, la integración en el Quijote de los inacabables minutos de su vida llena del dulce y fiero patetismo de la espera, colmada con la creación ingente, exacerban los propios y recónditos fondos del contemplador de ahora, que se zambulle en la contemporaneidad de Cervantes, que es su propia

y permanente contemporaneidad. Ya puede cerrar contra todos los azares y providencias. También yo, quizás se diría, espero concluir este mundo que estoy haciendo. Ya está aquí. No es aquel otro, no; pero también pesa. Y Azaña cargó con su mundo y se lanzó al espacio.

No piensa en la caída ni tal vez le importa por ahora; la cosa es caer con el mundo a cuestas, o sea dentro de la historia y dentro de un género, el histórico, de inmortalidad; probablemente en el momento no cree en otro. Tampoco importa desde hoy el que gentes de mayor o menor importancia digan de Azaña que fué la suma del desconocimiento político. ¡Bah! Lope, *que no era tonto,* dijo: *nadie es tan necio que alabe el Quijote.* Y como estas palabras no son puramente emulación baja, significan también necedad, y Azaña abre de par en par las puertas a la incomprensión y a la envidia, bien seguro de que labran su apetecida inmortalidad. Como Cervantes, como Unamuno, cree saber de sí que es quien es. Pero Azaña no anda a mal traer con el *cobijo del mundo,* sino con la organización que reina en el interior de la morada. El subjetivismo de Azaña, avasallador y potente, no le pone las cosas a más distancia de la que permite el alcance de su mano, para apropiárselas o alejárselas a su antojo, colocar este trasto aquí, lanzar esta cosa allá o hacer polvo la que acullá se alzó hasta hoy segura e imponente. Quiere que en él residan propósitos e instrumentos. Lo único importante, por él en último término, y no por la obra, será este frenético hacer y deshacer la materia política que encuentre para que luzca una forma inédita y, ante todo, imperial.

Mas también para él surge el dios adversario: el Vértigo. Siente, eso sí, la voluptuosidad jamás sentida de que rige el carro del sol; pero ahora más que nunca comprende que puede caer. Y si bien al principio la hipotética caída era un adecuado final, ahora, dueño y rector del movimiento, es el peor accidente. A lo único que obliga el ser dios es a seguir siéndolo.

Entonces se apreciará imprevisor, impotente, lleno de pánica desconfianza. Resultará haber sido él manejado por todo lo que pretendía manejar; es decir, no hay más pequeñez que la suya. Y a medida que con el torbellino que le envuelve aumenta su extravío, se concreta interiormente la caricatura de su acabada pequeñez. En tal figuración aparece tratando de mover el mundo con un dedo.

Y se acabó la carcajada, la sonrisa y la acrimonia. Es preciso que vuelva a empezar, se confesó. Pero ya el carro le precipitaba dando tumbos hasta el suelo, el consabido bosque. Allí, para sus amargores, no pudo hallar la amable compañía de las heliadas, ni su llanto.

La explicación de por qué le interesa Cervantes a Azaña justifica, a nuestro parecer, todo lo que anteriormente va dicho. *Siendo yo español, me interesa Cervantes más que nada como escritor... No digo el prosista, ni el estilista, ni siquiera el inventor de novelas, sino la operación del talento que, mediante la materia literaria y con sus signos, implanta ante mis ojos unas formas de vida no expresadas antes por nadie. Me importa saber cómo absorbe y elabora la materia española; y estando sumergido en el mismo medio, cómo y por dónde su sensibilidad se impresiona de las mismas cosas que a mí me hieren...*

Vimos cómo Azaña trabajaba con la materia política.

Al dedillo conoce Azaña el siglo XIX español. Es en pequeña porción su tiempo vital y en cuantía mayor su tiempo espiritual. Va y viene por sus planicies y escondrijos, sabe de personas y sus achaques; en suma, puede descomponerlo en anécdotas o recomponerlo a placer en historia.

No es peyorativo su juicio sobre el *Siglo del vapor y del buen tono*.

Azaña, del mismo modo, aunque en diferente aspecto, que otros conocedores del pasado secular inmediato, sufre

malamente el tópico romo que apellida de inane y baldío a nuestro siglo XIX. Bien que muy siglo XX, pero sin apearse de las bardas que permiten otear las dos heredades. Por lo demás, nada de casilleros: la generación del 98 solfea ya un poco en gris mayor cuando Azaña se siente generación.

Valera es plenitud intelectual del siglo XIX, y éste es uno, si no el principal atractivo que tiene para su biógrafo. Y desde el interés de lector hasta su curiosidad de erudito corre un ancho cauce de identificación. Azaña, atraído por esta vida que ve la luz en Cabra, vive en el mundo y escribe *Pepita Jiménez,* se dispone a seguirla paso a paso. Pronto sabremos lo que Valera anduvo, amó y escribió.

Cómo se afirman los rasgos de la personalidad del gran escritor y hacia dónde dirige los tiros de su ambición. Sus triunfos y su retiro hasta la muerte.

Poco a poco la magnífica inquisición en el espíritu del personaje nos mostrará implicadas o explícitas las facetas de lo que éste era y lo que quería ser. Su senda apetecida es la política—un acta de diputado y *seré el amo,* escribe alguna vez—flanqueada por afanes adyacentes: el saber y el dinero; saber culto y riqueza. Pero su camino auténtico no le lleva a otra cumbre que a la de *derrollar en el condimento de nuestra sabrosísima lengua. Qué iba a hacer en el pulpitillo,* le predice Estébanes *el solitario.* En efecto, pese a su ambición, la voluntad de Valera se rinde a la ley del mínimo esfuerzo; moderantismo cuando se siente progresista; ministerial cuando querríase en la oposición, las revoluciones y golpes de Estado de su tiempo le cogen de mero espectador. Le enoja la lucha y es menos polemista de lo que presagia su espíritu de contradicción, porque gusta sobre todo de lo bello en la vida, alejándole de los enconos antiestéticos de la disputa; lo cual ni impide que llevado de aquel espíritu de intelectual incorruptible, más que de político, *nunca se sienta más racionalista que frente a Donoso Cortés, ni más conservador que frente*

a Pi y Margall, ni más despegado de la tradición que ante Menéndez y Pelayo, ni atenúe tanto el influjo del Santo Oficio como al «hundir» a Núñez de Arce, ni fuese más patriota que al rebatir los juicios de un extranjero despectivos para España, ni menos iberista que viniendo de Portugal, ni más acérrimo madrileño que a quinientas lenguas de la Carrera de San Jerónimo, aunque la encontrase cual viéndola de nuevo.

No hubiese escrito otra cosa Azaña de Valera, y bastaría para ofrecérnoslo vivo y pleno; pero estas líneas miran hacia adentro del propio Azaña. Una frontera les separa: el efecto. Las contradicciones nacen en Valera para satisfacer su propio intelecto. La imaginación, principal naturaleza de Valera, arrancará de aquéllas sus propias creaciones, y esto basta.

Azaña las contempla en su observación diaria y reconcentrada del mundo hiriéndole de continuo. Puede señalarlas con el dedo: acciones de un hombre, trazados de una calle, declaración de una guerra, efectos de una creencia. Y Azaña sin más las odia y se precipita a su destrucción, aunque no tenga muy a la mano las que ha de poner en su lugar. Ya surgirán otras. En este sentido Azaña, que es inconfesable y ocasionalmente romántico, y bien lejos de Valera, se alejará más aún. Estuvo en cualquier instante con el Valera humanista, incrédulo, *imbuído de filosofía crítica.* Para dárnoslo con el más mimado trazo, fué a la busca y halló la anécdota precisa y reveladora; la postura intelectual de este hombre es la que a Azaña le parece bien en todo tiempo. De ser éste ni más ni menos que un intelectual, apetecería ser ni más ni menos como Valera fué. Si alguna vez necesita superar el resentimiento largo cual su frustrada ambición, tratará razonablemente de ser así; porque sólo a tal actitud le es posible derramar con autoridad sobre lo vivo y lo difunto la copa de todas las insidiosas ironías.

Y empieza la vertiginosa huída. Valera ansía el Poder; no

lo tendrá nunca, y para Azaña, que no hay casi nada fuera de este puro querer, trata la falta ni siquiera con hostilidad violenta, en lo adversario, sino caritativamente. *Valera no servía en política como sirven los hombres de partido*, por *finura mental*, por *señorío personal; sin don de mando ni elocuencia no era jefe...* ¿Para qué más?

Los rayos del pensamiento y la palabra y el anhelo de Azaña necesitan cumbres de otro mundo, e irán a abatirse sobre el titánico querer de Cánovas. Desde allí observa a Valera: *Mente dilecta de las gracias*.

Y acaba ceñudo su quehacer. Huyó Grecia. En sus manos el temblor de los contractos fiera y realmente políticos han matado los otros sosegados manejos. Para siempre quizá no; la espada ya no es más que vaguedad y fórmula. ¡Ah, si hubiese espadas todavía!

Es decir, si hubiese más de una, porque esta una y única se alza en la mano libre y vívida de D. Ramón de Valle Inclán, y esta espada rige, hiere, acaricia, vomita fuego, jamás inerte o desprevenida, imposible de volver a la funda. Es como D. Ramón mismo. Tampoco es posible enfundar a éste en una biografía. Ni siquiera es proceso, sino acto repentino e insospechado. Asombro. Y eso hace Azaña ante él, asombrarse. Luego sonríe satisfecho por primera vez a lo largo de este libro. Surge el humor, adivinamos próximo el caos, que es D. Ramón su mundo. Comenzamos a estar deliberadamente lejos de todo. Hasta Azaña echa mano aquí a su otra imaginación que lo que es en el más puro sentido. Sin ella sería imposible que nos revelase el secreto de Valle Inclán.

Antes despoja al hombre de su capa, nos le muestra de frente y costados; helo aquí escueto, flaco y manso. Vuelve otra vez la capa, lo único material de su figura, a su destino, y nos lanzamos a un increíble vuelo hacia los mundos que menea el semidiós y manco D. Ramón. Él nos espera allá. Conduce Azaña. A poco se percibe todo claro y distinto. Pri-

mero son grandes masas, círculos o elipses, según plugo a don Ramón. Allí van y vienen innumerables gentes, viven por el verbo de su creador y desconocen sus odios y benevolencias. Les es imposible acertar cuáles son sus deseos. D. Ramón se agita entre ellos; se le oye gritar: *¡Idiotas!*, y les enseña una vez todavía lo que para la cariacontecida turba resulta tan difícil. Y hace de rey, de pontífice, de guerrero y de pope y de fantasma. Encarna las más difíciles y extrañas figuras, finge la calma, moviliza la tempestad, produce el ritmo e imprime al amor estremecimientos no previstos.

De vuelta, sin D. Ramón, con algún sosiego Azaña nos dice: *Pues bien; dentro de ese «personaje fabuloso que es Valle Inclán», que sería Don Quijote si fuese menos precavido y «dominante», si tuviese menos orgullo, vive secretamente aherrojado el cultivador galaico, el hombre dulce e infantil, huidizo y molesto.* Y nos calla: *Ahora pongan ustedes que yo, sin salir de este mundo, puedo hacer cuanto D. Ramón hace en el suyo, y tal vez encuentre que nos parecemos mucho, sólo que al revés; yo a quien llevo oculto es al Azaña omnipotente.* Y bien se me alcanza la debilidad de esta confesión.

Sería inútil preguntarnos si D. Manuel Azaña quiso que el primer discurso pronunciado como presidente del Ateneo fué predominantemente político: con seguridad lo quiso. Mas tal vez en aquella ocasión la personalidad política y la personalidad literaria del orador habían sellado paces.

Han pasado muchos años desde que un mozo venido de Alcalá penetró en la casa de la ilustración y el libre examen con toda la emocionada reverencia que pudo proporcionarle su ingenuidad. El joven de 1900, presidente en 1930, necesita de recuerdos. Cuenta los propios y cuantos le proporciona aquella historia mejor sabida, la de nuestro siglo XIX. Y acaba por rendirse y rendirnos al placer de hacerla vivir. No diré que sin finalidad crítica. Pero el caso es que siembra añoranzas. Ni aun por el duro adjetivo pierden las figuras ni el

paisaje su calidad entrañable. La belleza y el decoro de la creación artística hacen por esta vez que el razonamiento se ponga a su servicio. Y hasta el sumo acicate, lo político, espera y deja expresarse con libertad al artista que hay en el nuevo presidente del Ateneo. Éste, a tales horas envuelto en su elegante escepticismo, ignora una cosa, y es que está a punto de realizarse su más ambicioso y acabado sueño de ateneísta. Quizá él presienta confusamente una realización para la que vive, pero se halla muy lejos de adivinar su cercanía. Sus barruntos en tal ocasión le dicen poco o nada de un mañana que ya alborea. *Quisiera pertenecer a otra generación.* Entre tanto goza de una calma, por aparente no menos perfecta, que culmina en magníficas páginas de observación. Nos harán ver el hecho aislado y secular del Ateneo.

Los náufragos en las tormentas liberales de España van a dar en el islote propicio, que es el Ateneo. Parte del credo de sus románticos fundadores fué la libertad. El concepto es la única carta en el juego político de Europa. Mas la libertad significa cosa distinta para el europeo a secas que para el español ateneísta. Puede creer el primero que las bondades internas de todo hombre no afloran, si no es en una atmósfera de libertad, o también reputar de ésta como la más eficaz norma política, porque evolutivamente es o le parece la última. El segundo apresta y concibe la libertad en tanto que ella le permita soñar libremente.

En su reducto los mil soñadores se lanzarán a construcciones de pensamiento y acción política prohibidas al resto de los hombres. Entre ellos mismos no habrá acuerdo posible y sin embargo se creerán en el goce pleno de la libertad. Si pueden coexistir estas mil libertades, es porque a ninguna le es dable convertirse en acción. De lo contrario, esta libertad ya será imposible de concebir como libertad ateneísta. ¡1947!

El amanecer del siglo XX nada cambia el concepto arque-

típico y fundamental sobre que el Ateneo descansa, pero introduce otros nuevos:

Primero. El tren ya no es un león con melena de centellas. Se adquiere la evidencia de que un león con melena de centellas no existe.

Segundo. La fórmula, ser libres, no basta a la felicidad universal. Empieza a sospecharse de ella, algo parecido a lo que ya es evidente con respecto al león con melena de centellas. Esta sospecha no roza la libertad ateneísta, que sigue intacta.

Los problemas que plantea una técnica recién nacida y los avances revolucionarios de las nuevas masas se detienen respetuosos a las puertas del Ateneo. Cuando su presidente nos exponga en el primer discurso presidencial su concepto de revolución, encontraremos que ha expuesto la construcción política del presidente del Ateneo y no la de D. Manuel Azaña. Una revolución, nos dice aquél, que para ser cumplida, necesita dos condiciones: cambiar la base económica del Poder; variar la base psicológica de la fidelidad. Pero el segundo sabe que podría simplificar con eficacia si se expresase así: *cambia la base económica del Poder y obtendrás como efecto primero esa variación, de la que llamas con elegante frase base psicológica de la fidelidad.* Pero esto no es ateneísta; frente a ella se agita el caos social, deseando vivir; D. Manuel Azaña se ríe razonablemente del caos social, pero prefiere la lucha contra la base psicológica, para la que muéstrase mejor apercibido, por su espíritu y por su historia. El Ateneo también. Frente al ignorado mañana de trastornos necesitados y queridos, se alzarán las potencias y facultades del Ateneo para caer sobre los problemas políticos. La reflorecida sensibilidad y el ánimo generoso y humanizado darán los mejores frutos de santidad civil.

Y el presidente del Ateneo a poco concluye su discurso. D. Manuel Azaña, entre compasivo y emocionado, abandona

también la tribuna. Empiezan a defraudarle sus propios sueños de ateneísta. Cuando salga de ellos, cuatro años más tarde, este mismo D. Manuel de las sonrisas despectivas empezará a parecernos a los que no hemos sido ateneístas una verdadera incógnita. Y ahora sí que ignoramos su mañana.—A. M.

Palabras

JOSÉ REYNOSO

REFLEXIONES

SOBRE EL USO DE LAS PALABRAS NUEVAS EN LA LENGUA CASTELLANA

Leídas a la Academia de Letras Humanas, de Sevilla, en 24 de junio de 1798, por D. Félix Joseph Reynoso, su secretario.

DICIEMBRE
1 9 3 4

REYNOSO Y EL PURISMO

Es corriente entre los historiadores de la literatura española, cuando llegan al siglo XVIII, execrar con tono patético el afrancesamiento de las letras.

Yo sospecho que hay en esta materia, como en tantos otros puntos de nuestra historia, muchos tópicos y mucha falta de análisis.

¡Pobre y calumniado siglo XVIII! Había indudablemente malos escritores, muchos traductores inhábiles y torpes, y sobre todo pocos escritores geniales; pero la sucesión de los buenos cultivadores del idioma no se interrumpe.

¿Dónde están los libros de alguna substancia y de abominable estilo que pusieron al idioma en trance de que se pudieran celebrar sus *Exequias?* ¡Calumniado siglo XVIII, en cuyo ámbito se tropiezan y enfrentan dos bandos violentos sin encontrar una fórmula de convivencia: la tradición española y la nueva ilustración!

¿Puede llamarse sin reservas siglo afrancesado al que produjo la Historia de Flórez y los poetas de las escuelas salmantina y sevillana, que recuerdan, sin bochorno, las otras escue-

las del XVI que se conocen con los mismos nombres? ¿Siglo afrancesado, en absoluto, el que narra la decadencia del idioma y el próximo fin del castellano, con un estilo recio y castizo arrancado de la viva entraña de nuestros clásicos?

Y en cuanto al idioma, precisamente en este siglo comienza el estudio sistemático del castellano, y aunque fuese por imitación, a principios de este siglo se funda la Academia Española por aquellos ilustres varones que se juntan con el deseo de *cultivar y fijar en el modo posible la pureza y elegancia de la lengua castellana.* En la *Planta y Méthodo que por determinación de la Academia Española deben observar los Académicos en la composición del nuevo Diccionario de la lengua* se señala como tarea esencial *desterrar las voces nuevas inventadas sin prudente elección.*

A los pocos años (1726) publica el primer volumen del llamado Diccionario de Autoridades, el esfuerzo más importante que se ha hecho para la fijación y estudio del idioma. Desde entonces en la Academia, y bajo su protección o contra sus decisiones, han venido a concentrarse los estudios del español como lengua hablada. No es ni ha sido el criterio de la Academia excesivamente purista ni autoritario, y sí más liberal y transigente que las instituciones similares de otros pueblos y sin duda ha contribuído notablemente a formar una conciencia y unas normas respetables y respetadas.

Es indudable que existía entonces una preocupación intensa y difusa que, en los puntos esenciales, convenía en vigilar la pureza del idioma, cuando hasta un espíritu tan poco académico como Feijóo, en el mismo año que aparecía el primer volumen del *Diccionario de Autoridades,* publica su trabajo *Algunas observaciones sobre la introducción de voces nuevas en nuestro idioma,* en el que sustenta una doctrina muy razonable y hasta conservadora compatible con sus atrevimientos y afanes de modernizar la cultura española.

Sin salir del siglo XVIII, los nombres y escritos de Mayans, Capmany, Huerta, Iriarte, Forner, Vargas Ponce, Moratín, Meléndez y otros que escribieron, discutieron y disputaron con más o menos acierto y templanza sobre la materia, nos descubren la constante y sostenida atención ante los problemas del buen uso y empleo del castellano.

Faltan todavía estudios serenos y profundos sobre el siglo XVIII español que pongan en claro y hagan luz suficiente en esta bibliografía.

En este período de nuestras letras, como en la época de Góngora y sus secuaces, hace falta poner orden y concierto. Como entonces, las polémicas confunden y desfiguran con frecuencia los datos y las observaciones; a unos todo les parece galicismo o influencia francesa, y otros, acusados de afrancesados, como Meléndez, son tildados de *magueristas* o arcaizantes.

De materia tan varia y vaga y tan sujeta a la interpretación y al gusto individuales, es difícil deducir aún una doctrina, y menos unas normas. Hay algún crítico, como Campany, que en el espacio de pocos años se contradice, y el que en 1777 es un defensor apasionado de la introducción de nuevas palabras, de la renovación del castellano, *únicamente los turcos que viven solos en Europa conservan el lenguaje de su fiero Othomán en testimonio de su barbarie...*, decía, reacciona más tarde, y en la segunda edición de su *Elocuencia* y en otros valiosos escritos de esta época está dominado por un anhelo estrechamente conservador y purista.

Publicamos hoy un documento que viene a ilustrar esta confusión.

En la Biblioteca de Menéndez Pelayo, en Santander, se conserva autógrafo e inédito un curioso discurso sobre *El uso de las palabras nuevas en la Lengua Castellana,* debido a la pluma del famoso poeta D. Félix Joseph Reynoso, que a mi entender da clara idea de los puntos de vista que sobre esta

cuestión sostenían los hombres más entendidos en estas materias en los últimos años del siglo XVIII. Darlo a conocer me parece una obra de justicia y un buen servicio a la historia literaria.

No es Reynoso un purista necio y terco; pero contra lo que pudiera suponer algún distraído, si se deja llevar de la fama del nombre de su autor, no es ni mucho menos un defensor de la influencia francesa. A Reynoso se le conoce más que por sus bellas poesías, tan entonadas, por su libro sobre *Los delitos de infidelidad a la Patria,* que ha tenido la mala fortuna de suscitar vivas y crueles condenaciones. Trató en él de justificar la conducta de algunos españoles que, después de la invasión francesa, no tuvieron reparo en seguir desempeñando funciones públicas bajo el mando de los invasores, y aun obtuvieron nombramientos y cargos de sus autoridades. Cuestión y problema es éste fuera de lugar aquí, y que según el humor y temperamento de cada uno ha sido calificado de traición o de prudencia. Hombres de tan opuesta ideología como Gallardo y D. Marcelino le califican como el *Alcorán de los afrancesados.*

El discurso sobre *El uso de las palabras nuevas en la Lengua Castellana* se escribió diez años antes de que empezase la guerra de la Independencia, y perderá el tiempo quien pretenda encontrar en él precedentes del supuesto afrancesamiento de Reynoso. No es un purista teórico intransigente, pero sí enemigo abierto y declarado de los galicismos y de la influencia francesa en la lengua española. Pasaron los años, y la pluma de Reynoso, tan culta y tan enterada de cuestiones jurídicas y políticas, escribió unas notables observaciones al primer Código penal español, que además de un valioso documento jurídico es una fe de erratas, una impugnación erudita y muy razonada de los galicismos en que tal Código abundaba. Notable paradoja: el autor del *Alcorán de los afrancesados* era, en realidad, un amante celoso

de la pureza del castellano y un enemigo apasionado del francés.

Lástima que no haya quedado más que la memoria del otro discurso que Reynoso escribió sobre este problema y que no sepamos si llegó a escribir el que anunciaba sobre el lenguaje poético (1).

M. ARTIGAS

(1) Al frente de la edición de las *Obras de Reynoso,* editadas por los *Bibliófilos Andaluces,* se publicó la más circunstanciada biografía que conocemos del autor y su más completa bibliografía.

... Nunca fuí amigo de esas gramatiquerías.

Marcio.

Y aun por eso es regla cierta que tanto aprueba uno quanto alcanza a entender. Vos no soys amigo de gramatiquerías porque no sabéis nada de ellas; y si supiésedes algo, desearíades saber mucho, y así por ventura seríades amigo dellas.

Diálogo de las Leng., pág. 36.

... ¿Quid autem
Cecilio Plautoque dabit Romanus, ademptum
Virgilio, Varioque? Ego cur adquirere pauca,
si possum, invideor cum lingua Catonis et Enni
Sermonem patrium ditaverit, et nova rerum
nomina protulerit?...

Horat. de Art. poetic., V. 53 et. seq.

REFLEXIONES SOBRE EL USO DE LAS PALABRAS NUEVAS EN LA LENGUA CASTELLANA

LEÍDAS A LA ACADEMIA DE LETRAS HUMANAS, DE SEVILLA, EN 24 DE JUNIO DE 1798, POR D. FÉLIX JOSEPH REYNOSO, SU SECRETARIO

CUANDO en este escrito se atribuye la invención de una voz castellana a alguno de nuestros escritores, debe oírse esto no como una afirmación infalible, sino como una prudente conjetura, expuesta de su naturaleza a errores inculpables. ¿Quién podrá traer en un momento a la memoria, ni aun haber leído solamente cuanto se había escrito en la lengua antes de aquel vocablo que se juzga entonces introducido? Por esto los más estudiosos del idioma, hombres que sus años todos los han consagrado a la lección atenta y observación de nuestros autores, han errado a cada paso en esta materia. El estudiosísimo Garcés (1) atribuye

a Jáuregui la introducción del adjetivo *sanguino*, que antes había usado Herrera (2) y mucho antes Garcilaso (3), y a Fray Luis de León la traslación del latín al castellano del epíteto poético *almo*, del que había también usado ya Garcilaso (4). El sabio humanista, autor del eruditísimo prólogo que antecede a las *Rimas* de Herrera en la Colección de D. Ramón Fernández (5), da por formador de la voz *hazañoso* a Quevedo, la cual había usado primero Francisco de Figueroa (6). ¿Y que me canso en buscar ejemplos desconocidos? Todos saben que Cicerón, el más escrupuloso estudiador de su lengua, creyó que Terencio había inventado el substantivo *obsequium*, dicho por Plauto y Nevio anteriormente.

El que hallare, pues, usada alguna voz antes de la época en que he fijado yo su introducción en la lengua, no crea sorprenderme con esta noticia; crea sí hacerme un beneficio, el más apreciable para mí, en advertirme de ello y de cualquier otra cosa que pueda contribuir al conocimiento de un idioma, que ha sido siempre mis delicias.

Los grandes talentos que han pensado con originalidad, levantándose sobre el vulgo de los literatos, embebidos muchas veces en sus argumentos, y llevados de un ardor con quien no puede avenirse bien

aquella tranquilidad lánguida, que compasa y dispone simétricamente cada palabra, han roto con frecuencia las trabas fabricadas por los mezquinos preceptistas, que siendo comúnmente incapaces de obrar por sí, han aspirado siempre a embarazar a fuerza de pihuelas el vuelo de los demás ingenios. Mas habiendo de confesar los pedantes, mal grado de su orgullo, la superioridad de mérito de aquellos hombres que tal vez no se han sujetado al código de su soberanía preceptoril, han determinado por último recurso tolerar sólo estas licencias a los sabios, aquellos literatos extraordinarios que suelen no parecer en siglos enteros. Empero el título de sabio no se despacha sino en el tribunal vario siempre y casi siempre injusto del público, cuyos miembros, divididos de ordinario en partidos que fomentan la ignorancia y la emulación indiscreta, o más más bien la vergüenza de confesarse inferiores, no conceden fácilmente la gloria del sabio, sino a aquellos que el tiempo o la distancia de lugares ha separado de su compañía, cortando así los viles intereses que pudieran enemistarla. El famoso Rengifo, hacinador pueril de una indigesta alboronía de los preceptillos más rastreros de la poesía española, creyó cándidamente que las estanzas de las canciones u odas no podían pasar de cierto número de

combinaciones que halló usadas por Petrarca o por algún otro de los primeros poetas italianos; y a lo más concede licencia de inventar otras nuevas *no a todos, sino a solos aquellos que tienen arte y prudencia para lo hacer* (7); ved aquí con sus mismas palabras el canon sagrado, que nunca han temido quebrantar las conciencias vidriosas y afiligranadas de los poetas. Mas si a un legislador tan austero se hubiera presentado para obtener este permiso el joven Garcilaso o Luis de León, que, como dice él mismo, escribió sus poesías en su mocedad y casi en su niñez, ¿hubiera creído que en tan pocas barbas cabía aquel arte, aquella prudencia que él exige, o los hubiera tal vez depreciado como a unos mozalbetes engreídos?

Siempre, pues, vendremos a inferir que cuando los grandes hombres se han tomado semejantes libertades aún no tenían el título de sabios, a que se juzga anejo el privilegio de separarse del sendero común.

Uno de los derechos concedidos sólo a los sabios es el de formar o introducir voces nuevas en un idioma. Si se quisiese decir con esto que para inventar una voz es preciso estar instruído de su necesidad y saber bien la analogía del idioma, esto es, es menester saber lo necesario para inventarla bien,

era por cierto aquel célebre y manoseado canon una ridícula badajada; porque lo mismo puede decirse de las botas inglesas y de las pellas de manjar blanco. Para hacer cualquier cosa se necesita saberla hacer. Mas si, como parece, se quiere únicamente dar aquella facultad a quien reúna la muchedumbre de conocimientos que constituyen a un sabio, además de pedir una cosa no necesaria para el asunto, se impone a los talentos un yugo, que mal sabrán tolerar los hombres, acostumbrados a gozar en las obras de ingenio de una libertad tanto mayor que en todas las otras cuanto nacen éstas más inmediatamente de la espiritualidad, origen en ellos de este derecho inestimable que los levanta sobre la naturaleza. El gobierno del mundo literario es popular: habrá en él, es verdad, ciudadanos más beneméritos que otros; mas todos gozan de iguales privilegios. Con los literatos debe observarse lo mismo que con los artistas: instruirlos y estimularlos para que perfeccionen sus manufacturas; premiar a los que se aventajen en ellas y abandonar a los fabricantes inhábiles al aburrimiento que ha de causarles el ver apolillarse sus trabajos almacenados.

Todos, pues, cuantos conocen bien un idioma pueden formar o introducir voces nuevas cuando

les sean necesarias. No deberán hacerlo, yo lo confieso de buena gana, sino los que tengan la instrucción competente para ello. Mas de aquí se sigue solamente que cualquier orador, cualquier escritor, en suma, cualquier hablista, debe estudiar cuidadosamente su lengua, y no abigarrarla por antojo o ignorancia de voces mal traídas de fuera o forjadas temeraria y caprichosamente. Debe, por tanto, sujetarse en la introducción de las palabras a ciertas leyes que tendrán lugar en este Discursillo, en que pienso encadenar algunas reflexiones sobre cuál sea la necesidad que tiene la Lengua Castellana de nuevos vocablos y de qué modo se deberán éstos formar o introducir.

Los hombres hablan para comunicarse mutuamente sus ideas, ya sobre objetos comunes expuestos a la consideración de todos, ya acerca de las necesidades y usos de la vida, ya de sus afectos y pasiones, ya de las virtudes y vicios, ya de la Religión. Todo esto se encierra en el habla popular de las Naciones, y el sabio, el idiota, el magnate y el menestral tratan indiferentemente de estas cosas. Así que el Diccionario (llamémosle así) civil y moral que las comprende es general a todos los que hablan un idioma determinado. Los hombres de mayor saber y talento no se contentan con los co-

nocimientos vulgares: escudriñan los más hondos arcanos de la naturaleza, pesan los intereses de la Sociedad, sus leyes y costumbres; examinan los principios de su esencia religiosa; y concibiendo un crecido número de ideas escondidas a la muchedumbre, se hallan precisados a valerse de nuevos signos, ignorados también de ella, para manifestarla. Este es el lenguaje científico, que suele comúnmente llamarse técnico. La necesidad, pues, y la utilidad se han formado estas dos clases de idiomas, y el placer y las gracias se han vinculado un nuevo dialecto, más escogido y lleno de bellezas. El genio inmortal del hombre enardecido a vista de los encantos de la naturaleza, se sublima sobre sus semejantes y canta las maravillas del universo con nuevo modo y nuevas palabras desconocidas de los mortales. No habla ya como los hombres; habla el lenguaje de los Dioses. Ved aquí la dicción poética. Debe advertirse que estos dos últimos dialectos toman su principal fondo del primero, común a todos los hombres; por lo que Capmany lo llama *racional* (8).

Me ha parecido cabal esta división, y necesaria para limitar con la exactitud posible la licencia de nuevos vocablos; pues cada uno de dichos dialectos es más o menos severo en su admisión. El hombre

considerado en sociedad usa del lenguaje racional para conversar con los demás hombres. Entonces es deudor a todos de la claridad, y debe ser entendido de los más rudos y selváticos. De ahí es que el habla popular es la que de todas admite menos las palabras nuevas, que han de causar oscuridad, como desconocidas de la plebe. Además, siendo el trato puramente racional el más necesario al hombre, desde luego se han establecido los sonidos indispensables para departir sobre los negocios de la vida, y auxiliares recíprocamente; de lo cual nace que en el lenguaje popular, provisto ya de las palabras que necesita, es donde ocurren menos ideas, menos objetos nuevos que no tengan voz determinada en el uso común. No así el idioma de las ciencias. La naturaleza avara de sus arcanos, los ha escaseado siempre al tardo conocimiento de sus indagadores, manifestándolos poco a poco después de muchos siglos de investigación. Así los estudiosos de las ciencias hallan más frecuentemente nuevas ideas que comunicar.

No obstante, deben ser moderados en introducir modos de hablar no conocidos, para no hacer ininteligibles unas materias de suyo recónditas.

Su dialecto, pues, es más libre que el popular en el recibimiento de los vocablos; pero no lo es

tanto como el poético. La poesía es un arte por lo común de mero lujo, que ni necesita ser entendida del pueblo ignorante ni puede serlo. Su fin principal es deleitar; y como quiera que el deleite con nada se consiga tanto como con la novedad, síguese que al poeta se le piden y se le pedirán eternamente nuevos pensamientos, nuevas imágenes, o a lo menos nueva disposición y nueva dicción. Entiéndese esto último dentro de ciertos lindes que establece la razón y el gusto, los cuales no explicaré esta vez por haber reservado para otro discurso todo lo perteneciente al lenguaje poético. Sólo, pues, trataremos ahora del habla popular y científica.

Los griegos fueron muy más libres en la formación de vocablos que los latinos (9). Es cosa cierto reprensible, que siendo la lengua de estos últimos harto escasa en el número de voces, pobreza de que se quejan sus escritores frecuentemente, y aconsejando sus maestros de decir la licencia de usar nuevas palabras, fuesen a pesar de todo tan religiosos en conservar la escasez de su idioma. No obstante, ni Cicerón, ni Virgilio, ni otros muchos fueron tan supersticiosos en esta parte como aquel tímido gramático que dijo a Tiberio no ser bastante su poder para dar la ciudadanía a las pala-

bras. Empero, los españoles que en nuestros días se jactan de castizos en el hablar (son pocos, poquísimos) niegan la entrada a las voces nuevas en la lengua, con más ahinco sin disputa que los romanos mismos. Cicerón formó el abstracto *qualitas* (10) y *beatitas* y *beatitudo* (11) de los adjetivos *qualis* y *beatus; comprehensibile,* de *comprehendo* (12); *aequilibritas,* de *aequi* y de *libero* (13); y aun de los nombres propios *Verres* y *Sylla* dijo *verreret* (14) y *sylaturit* (15); con cuyo ejemplo nuestros autores del siglo XVI formaron de *Petrarca, petrarquizar* (16) y *petrarquista* (17), y Quevedo de *Galalon* dijo festivamente *desgalalonar* (18), y casi en nuestros días Isla dijo *gongorizar* de *Góngora.* Mas últimamente, en un tiempo cuando fuera de la acogida que logra el idioma en cuatro o seis de sus escritores puede dudarse con razón si vive el habla de Castilla, apenas es lícito a un buen conocedor del Castellano decir una voz que no oyesen nuestros abuelos delante de los rancios hablistas, que también a su modo hacen su guerrilla a la lengua, puesto que más encubierta y tardía que los modernos corruptores. Nadie ha dudado jamás de que es permitida la admisión de nuevos vocablos en un idioma; y sería negocio muy fácil enhilar un centón de textos de gramáticos y retóricos de todas eda-

des, que no sólo las permiten, sino que también las recomiendan. A pesar de este consentimiento universal, que parece excusarnos el trabajo de hablar nuevamente en la materia, sucede cada día que en llegando a la práctica no se avienen tan fácilmente los puristas. Y los mismos que antes concedían, al parecer, la facultad de introducir vocablos, los reprueban luego introducidos, y no los usarían ni inventarían ellos jamás por cuanto más aman en este mundo. No finjo ejércitos con quien combatir, ni se me antojan desmedidos gigantes los molinos de viento. Quien dudare de la verdad dicha, no ha tratado jamás con los puristas rígidos, ni sabe lo que son.

Todas las lenguas, aun las más ricas, tienen y han tenido siempre sus pobrezas, y aquella será la más abundante de todas, que caminen sin cesar a su complemento. Si éste llegara a lograrse en el lenguaje, ¡con cuánta mayor facilidad podríamos expresar nuestros afectos, nuestros pensamientos todos, y manifestar en un simple sonido aquellas circunstancias, a veces imperceptibles, que modifican las ideas primarias y las dividen y reparten en mil y mil formas y relaciones! Yerran *torpísimamente* los que no escribirían jamás, si les fuese en ello la vida, un vocablo que no lo hallasen usado en el

siglo XVI. Es verdad que la lengua alcanzó su mayor ornamento en aquella era de escritores sabios, que acrecieron abundantemente el caudal, la rotundidad y sonido de sus voces, y le dieron además el hipérbaton y encadenamiento elegante de su constitución. Mas sin hablar de las ciencias naturales y exactas, poco cultivadas entonces, no es dudable que necesitaba aún el habla de muchas voces que no tenía y ha recibido después. Y a la manera que aquellos escritores, queriendo seguir siempre la trasposición, el rodeo y enlace demasiado de los períodos, dotes peculiares del Latín, dieron en un estilo pausado y lánguido, así tampoco hallaron muchas veces la exactitud y precisión de significado en la elección de las palabras, y hablaron con más elegancia que filosofía. Si éste fuera el principal asunto de mi disertación, podría amontonar fácilmente muchos ejemplos de esta inexactitud en los autores de mayor nota. Veríase entonces la libertad con que usaban indiferentemente de voces lejanas bastante del objeto que procuraban expresar, y cómo promiscuamente acomodaban diversos vocablos a una idea misma. Después de estos fundamentos susodichos, *hay otro no menos eficaz para el conocimiento de esta verdad.* Así dice Fray Luis de Granada en el *Símbolo de la fe* (19). Llama eficaz

al fundamento en lugar de claro, manifiesto, evidente, convincente. A pesar de esta autoridad, el uso ha dado otra energía a aquella palabra. La fuerza, el poderío y vehemencia, que triunfa de los obstáculos que se le oponen, y se denota por estas palabras *eficacia* y *eficaz* en su primitiva acepción, habrá tal vez dado motivo a que en sentido moral se llame *eficaz* lo que sojuzga las pasiones del hombre, muy más rebeldes de ordinario que su entendimiento. Así, la claridad es la que hace conocer, la que convence; la eficacia es la que hace obrar, la que mueve la voluntad. A uno que con todo el sosiego que pide el entendimiento para percibir y comprender, manifiesta y explica y desenvuelve el peso de los argumentos, llamamos claro, perspicuo, inteligible; al que lleno de calor y arrebatamiento emplea los medios de mover y triunfa del corazón del hombre, llamamos eficaz. Es muy claro un catequista que hace comprender distintamente las verdades que enseña; es eficaz un orador que mueve a obrar a sus oyentes. Con mayor impropiedad usa Cervantes del verbo celebrar en boca de Cardenio (20): *Decidme, pregunta éste, si es tal la amarga historia de mi desgracia que pueda «celebrarse» con menos sentimientos.* Ora bien: ¿de quién podrá decirse que celebra sus propios males? La ce-

lebración trae consigo la idea de la alegría que causa la cosa celebrada. A mi ver Cardenio, en el lugar citado, no quiere decir que su desgracia no puede *encarecerse* con menos sentimientos como lo interpreta Huerta (21), sino que no puede *solemnizarse* con menos extremos de dolor, con menos lágrimas; de modo que celebrar este dicho por *solemnizar*, esto es, por *engrandecer*, con aquel aparato de sentimientos, verbo que tal vez se adapta a las pompas lúgubres. El mismo Huerta, en su *Examen de la posibilidad de fijar la significación de los sinónimos en nuestra Lengua*, obra la más filosófica que se ha publicado acerca de ella, observa que Cervantes, acabando de explicar la diferencia que hay entre *agravio* y *afrenta*, confunde luego y mezcla en el uso las voces mismas que acababa de separar (22). Tan patente es el descuido que tuvieron los autores de nuestro buen siglo en esta parte de la filosofía del lenguaje. Heme detenido sin pensar en una cosa que debería suponerse. ¿Mas cómo concederían este supuesto aquellos a quienes principalmente queremos convencer?; es decir, los supersticiosos adoradores de nuestros escritores antiguos, cuyas verdaderas y sólidas bellezas acaso no conocen.

De esta incuria de nuestros escritores ha nacido sin duda la muchedumbre de vocablos que, no sién-

dolo, se tienen por sinónimos en nuestra lengua. La filosofía con que después se han analizado las ideas ha ido paso a paso fijando este vagar del idioma, y dando una precisa y limitada significación a sus palabras. A veces se han distinguido sonidos que se aplicaban a un mismo significado; a veces ha sido menester multiplicarlos para expresar cierto respeto o energía particular de alguna idea. Los escritores de aquel siglo, nombrados repetidas veces, dijeron *fabricar, edificar, construir,* por erigir un palacio, un templo, una morada cualquiera. El primero de aquellos verbos es demasiado genérico; y del mismo modo decimos fabricar una ciudad que fabricar un navío, que fabricar paños o sombreros, o cigarros. De los otros dos, el último, *construir,* es muy poco menos general, y éste y todos ellos se aplican indistintamente a la erección de cualquier edificio, por desatinado que sea, a pesar de la lengua, y más a despecho del arte. Y habiendo destinado el idioma la voz *arquitectura* para significar este arte de edificar con hermosura y solidez, y el verbal antiguo *arquitector,* que ha sustituído el substantivo *arquitecto* para expresar el que así construye o edifica, falta sólo un verbo señalado para explicar con precisión esta obra de construir arregladamente. Así D. Juan Andrés

tuvo razón para usar el participio *arquitectado*, al que corresponde y debe añadirse el verbo *arquitectar*, que habrá de aplicarse solamente al que fabrica según las reglas de la arquitectura. *No hay en nuestra lengua voz adecuada para expresar este vicio horrendo, que instiga al hombre a que prefiera su interés al de todo el género humano: y no debe extrañarse; porque en la región del heroísmo benéfico no era fácil que pudiese ocurrir la idea de semejante vicio. En otras naciones donde esta corrupción execrable adulteró los sentimientos humanos hasta el extremo que se nota en las feroces turbulencias del tiempo, le impusieron el nombre bárbaro de «egoísmo», cuya articulación y cuya idea ¡ojalá no suene nunca en nuestros labios ni se fije jamás en nuestra fantasía!* Así decía el sabio y elocuente Forner (23). Mas cuando, asustada, la Humanidad ha visto, con lágrimas, separados brutalmente a sus hijos por la feroz ambición, por el vil y sórdido interés propio, horrendo vicio, que junto con la impiedad caracteriza el siglo de sangre en que vivimos, el habla ha tolerado pacientemente la introducción de *egoísmo* y *egoísta*, voces funestas que, derivadas del latín, nos han transmitido algunos pueblos harto ruidosos, no sé si juntas con el crimen que significan. He aquí unos vocablos admiti-

dos por necesidad en la lengua. Otros, aunque no inventados posteriormente, han recibido una nueva o más determinada significación. En el siglo XVI se dió entrada a la palabra latina *inteligencia* para significar el acto de entender, expresado antes por la voz *entendimiento,* con que se significaba también la potencia entendedora. A pesar de esta nueva adquisición del idioma, se promiscuaron aquellas dos voces y sus significados, y casi hasta nuestros días no ha fijado enteramente el uso las ideas que manifiestan, haciendo que la una exprese siempre una potencia de nuestra alma, y la otra casi siempre su ejercicio.

Los antiguos castellanos dijeron *mover, conmover, compadecer, apiadar, alegrar, afligir,* y otro sinnúmero de verbos que explican los varios movimientos de nuestras pasiones, nacidos, ora de nuestra situación misma, ora del estado en que vemos al prójimo. Hasta nuestros días no se ha introducido, hablando en materia de pasiones, el verbo *interesarse,* que significa no sólo apasionarse por otra persona, sino tomar además de esto parte en su suerte. El estado infeliz de un hombre, puesto que siempre mueve a lástima a quien lo considera, no siempre lo empeña en socorrer al afligido en su desdicha, que es lo que llamamos interesarse. Esta es

la energía de este verbo en la naturaleza, quiero decir cuando se habla de las pasiones que la naturaleza por sí sola inspira en el corazón humano. Cuando empero se habla de las pasiones movidas por obra del arte, especialmente de la Poesía, expresa singularmente un ansia inquieta, un ahinco, un anhelo ardentísimo por ver el fin del infortunio de la persona acongojada. Así cuando decimos que el *delicuente honrado,* por ejemplo, nos interesa siempre en el teatro, quiérese decir no sólo que nos compadece la situación de un hombre de bien a quien el honor ha precipitado en un abismo de miserias, sino que la representación de su desdicha empeña nuestra curiosidad, de modo que no sería posible arrancarnos de la escena sin ver decidida la suerte de aquel infeliz. Yo no sé si habré acertado a poner algún ejemplo convincente; porque esto pende de cierto tino que no es común a todos, y que es muy más difícil de tenerse en un discurso escrito a todo correr de la pluma; pero sé cierto que si los ejemplos puestos arriba no tuvieren la fuerza que yo querría para manifestar que la mayor claridad y división que se ha dado y se da cada día más a las ideas, ha limitado la significación de algunas palabras y nos obliga a recibir otras nuevas, no nace a la verdad de la escasez del asunto. Singularmente

el que pretenda hablar con filosofía se hallará alguna vez sin voces que expresen con exactitud la idea concebida. ¿Y quién le negará en tal caso la facultad de inventar nuevos signos? Además de esto las lenguas varían en mucho su semblante lo menos cada siglo y pierden una gran parte de sus voces. El gran esfuerzo de los literatos debe ser sostener, a pesar de la inconstancia de los pueblos, aquellas voces de mayor energía que no han sustituído o no pueden sustituir fácilmente otras tan expresivas y bien formadas. Mas si contra la vigilancia del dueño marchitó el tiempo parte de los árboles de un plantío, ¿no deberá llenar con otros renuevos los huecos arrasados, o verá tranquilamente tornarse yermo el campo que cubrieron antes con sus ramas?

Parecerá a algunos que en mal hora me propuse recomendar la necesidad de admitir algunas voces en nuestra lengua, cuando ésta, en boca de los charlatanes adocenados de nuestros días, de los traductores por oficio, de los comicastros hambrientos, de tantos escritorzuelos mercenarios como plagan nuestra literatura, no es ya sino un baturrillo desaliñado de voces extrañas, en que ni la construcción ni la mitad de las palabras son castellanas. Aun a mí me parecía a veces una extravagancia el aconsejar la introducción de nuevas voces, cuando se de-

bía clamar solamente contra la ruin gavilla de semejantes introductores. Detesto, como el que más pueda, esa raza bárbara de garladores que así tarazan y destrozan el habla más rica, más dulce, más bella, más magnífica y sonante de la Europa: el habla española, que no merecían haber conocido jamás para vestirla de moharracho con los arrapiezos asquerosos del más pobre de los idiomas cultos. Mas yo no hablaba con el *traductor* del *Josef* de Bitaubé, ni con el de los *Mundos* de Fontenelle, ni con...; mas dejemos a estos miserables ganar su pan a despecho de Garcilaso. Hablaba, sí, con los demasiado celosos de la pureza del castellano, que por huir la torpe corrupción que sufre al presente, cierran del todo la puerta a la admisión de un nuevo sonido en el lenguaje. Para fijar, pues, inmudablemente los límites que deben circunscribir esta introducción, analizaremos las causas de ella y algunas reglas a que debe ceñirse, dictadas no por antojo nuestro, sino por el objeto del habla racional y científica y por la naturaleza del idioma español. Este será el medio de quitar a los puristas la nimiedad de sus escrúpulos y de restañar el flujo de los corrompedores engalicados: bien que yo jamás espero (¿y quién podría esperarlo?) reducir a estos últimos a la razón.

No un sistema premeditado y seguido, sino una ignorancia brutal de todas las lenguas los obliga (¡infelices!, merecen compasión) a zurcir su botarguilla de los harambeles que pudieron mal desgarrar de algunas de ellas.

Siendo el caudal más crecido y principal de una lengua el habla general del pueblo, por manera que el dialecto científico y el poético, que fueron los otros dos miembros de la división dada, tomando, como dijimos, su fondo de aquel habla común, la modifican solamente y acomodan a su respectivo fin, taraceándola cada uno de sus voces peculiares, ha de resultar de aquí necesariamente que las más reglas que se den sobre la invención de vocablos en el lenguaje popular han de alcanzar también a los otros dialectos. No obstante, hablaremos en último lugar separadamente del científico para notar algunas cosas que le pertenecen exclusivamente.

Un caso hay en que todos convienen ser lícita la invención de vocablos, y es cuando en el idioma no tiene signo destinado la cosa que se pretende expresar; lo cual sucede por lo común cuando tal cosa ha sido desconocida anteriormente. Esto es lo que llama Horacio:

Indiciis monstrare recentibus abdita rerum.

Suelen, no obstante, admitirse nuevas palabras, aun para significar objetos conocidos; creyéndose, atenta la inestabilidad de las lenguas y mutación continua de sus sonidos, que la voz usada primeramente ha envejecido ya en el habla común. Esta creencia, propia de los que saben muy poco el idioma, es la fuente más fecunda de errores en la libre y caprichosa introducción de vocablos bárbaros. Primeramente, una cosa es, como ya dije en otro discursillo, no ser las voces frecuentadas; otra es haberse abandonado ya. Hay objetos raros de que rara vez se ofrece hablar: así los signos que los manifiestan serán también raros en el uso de las gentes. Para juzgarse anticuada justa o injustamente una voz es menester que la haya sustituído otra de igual significado: pues cualquier lengua debe tener siempre sonidos determinados para cada idea, y mientras el uso no haya subrogado otro, habrá por necesidad de conservarse el antiguo. Entiendo siempre por el uso el uso sabio: advertencia necesaria en nuestros días, en que si hubiese de graduarse el valor de las voces, según la gerigonza de los corrompedores, que son los más, desecharíamos por anticuada toda la lengua. De aquí es, en segundo lugar, que aun cuando, atendido el general trastorno del lenguaje español, pudiera juzgar al-

guno por anticuada una voz, que nunca tal vez ha oído, no deberá introducir otra nueva; pues siempre admitirá de mejor gana el idioma un sonido que han de entender desde luego sus conocedores, que ya él autorizó en otro tiempo, y por lo mismo congenia más con su naturaleza. Añádese a esto que las voces anticuadas por su extrañeza traen consigo el placer de la novedad, y autorizan además y como que encanecen el lenguaje. Antes, pues, de juzgarse necesaria una voz, hase de estar muy asegurado de que el idioma no la tiene equivalente. ¿Mas cómo sabrán esto los que no conocen más del castellano que el mezquino caudalejo que han adquirido en gacetas y traducciones bilingües?

La necesidad, pues, es el motivo que más autoriza al hablista para inventar nuevas palabras. Más quisiera yo ensanchar esta necesidad. Deberá juzgarse necesaria una voz, cuando la lengua ha expresado siempre por un rodeo tal idea u objeto determinado.

Ancianaré mis labios juvenales,

dijo Villegas (24); en donde, dejada aparte la voz *juvenales,* forjada caprichosamente por desviarse del origen latino, e introducida por mero antojo, habiendo en la lengua *juveniles,* inventó con más tino

del que acostumbra otras veces el enérgico y hermoso verbo *ancianar,* que no significa envejecer como quiera, sino dar a sus labios la gravedad y madurez propia de un anciano. Estos rodeos hacen tarda y embarazosa la corriente del lenguaje, como los tornos de un cauce enfrenan el ligero curso de los ríos. Y así como en las riberas tortuosas es la navegación más lenta, así es más pausada y se debilita más la comunicación de ideas en un lenguaje ensortijado de palabras que todas juntas quieren decir una sola cosa. Se ocupa entonces por más tiempo la atención del oyente, se retarda la inteligencia y se fatiga más el que habla, a quien tal vez no suele ocurrir el compuesto de voces más a propósito para darse a entender: pues una voz determinada es propia de la lengua, es una misma en todos los que la hablan; mas el rodeo suele ser propio del hablista, y así es vario en varias personas. De lo que nace además que no habiendo un signo único y constante, los que son tardos y rudos en hablar se atormentan, y atormentan al que escucha y a veces jamás se explican claramente. Esto no es en contra de la gracia, de la novedad, de la elegancia y aun mayor claridad que puede tener una perífrasis en boca, por ejemplo, de un orador. Un idioma deberá proveer en todo caso de signos cons-

tantes al que habla. Es esto a mi entender tan así, que aun las acciones que necesitan de dos palabras, como sucede a las que, no teniendo verbo determinado, se explican por uno genérico, que sirve de auxiliar, al cual se añade un nombre o adverbio que limite su significación, ganan mucha prontitud en la expresión y mucha valentía en el modo de significar, y gana el idioma mucha riqueza en que se les destine una dicción sola que las presente de una vez. Estas acciones *hacerse una fiera, gritar fuertemente,* ¡cuánta mayor energía no adquieren diciendo *enfierecerse, desgañitarse!*

Tal vez suele suceder que aquel leve rodeo expresa más pintorescamente la acción. Verter lágrimas, por ejemplo, ofrece a la imaginación más de bulto el derramamiento de éstas que el simple verbo *llorar,* aunque bellísimo. De ahí se sigue únicamente que un buen escritor, un orador, un poeta deberá escoger aquel rodeo cuando más le viniere a cuento. Para mí es una máxima general que todo lo que contribuye a variar y aumentar su caudal, todo sirve en una lengua. ¡Cuánta expresión y lozanía y festividad y viveza: qué inmenso caudal no alcanzó el habla castellana con el hallazgo de sus diminutivos, en cuya abundancia y variedad de sus terminaciones sobrepuja a cuantos idiomas se co-

nocen! A pesar de esto, todavía hace variar la locución, y nos agrada usado rara vez por Cervantes el adjetivo *pequeño* antepuesto al nombre, única herencia del escaso francés. Cuidado que *pequeño barco* y *pequeña puerta* se dijo en Castilla antes que *puertecilla* y *barquichuelo;* y entiéndanme algunos puristas que no saben la lengua. Empero, hablando generalmente siempre ganan las ideas en nacer en una sola voz. Y así como haría un deservicio a nuestra habla el que desterrase los verbos *sestear* y *forcejar* (creo que están ya desterrados), sustituyéndoles el rodeo de *pasar la siesta* y *hacer fuerza,* así, por el contrario, le hará un gran beneficio quien al rodeo de *tocar la lira* y *tocàr la flauta* subrogase los simples verbos *lirizar* y *flautear;* voces inventadas por D. Joseph Conde (25), de tan bella formación y sonido, que especialmente *flautear* no sé yo que haya en la lengua palabra más donosa y pastoril.

Sería gran locura querer adjudicar una voz a cada modificación de una misma idea. Después de haberse dicho por tocar la lira *lirizar,* restan aún otros rodeos que serán siempre necesarios. Tocarla sola o junta con otro instrumento, o acompañando alguna voz; tocarla recio o bajo, mal o bien; tocar la de tantas o cuantas cuerdas, y otro sinnúmero

de circunstancias que si cada una hubiese de alzarse con su voz peculiar, era menester que sólo para la acción de tocar la lira dedicase cuatrocientas palabras una lengua. Así que lo antes dicho acerca de destinar un signo sólo para una acción, o ser, o idea cualquiera, entiéndese de las ideas primarias y de sus más notables divisiones y modificaciones. Lo demás sería pretender que un número determinado de palabras sueltas encerrase todas las ideas de los hombres: cosa tan fácil como represar en un lago las aguas todas del Océano.

Deberá también juzgarse necesaria una voz cuando se acostumbra suplir con otra que tiene por sí distinto valor en la lengua. Sirvan de ejemplo los nombres abstractos que expresan una acción, no, como el verbo, ejecutada ya por tal o cual persona, sino en sí misma separada e impersonalmente. Estas acciones abstraídas así por el entendimiento se significan por los verbales substantivos, de los que, faltando muchos en castellano, se suplen substantivando el infinitivo del verbo cuya acción queremos expresar. No ha mucho que en este folleto dije *este vagar* por hallarme sin verbal que expresara aquella acción abstracta; sin embargo, nada me detendría para decir con una nueva voz, pero que debe tenerse por necesaria: *esta vagación,*

o más bien *vagamiento*. *Utrumque omnium durum*, dirá tal vez alguno al oirlos; mas yo responderé con el mismo Tulio: *sed usu molienda nobis verba sunt* (26). A la verdad no hay por qué *vagamiento* se resista más a entrar por el oído que *miramiento*, *seguimiento* y tantos otros de que va lleno el idioma. Hay además en castellano muchos nombres de oficio a quien no corresponde verbo alguno que signifique el ejercicio dél. Decimos embajador y mensagero, y *mensage* y *embajada* por el que es enviado de otro, y por el anuncio mismo o encargo a que es enviado. Mas no tenemos un verbo que signifique esta acción de enviar así, ni tampoco nombre destinado al que envía de este modo a otro. Y yo por mí no reprendería al que osase introducir un verbo o nombre derivado con analogía.

Como quiera que las lenguas nacidas por la necesidad de comunicarse los hombres sus sentimientos sean después, como todas las artes necesarias, pulidas y enjoyadas de modo que sirvan también al deleite y despierten el apetito en los hombres, no la falta sola de voces, sí también el ornamento y perfección del idioma es causa para introducir nuevos modos de hablar, ya sustituyéndolos a los anteriores de mal sonido y formación, ya sobreañadiéndolos cuando tienen alguna particular belleza o

elegancia o magestad. *Comer lautamente* (27), *hacer gracias,* esto es, darlas (28); *pugnar por levantarse* un caído (29), dijo Cervantes, construcciones todas latinas, habiendo voces castellanas que significasen lo mismo. ¿Pero las había acaso tan graciosas y pintorescas como *pugnar por levantarse,* que sensibiliza el ahinco, la lucha y brega con que se afanaba Don Quijote para alzarse en pie?

¡Cuántas voces, cuántas frases trajeron del latín los elegantes escritores de aquella centuria sólo para adornar y embellecer el habla, abastecida ya de los signos necesarios! Otras veces subrogaron voces nuevas o corrigieron la mala formación de las antiguas. A *hogaño,* voz derivada harto feamente de *hoc anno,* sustituyeron *este año,* traducción literal de aquellas palabras latinas. Del mismo modo se reemplazó el adjetivo *tamaño* del latín *tam magno,* censurado por Herrera a Garcilaso; y que a pesar de que, como dice aquel delicado conocedor del idioma, era en aquel siglo *desusada ya esta dicción de los buenos escritores, y justamente, porque ni la formación de ella es buena, ni el sonido agradable, ni el significado tan eficaz que no se hallen voces que representen su significado* (30); a pesar de todo, los *homes añejos que fablan tamañas cosas con tamaña sabieza,* la usan todavía frecuentemente. El mismo

Herrera hubiera querido expulsar la palabra *ruiseñor. Yo escribo*—dice—*«russeñor», y no «ruiseñor», por no ser esta voz bien compuesta ni deducida como la primera de «lusciniola» y «ruscignuolo», dicciones latina y toscana. Quien no admitiere el uso de ella no me ponga más culpa que la que merece esta osadía; que no por eso dejará de haber alguno, por ventura, que se satisfaga de ella y piense que es más suave y blanda y propia* (31).

Ved aquí la incesante lima con que pulían y engalanaban la lengua unos escritores tan estudiosos de su idioma, los cuales no sé yo por qué hayan de ser objeto tan sólo de una admiración estéril a los que pretenden hablar con pureza. ¿Por qué no imitaremos su osadía? ¿Acaso está hecho todo ya? ¿No podrá todavía recibir algunas mejoras el habla de Garcilaso y Cervantes? Una lengua es un cuerpo inmortal que requiere eterno trabajo, estudio y pulimento. *¿Y temeremos nosotros?* (decía Herrera, todavía quejoso en un siglo en que recibió tantas creces el habla); *¿y temeremos nosotros traer al uso y ministerio della otras voces extrañas y nuevas, siendo limpias, propias, sinificantes, convinientes, manífi-cas, numerosas y de buen sonido, y que sin ellas no se declara el pensamiento con una sola palabra? Apártese este rústico miedo de nuestro ánimo..., no*

seamos inicuos jueces contra nosotros, padeciendo pobreza de la habla... ¿Tuvieron los pasados más entera noticia della que los presentes? ¿Fueron más absolutos señores della?... Divídese en dos especies (continúa el mismo) *la formación de los vocablos nuevos: por necesidad para exprimir... las cosas nuevas que se hallan ahora; y por ornamento, y así es lícito y loable en los modernos lo que fué lícito y loable en los antiguos* (32).

Así decía aquel erudito sevillano, el escritor del siglo XVI que con más escrúpulo estudió y pesó cada palabra, y que tanto lustre dió al lenguaje de la Poesía (33). Hase, no obstante, de notar que, puesto que un orador, o un escritor del género florido, pueda introducir únicamente por adorno nuevos modos de hablar, con todo eso en esta parte habrá de ser muy moderado un prosista, y sólo tiene su mayor lugar esta licencia en el habla poética. ¿Y será menester advertir que en un idioma pobre de voces, de sonidos oscuros, de una sintaxis pedestre y pueril, no deberá nunca buscar sus adornos el lenguaje español?

Son, pues, éstas las causas únicas por que pueden inventarse palabras nuevas en un idioma. Resta sólo señalar, por mayor, las fuentes de donde se han de derivar y el modo de hacerlo. Quisiera yo que,

en caso de estar ya bien averiguado no haber voz en la lengua que exprese tal objeto determinado antes de introducir una extraña, se indagara si hay acaso alguna no necesaria, que bien por su origen, bien por la afinidad de lo que significa, pudiera limitarse y fijarse con aquella nueva significación. Ejemplo claro de esto tenemos en la multitud de sinónimos que hay en la lengua. ¿No pudiera fijarse el significado de muchos de ellos, haciendo de este modo que explicasen las ideas accesorias a la principal, antes de introducir una voz nueva que las represente? ¡Cuántas voces hay en castellano que se aplican al que habla viciosamente y con demasía! *Hablador, hablista, hablatista, charlatán, charlantín, charlador, charlante, locuaz, lenguaz, lenguaraz, bachiller, gárrulo, palabrero, palabrista, parlante, parlero, parlón, parlador, parloteador, parlanchín,* ¿y qué sé yo cuántas se me olvidan? Y esto sin contar los varios diminutivos y aumentativos de los más de éstas. Pues entre tantas que significan el que habla mal así o asá no hay una que signifique el que *habla:* esta idea primitiva. Yo, siguiendo el pensamiento que acabo de indicar, de fijar en tal caso la significación de uno de estos sinónimos, antes de introducir un nuevo sonido, he usado tiempo hace de la voz *hablista.* Porque ha-

blador, que es a quien por la analogía de la lengua le tocaba de herencia este significado, lo ha, bien que injustamente, perdido con tan general uso, que sería imposible restituirlo a su posesión. *Hablatista,* por su formación irregular y el latido que producen las tt duplicadas, parece que lleva consigo la idea de un sujeto vicioso. Todos los derivados del verbo *charlar* sacan en su significado los defectos de insubstancialidad, superfluidad y ligereza que explica su raíz. Lo mismo sucede a los que engendran los verbos *parlar* y *parlotear. Gárrulo, lenguaz, locuaz,* son traídos del latín, donde ya expresaban un garlador impertinente. *Palabrero* decimos al que insulta frecuentemente de palabra; *palabrista,* al que pone mucho estudio en las voces sin atender a la materia (34). *Bachiller* se ha tomado de los escolares, eternos disputadores de cosicosas vacías de substancia. *Lenguaraz,* cuando no es equivalente a mordaz o deslenguado, significa el sabidor de lenguas extrañas.

Ni puede para expresar el que habla solamente acomodarse el verbal *decidor,* porque se ha acomodado por el uso al que habla con donaire y dice chistes repentinos. No resta, pues, otro de los mencionados, sino *hablista* el que bien que se haya aplicado al que habla con demasía, naciendo regu-

larmente del nombre *hablar,* que no significa tal exceso, y no siendo por otra parte muy frecuente en el uso común, ni muy conocida por tanto la energía particular que se le ha dado, puede más bien que otro alguno padecer esta pequeña alteración de significado. Paréceme además que lo he visto usado ya por Forner en esta primaria significación que he querido restituirle.

Don Antonio de Capmany dió ya el pensamiento de un Diccionario de sinónimos en que se declarasen sus diferencias: y aunque no se detuvo a explicar algunas de estas diferencias filosóficamente, hizo reseña de muchas palabras que se tienen por sinónimas, cuyo uso a primera vista se conoce que no debe ser indiferente. Quien analizó después de propósito la significación de un número más crecido de estas voces fué D. Joseph López de la Huerta en el *Examen* que hemos alabado ya, obra que debe estudiarse por los que deseen hablar con exactitud; mas que deja todavía un anchuroso campo en la materia, pues contiene solamente la explicación de poco más de 300 sinónimos. Deben por tanto los estudiosos de la lengua trabajar continuo en deslindar y establecer la particular energía de estas voces, y sin añadir al castellano nuevos sonidos, se aumentarán entonces sus signos o vocablos.

Todas las reglas que han de observarse en la invención de los vocablos están indicadas por Horacio en su *Arte Poética*. Así que nada más haremos que explicarlas y acomodarlas al habla española. Las voces nuevas o se forman del mismo idioma o se introducen de otros extraños. Para formar una voz del mismo idioma no se debe pedir tanta necesidad. Este es mucho menos atrevimiento que traerla de fuera; porque una dicción así formada hermana y congenia mejor con la lengua su madre y es desde luego entendida del pueblo que conoce sus raíces. No así las voces extranjeras, las cuales, no siendo tan análogas al idioma a que se trasladan, necesitan de redondearse y ablandarse en la pronunciación y terminación, y además es menester más tiempo para que el pueblo las ponga en uso y entienda su significado. *Zizañar* dijo Fray Luis de León (35). He aquí un verbo nuevo, más castellano en la silabación y sonido, el cual entenderá luego cualquiera que sepa la significación de *zizaña*.

Parterre dicen hoy con una elegancia singular los que han sucedido a Fray Luis de León. Esta voz bárbara, escabrosísima, sordísima, apagadísima, inutilísima, que se despega por sí y salta a fuera de entre las palabras claras y sonoras de nuestra habla, acabada de introducir, no puede ser entendida de

un pueblo, a quien por una de sus mayores dichas no cupo en suerte hablar por las narices.

De las que se inventan del mismo idioma hay unas voces que se forman por composición, entrelazando dos dicciones desunidas anteriormente. Esta manera de componer vocablos, no sólo la permite Horacio, sino que la recomienda de propósito: *Dixeris egregie, notum si callida verbum reddiderit junctura novum*... Sin añadir nuevos sonidos se aumenta una voz, se deleita con ella por la novedad de la formación, es más enérgica que las simples porque reune dos ideas, suele además ser corpulenta y numerosa por juntar en sí más multitud y variedad de articulaciones. El idioma castellano, que tiene un crecidísimo caudal de estas voces, y varios moldes de fundirlas, no la extraña en nada, y el pueblo la entiende luego, porque entiende sus elementos. Sin hablar ahora de las voces hermosísimas que de este género han inventado nuestros poetas, en las cuales suele consistir toda la belleza y sonoridad de un verso como en este de D. Juan Meléndez:

En el vecino río
Que sesga «ondisonante» en la pradera,

en el estilo prosaico está de continuo el castellano admitiendo de estos vocablos, siendo tan abundante

el tesoro que tiene, singularmente de los compuestos de substantivo y adjetivo, que lejos de extrañarse una nueva composición, las más veces o no se conoce, o se duda todavía si se hallará usado por alguno de nuestros escritores, que han sido en esta parte sumamente libres. Isla describe el asno de un tío Bastian Borrego con los sazonadísimos epítetos de *orejivivo* y *zanquilargo*. El primero de ellos yo no lo he visto usado anteriormente; mas no osaré afirmar que no se había dicho hasta entonces. A este modo, sin salir del asno ni de la oreja, ¿no podría decirse orejilargo, orejimocho, orejitieso, orejicaído?; ¿y qué sé yo si alguno de éstos se ha dicho ya? La jovial habla castellana anhela por estas donairosas y enérgicas formaciones. Otras hay frecuentísimas de substantivo y verbo, otras de dos substantivos, otras de dos adjetivos, otras de preposición y nombre, otras de preposición y verbo, otras de preposición y adjetivo, otras de otras partes de la oración. Sería largo y nada necesario querer dar preceptos para todas estas composiciones: son de suyo muy conocidas, y nada más se necesita que estudiar el genio de la lengua y observar cómo se las ha en estos enlaces de vocablos. El otro modo de inventar palabras del mismo idioma que señala Horacio es derivarlas de sus raíces, amoldándolas,

digámoslo así, con el cuño de la lengua, que es la analogía... *Licuit, semperque licebit signatum praesenti nota producere nomen.*

Estas voces se derivan simplemente de las radicales añadiendo las sílabas o letras, que acostumbra la lengua en semejantes terminaciones, sobre la consonante que llaman radical los gramáticos. Así de *arma,* que es la raíz, nace *armilla, armar, armarse, armado, armario, armero, armería, armador, armadera, armadura, armadijo, armamento, armamiento, armanza, armazón, armatoste;* y ya se ve que en este género de derivados consiste principalmente el caudal de una lengua. Así de *gitano* formó *gitanísimo* Cervantes (36); de *abuelo, abuelísimo,* Quevedo (37), y de *dinero, dinerísimo* (38), voces todas de secta; con cuyos ejemplos no he dudado yo usar *filosofismo,* secta de los filosofistas, que así pueden llamarse los afectadores de filosofía que diz que se estilan ahora, y *charlatanismo* y *pedantismo,* por la secta de los charlatanes y pedantes. Así también puede decirse *pedantear* para expresar el ejercicio de éstos; que no sé si llevarán a bien se les aumente su Diccionario. Así de *albor* derivó Fray Luis de León *alborear* (39); Cervantes, *novelar* de *novela* (40), y a imitación de *agostar* inventó Villegas *enerar* (41), y *mayar* Quevedo en su estilo fes-

tivo (42). ¡Cuánto chiste no tendría el verbo de Villegas usado así: este año han enerado muy temprano los gatos! Y a este modo diría yo sin dificultad *primaverar,* así como hay *invernar* y *otoñar:* el año pasado no *primaveró* hasta junio. ¿Qué dificultad sólida podrá oponer un insulso gramático para no admitir estas voces? Aunque son innumerables los modos con que nuestra habla crea estos vocablos, hay algunos de ellos tan geniales al castellano y de tal gracia y energía, que parece recibirlos de mejor gana que otros. Tales son, por ejemplo, los aumentativos y diminutivos, en cuya composición es tan libre nuestra lengua, que casi no pueden sus formaciones sujetarse a cierto número. Las más frecuentes terminaciones de los aumentativos son las que aparecen en *hombrón, hombrazo, hombrote, hombretón, hombrachón, libracho, avejorro* y otras mil divisiones que pudieran hacerse.

¡Por cuán diversas vías caminan a la terminación en *on: valentón, caserón, mocetón, corpachón, perrinchón, bobarrón!* Los más comunes diminutivos son: *versito, versillo, versico, versete, versículo, versecillo, versecito, versecico, versezuelo, pajuela, avechucho, mozalejo, papelajo, villorro, capotín, tamarrino, tamarrizquino, chicote,* y otros más irregures, como *lobezno, avejoruco, cacharro, riachuelo,*

y más que no tengo presentes, y esto sin salir del género masculino. Hay además aumentativos de aumentativos, y diminutivos de diminutivos, de que no pongo ejemplos por no detenerme en una cosa que se halla en otras partes, puesto que ninguno que yo sepa ha tenido la curiosidad útil de juntar todas las terminaciones de éstas que hay en castellano, ni aun tantas como aquí se han dicho; de lo que nacerá tal vez que he visto asquear y de letra de molde algunos diminutivos, usados por los padres de la lengua, a los que pedantean sobre ella, sin haberla estudiado nunca. Entre los verbos, unos de los más enérgicos en español son los frecuentativos derivados de nombres de animales. Para subir el monte es menester ir *culebreando;* el arroyuelo *serpea* por entre las flores; el Dragón infernal *serpentea* en el ardiente lago del abismo. ¡Ora dígaseme cuál es el idioma que tiene palabras más animadas y pintorescas para presentar de relieve entero estos objetos! ¡Y cuánta belleza y energía tienen los verbos y nombres imitativos! *Tiritar;* tiembla esta voz al parecer, y como que se despeluzna de frío. *Rimbombar, chasquido, tartajear...*, ¡qué imitación, qué sonido! El habla castellana abre aquí un campo inmenso para nuevas derivaciones a todo el que tenga discernimiento para hacerlas según su ana-

logía: esto es, *signare praesenti nota,* como lo llama Horacio.

Decía Quintiliano (43) que la onomatopeya usada por los griegos no era concedida a los latinos; mas la lengua española sacó esta nueva gala entre otras muchas que no tuvo su madre. El castellano observa los sonidos simples no sólo de los animales, sino aun de cualesquiera cuerpos que chocan entre sí; y para articularlos o dividirlos en sílabas les ingiere aquellas consonantes que más confinan con el sonido informe que procura contrahacer.

Con la bota buenos vamos;
Ya yo bebo; clo, clo, clo,

dijo Tomé de Burguillos (44); y a los héroes de su poema llamó *Mizifuz* y *Marramaquiz,* y aquella manera de carreteo que forman los gatos por un encadenamiento de maullos incompletos, la expresó maravillosamente con el verbo *marramozar* (45). ¡Cuán bella es la onomatopeya con que presenta al vivo el autor de la *Mosquea* el ruido de los tambores!

... de improvisos atambores
oyó el taparatán que a guerra suena. (46)

La ligereza de la palabra *taparatán* imita la ca-

rrera que forma el golpeo seguido del tambor, y las tt redobladas golpean también y laten admirablemente. No son estas las solas onomatopeyas que tiene nuestra habla, ni las que tiene son las solas que puede admitir.

Cuando no hay elementos en la lengua de que pueda componerse la voz que se ha menester, ni raíz alguna que pueda producirla, entonces por último recurso se apela a los idiomas extraños para traerlas de ellos. ¿Mas cuál orden deberá haber en esto? ¿A qué idioma se habrá de recurrir, desde luego? ¿Pues en eso puede caber duda? Al idioma más culto, más filosófico, más elegante y galano: a las delicias de los pisaverdes y pedantes, al patrimonio de los traductores de *pane lucrando* al lenguaje de los amoladores y peluqueros, al melodioso y armónico y atildado francés. ¡Oh!, éste es el idioma todo bello que está en boga (47) [séanos lícito graznar alguna vez], y ningún hombre de espíritu y que no sea montado a la antigua podrá reprocharlo. Hablemos seriamente y perdonen por esta vez los eruditos a la violeta.

Et nova, fictaque nuper habebunt verba fidem si
Graeco fonte cadant, parce detorta... (48)

Así decía Horacio hablando de la lengua de

Roma; nosotros, hablando de la de Castilla, decimos que de ninguna otra lengua recibe de mejor grado nuevas palabras que de la latina, su madre, con cuya índole, como hija suya tan parecida, congenia más que con la de otro algún idioma; pues mucho más de una tercera parte de sus voces, un crecidísimo número de sus frases y modismos y su hipérbaton y enlace de partículas son tomados enteramente del latín, y tomados haciendo aun más sonoras y graves sus terminaciones. Y dígolo, para que me entiendan todos, por la lengua francesa, hija también de la latina, mas hija bastarda, que abandonó desde luego su hipérbaton, y estropeó todas sus sílabas y terminaciones.

Véase por entretenimiento una muestrecita en algunas voces de las lenguas castellana, italiana y francesa, las hijas del latín, comparadas con sus matrices:

Radical. Latín.	Voces castellanas.	Italiano.	Francés.
Pietas.....	Piedad.....	Pietà....	Pitié.
Melior.....	Mejor.....	Megliore.	Mieux Meilleur.
Cursus.....	Curso.....	Corso....	Course.
Purpura....	Púrpura.....	Porpora..	Pourpre.
Dulce.....	Dulce.....	Dolce....	Doux.
Juventus....	Juventud.....	Gioventù.	Jeunesse.
Agua.....	Agua.....	Acqua...	Eau.
Dies.....	Día (Raíz, Diurno).	Giorno...	Jour.

Obsérvese de paso cómo es más clara la palabra *Día*, castellana, que el *Dies* latino, y véase al mismo tiempo cuán opaco y nubloso es el día de los franceses. Nuestra noche misma desecharía un nombre tan tenebroso.

Síguese, pues, de este careo un fallo harto doloroso para los traductores y guisanderos, que todos manejan igualmente el idioma; y es que su amartelado francés es de las hijas del latín la más contrecha y pitarrosita, y por tanto la última a que debe recurrir el habla española. De modo que primero buscará una voz en el latín, que es su madre principal; luego, si así place más, en el griego, que es la que fuera del lenguaje romano le ha dado más voces y frases; luego en los nacidos de éstos, en primer lugar en el meloso y pulido italiano. No hago mención del portugués, ni de las hablas provinciales de España, por considerarlas como dialectos del castellano (49). Después de andando todo esto tendrá su lugar el francés, y todavía se le está dando porte al inglés, al alemán y así progresivamente a otros, según fuere mayor la desemejanza y dureza de su formación silábica y de su sonido. Estas fueron las fuentes, y este el orden mismo con que enriquecieron nuestra lengua los elegantes escritores del siglo XVI. El autor del *Diálogo de las Len-*

guas (50) introdujo cerca de 40 vocablos, tomados todos del griego, del latín y del italiano; de este último trasladaron muchas locuciones, y especialmente los poetas; y ya creo haber dicho antes que los escritores de aquel siglo trajeron sus principales galas de la lengua latina. Mas para introducir un vocablo de otra lengua es menester modificar su silabación y españolizar su terminación, dulcificándola y torneándola. Para esto deben estudiarse los orígenes del castellano, y ver cuidadosamente de qué modo ha recortado las palabras extrañas, o las ha añadido, o mudándoles algunas letras para acomodarlas más a su genio. Aun las terminaciones de los nombres propios las han comúnmente castellanizado los buenos escritores. Isla llama *Tartuffa* al hipócrita de Molière (51); D. Vicente de los Ríos escribe *Menagio,* en francés *Menage;* Garcés pronuncia *Trisotino,* y llama Cornelio (52) al padre de la Tragedia Francesa.

Hemos dicho cuál sea la necesidad que tiene el habla popular castellana de recibir algunas voces nuevas, cuáles sean las fuentes de donde se han de derivar y con qué tiento deba esto hacerse: tarde llegamos a hablar del lenguaje científico. No sólo el justo deseo de dar descanso a un Congreso respetable, cuya atención tengo ocupada tiempo ha, sino

el estrecho espacio que me prefijé para la formación de este escrito, me ha forzado a tocar muy por cima algunas reflexiones que tal vez necesitarían más discusión. Mas a pesar de la materia, estén ciertos mis oyentes de que no me sacarán por mentiroso, si les prometo la brevedad.

Las naciones inventoras o propagadoras de las Ciencias y Artes han impuesto nombres a sus objetos: nombres que después han transmigrado a par de las mismas facultades a las regiones extrañas. Así el Diccionario de la Medicina es griego; el de la Jurisprudencia, latino; el de la Música, italiano. En las naciones modernas, ora por la pobreza de raíces del idioma, ora por el descuido en buscarlas, ora por escribir en latín los libros científicos, ora por lucir pedantescamente el conocimiento de otras lenguas, ora por hablar de las Ciencias en tono sibilino y esconderlas como un arcano a la penetración del pueblo; por alguna de estas causas o por todas juntas ha sucedido frecuentemente que los más nombres dados, aun a descubrimientos recientes, se han traído de fuera del lenguaje patrio, derivándolos muchas veces de raíces latinas y muchas más de griegas, desfiguradas torpemente o engastadas en composición con otros sonidos nacionales. Este lenguaje así formado lo han bebido después los

pueblos de otra lengua junto con los mismos conocimientos, y nunca se han curado de traducirlo en su habla nativa. Por lo que el dialecto científico puede decirse que no es propio de alguna nación floreciente, sino de las Ciencias mismas o Artes. Y vese desde luego claramente que la mayor parte de estas palabras técnicas han de ser superfluas en un idioma abundante, que tendrá sin duda muchos signos equivalentes a otros extraños que recibe, puesto que siempre debiera admitir aquellos que no puede suplir con voces de propio caudal ni derivadas de sus raíces. Este me parece un error gravísimo en materia de Ciencias, que solamente sirve para redoblar la oscuridad de ellas. ¡Cuántas ideas de suyo accesibles a un hombre de mediana capacidad se oscurecen únicamente por venir envueltas en un lenguaje ininteligible! De modo que es cosa muy frecuente en las Ciencias costar más estudio que las mismas ideas los signos que las explican. No basta retener y comprender profundamente las doctrinas; es menester además tomar de memoria, a fuerza de trabajo, un crecido número de palabras exóticas: palabras que como no se entienden, aunque estén fijas en la memoria, no pueden llevar al conocimiento de la idea, ni recordarla en adelante. En mis primeros años estudié casi por

juego una notable parte de las Ciencias exactas, de cuyo estudio, que sin duda no mereció este nombre, ha sido el único fruto quedárseme fijas en la memoria algunas pocas voces, las cuales, como de un idioma nunca entendido de mí radicalmente, despiertan las mismas ideas que si oyera leer el Corán en su original. Ora bien: ¿y cómo entiendo yo, y entiende cualquiera que sabe el idioma castellano y a lo más el latino, que confina con él mucho más y es muy vulgarmente conocido, las voces *triángulo, rectángulo, acutángulo, equilátero, cuadrilátero, cuadrado, cuadrángulo,* que ellas por sí solas sirven de una anticipada definición? Sabré qué es triángulo *isósceles* por habérseme dicho que esto significa al que tiene dos lados iguales; trabajo en retener esta voz, que es negocio más arduo que si fuese un sonido nacional o más análogo a mi lengua; mañana se me olvida la declaración que me hicieron de aquel vocablo, y como la idea que contiene nunca estuvo para mí asida al mismo sonido, me acuerdo de éste y no sé lo que significa. He puesto el ejemplo en unas ciencias que por la reduplicación y exactitud que exigen en las ideas, hallarían más dificultosamente que las otras, voces acomodadas en el lenguaje popular. No obstante los estudios de los matemáticos, lo han sido menos

por lo común de su idioma, y cuán pocos de ellos se habrán hasta ahora empeñado en escudriñar bien si podrían hallarse o derivarse voces patrias que desterrasen alguna parte al menos de su gerigonza.

¿Y qué diré de las Bellas Letras, en las cuales, fuera de los primeros principios, hay mucha menos exactitud que en las Ciencias, plagadas, a pesar de esto, de palabrotas rimbombantes? En las Retóricas dispuestas para amodorrar los talentos pueriles, el retruécano no es ya retruécano (se avergonzaría un preceptista de tomar en sus purísimos labios una palabra tan rastrera), es *antimetábole:* la repetición de un vocablo es *poliptoton,* otra cosicosa *paradiástole,* otra *polysyndeton,* otra *paremboles...*, y juro que no me acuerdo qué significan, sin embargo de que lo aprendí entre el trompo y la villarda; y créaseme sin juramento que no me pesa haberlo olvidado, como ni al mismo Demóstenes le pesaría no haberlo sabido jamás. ¡Cuánto más fácilmente comprendería un principiante de Poética lo que es en el drama el reconocimiento, entendido desde luego por esta voz! ¿Mas cuánta sazón no perdía el lenguaje en la palabreja *anagnórisis,* dulce bocadillo de los pedantes? En hora buena tomen sus voces los profesores de las ciencias y artes cuando no puedan de su idioma, del latín, y si no pueden del

latín, del griego, y si no pudiesen del griego, mas que sea del chino; pero engrecizar a todo trance, y revestir de palabras de conjuro las ideas mismas que un faquín o maragato expresara en su idioma nativo, créame que no tiene razón.

Cicerón pudiera haber en sus libros filosóficos ahorrándose mucho trabajo en buscar equivalente en la lengua latina a las voces griegas, si hubiera sido tan amigo como nuestros literatos de greguerías. Pudiera haber introducido la voz φαντασια sin traducirla, diciendo *visum* (53); hubiera dicho προνοια mejor que *providentia* (54), ἡγεμονικος por *pricipatus* (55), ἰσονομία por *aequilibritas* (56), que formó él mismo de raíces latinas, antes que introducir sin extrema necesidad vocablos extraños, y esto que los literatos romanos entendían el griego, que apenas hay quien lo entienda entre nosotros. Así que todo su cuidado en esta parte era por no manchar el candor de la lengua con sonidos extranjeros. Pocos, muy pocos han seguido su ejemplo después; mas la razón que brilla de su parte los hará prevalecer contra la muchedumbre. Esta ha sido en nuestros días la empresa de D. Joseph Clavijo (para nombrar un traductor sabio, cuando tanto hemos dicho de los idiotas), el que ha trabajado un Diccionario de Historia Natural de voces corres-

pondientes en las lenguas castellana, latina y francesa, obra que anhela impaciente por la luz pública, oscurecida de continuo con tantas sandeces y horruras literarias. *Debiendo,* dice él mismo (57), *escribir en castellano, no me quedaba arbitrio para mendigar voces de otras lenguas sino en el caso preciso de faltar en la nuestra.*

El idioma francés, más ejercitado que el nuestro en las Ciencias Naturales y en las Artes, ha adoptado muchas voces técnicas, aún no introducidas en el castellano por no haberse aplicado tanto los españoles a aquellas facultades. Por esto muchos de los que han querido tratar estos argumentos en nuestra lengua han trasladado indiscretamente palabras o del todo francesas, o acomodadas al francés; llegando esta locura de francesear hasta creer que el habla española no es de suyo tan exacta y filosófica como aquélla para los asuntos científicos. *Con las palabras favoritas «justesse, nuance, touchant, frapper, marche, rapport, sentiment, trait» (que es acción, acto, rasgo, golpe), y la más favorita de todas, «sprit» (que vale tanto como alma, ánimo, talento, ingenio, agudeza, viveza, entendimiento, capacidad, penetración, mente, esencia, espíritu y un millón de cosas espirituales); con el auxilio de esta riqueza de su vocabulario filosófico salvan*

los [franceses] todas las dificultades metafísicas para la exacta expresión. Por esto creo yo que los libros franceses hacen discurrir tanto, porque el lector ha de ayudar a hacerles la obra a los autores, adivinando sus pensamientos. Así escribía Capmany (58); y yo pudiera añadir que se observe en comprobación de esto cómo un escritor filosófico bien traducido de francés en castellano pierde gran parte no de su exactitud, sino de cierta oscuridad misteriosa, que tal vez para algunos será de gran mérito. En efecto, mayor claridad ha de encontrarse en un lenguaje cuyas palabras tienen una significación sola y conocida y llevan el entendimiento a determinada idea, que no en las voces de un idioma que vagan por cien objetos o significados distintos: voces que dejan, digámoslo así, un espacio o vacío oscuro e ilimitado, en el cual se lanza la mente y cree ver una multitud y reduplicación de ideas que acaso no determinan las mismas voces; por lo que muchas veces uno que entiende completamente el idioma, pero que no tiene un genio tan pensador, no ve tanto como otro con aquellos mismos sonidos. En suma, nuestra hàbla tiene siempre más caudal de voces para manifestar las ideas de mil modos que la francesa. Sólo falta que se trabaje en aplicarla con exactitud a los asuntos filosóficos; que

sus escritores la entiendan y sepan apreciar, y no den entrada a signos extraños en el idioma, sino en caso de grave necesidad o de que puedan servirle de ornamento. Entonces deberán tolerar pacientemente los puristas esta admisión, y no dar causa para que repitan los españoles lo que de los latinos decía Quintiliano (59): *Iniqui judices adversus nos sumus, ideoque paupertate sermonis laboramus.*

FELIX JOSEPH REYNOSO

(1) *Fundamento, vigor y elegancia de la Lengua Castellana.* Tomo I, prólogo.

(2) Tomo V de la Colección de Fernand. Canc. VI, página 118: Y ya en el cerco lúcido el pie imprime | y en el *sanguino,* do feroz, armado | Marte nunca aplacado...

(3) Egloga II, donde Nemoroso comienza las alabanzas del Duque de Alba: Nacido fué en el campo Placentino | que con estrago y destruición Romana | en el antiguo tiempo fué *sanguino.*

(4) Egloga II, hacia el medio. Camila: Ay viento fresco, manso y amoroso | *almo,* dulce, sabroso.

(5) Prólogo, pág. 42, tomo IV de la Colección.

(6) Epitafio a D. Diego de Espinosa: Pero no encierra término la gloria | De las ilustres *hazañosas* obras.

(7) Quien sea capaz de dictar una Oda, la más sublime obra de la Poesía, ¿no lo será de disponer una taracea de consonante? ¡Cuán ridículos son los fríos preceptistas que no saben más que sus reglillas despreciables!

(8) Teatro de la Elocuencia Española, tomo I, observaciones críticas, pág. CXXXII.

(9) *Fingere Graecis magis concesum est.* Quint., lib. VIII, cap. III.

(10) Academic., lib. I, cap. VI.

(11) De natur. Deor., lib. I, cap. XXXIV.

(12) Academic., lib. I, cap. XI.

(13) De natur. Deor., lib. I, cap. XXXIX.

(14) Verrin., lib. IV, cap. XVIII.

(15) Ad. Aticum, lib. IX, epist. 12.

(16) Bartol. Argens., tomo VII, pág. 145, Colección de Fernand.

(17) Idem, tomo II, pág. 100, y Rey Artieda, Parnas Españ., tomo X, pág. 354.

(18) De la hoja núm. 10. Orland, Cant. 3,

(19) Parte primera, cap. III, § 8.

(20) *Quijote,* parte primera, cap. XXVII.

(21) Exam. de Sinonim., artic. XVI.

(22) Ib., artic. XXIV.

(23) *Amor de la Patria.* Discurso leído a la Sociedad Patriótitica de Sevilla, pág. 18.

(24) *Eróticas,* parte 2.ª, elegía 1.ª

(25) Lirizar, traduc. de Anacreont. Oda V. Flautear, traduc. de Teocrit. Idilio 4.º

(26) De natur. Deor., lib. IV, cap. XXXIV.

(27) *La Gitanilla.*

(28) *Persil,* lib. I.

(29) *Quijote.*

(30) Anotac. a Gl., pág. 120.

(31) Ibíd., pág. 439.

(32) Herrer, Anotac. a Gl. Egloga 2.ª, pág. 573.

(33) Pudieran hacinarse muchos lugares de los mismos a quienes se jactan de imitar los que a fuer de castizos obran en contrario de lo que aconsejan sus Apolos. Mas sólo añadiré las siguientes palabras, por ser del atinadísimo *Diálogo de las Lenguas: Marcio... Ninguna lengua hay en el mundo a la qual no estuviese bien que le fuesen añadidos algunos vocablos; pero el negocio está en saber si queríades introducir éstos por ornamento de la lengua o por necesidad que tenía dellos. Valdés. Por lo uno y por lo otro,* pág. 328.

(34) Mayans *(Origen*, § 220) da otra significación a esta voz. *Llamamos*—dice—*hablistas y palabristas no a los que eligen palabras grandes, sino a los que hablan más de lo que deben.* Consúltese empero el uso actual, que creo estar a mi favor.

(35) *Oda a todos los Santos.* Colec. de Fern., tomo III, página 47.

(36) *La Gitanilla.*

(37) *Talía,* romance 78.

(38) *La Fortuna con seso.*

(39) Traducción del capítulo último de los *Prover.*, pág. 301.

(40) Prólogo de sus novelas tráelo ya el *Diálogo de las Lenguas,* pág. 127.

(41) *Eróticas,* lib. III, cant. 33.

(42) *Talía,* romance 4.

(43) Lib. I, Instit.

(44) Egloga I al Nacimiento, colección dicha; tomo XI, pág. 215.

(45) *Gatom.,* lib. I, pág. 113.

(46) Cant. 2, octav. 521.

(47) ¿Por qué esta frase y la otra *batir en ruina,* rodeos del

todo franceses, que pueden suplirse con mil otros castellanos, y están silbados en mil escritos, habrá querido autorizarlas la Academia en su Diccionario?

(48) *Art. Poét.*, págs. 52-53.

(49) *Yo, en caso de aver de formar algún vocablo nuevo, antes le formaría de una raíz conocida en la Lengua Española, o compuesta de voces de ella, que tomándole de alguna raíz desconocida o de voces extranjeras; y antes le tomaría de las Provincias de España que de las extrañas; antes de la lengua Latina, como más conocida, que de otra muerta.* (Mayans: *Origen,* § 215.)

(50) Páginas 125 y siguientes.

(51) *Gerund.* Prólogo con morrión núm. 18.

(52) *Fundamento del vigor de la Lengua Castellana,* tomo I, prólogo.

(53) Academic., lib. I, cap. XI.

(54) De natur. Deor., lib. II, cap. XXII.

(55) Ibíd., cap. XI.

(56) Ibíd., lib. I, cap. XXXIX.

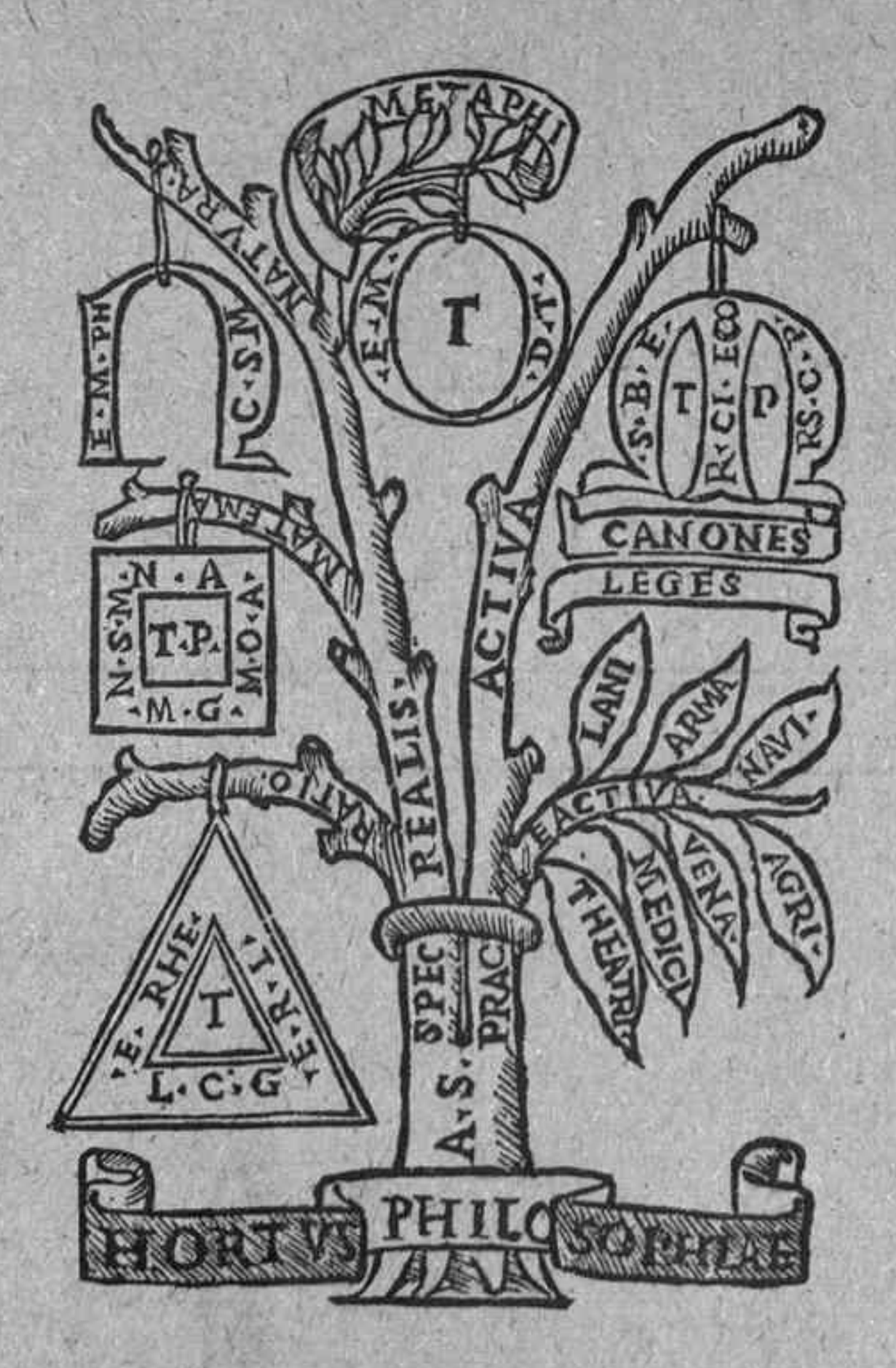
(57) *Histor. Natur. de Buffon en castellano.* Prólogo del traductor.

(58) *Observaciones críticas sobre la Lengua Castellana,* § 2.

(59) Instit., lib. VIII, cap. III.

CRUZ Y RAYA

Ediciones del árbol



«Y será como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.»

Psal. I, 3.

EL ACABOSE

del año y nuevo de

1934

CRUZ Y RAYA
para todos
MADRID

JOSÉ SANCHEZ RODRIGUEZ

ANEMIAS Y ALIMENTACIÓN

EL PRINCIPIO ANTIANÉMICO DEL HÍGADO Y LOS FACTORES CUALITATIVOS DE LOS ALIMENTOS

(VITAMINAS, AMINOÁCIDOS, HIERRO Y COBRE)

PRÓLOGO

DE

GREGORIO MARAÑÓN

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

RAFAEL ALBERTI

POESIA
1924-1930

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

JORGE GUILLÉN

CÁNTICO

AL AIRE DE TU VUELO
EL PÁJARO EN LA MANO
PLENO SER

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

PABLO NERUDA

RESIDENCIA EN LA TIERRA

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

GIL VICENTE

TRAGICOMEDIA DE DON DUARDOS

Editada por Dámaso Alonso.

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

FILOSOFIA
Y
METAFISICA

DILTHEY HUSSERL
SCHELER HEIDEGGER

PRÓLOGO
DE
XAVIER ZUBIRI

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

Le Christ Liturgia Ecclesia

(Encyclopédies populaires de connaissances religieuses)

Librairie Bloud et Gay. Paris.

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: **José Ortega y Gasset**

Secretario de Redacción: **Fernando Vela**

Av. Pi y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía) Apartado 12206
MADRID

SUMARIO DEL MÚM. CXXXVII

(noviembre de 1934)